





MUNICIPIO  
SANTIAGO DE CALI

CODIGO 

2-16-53082
------------

 NIT. 

--

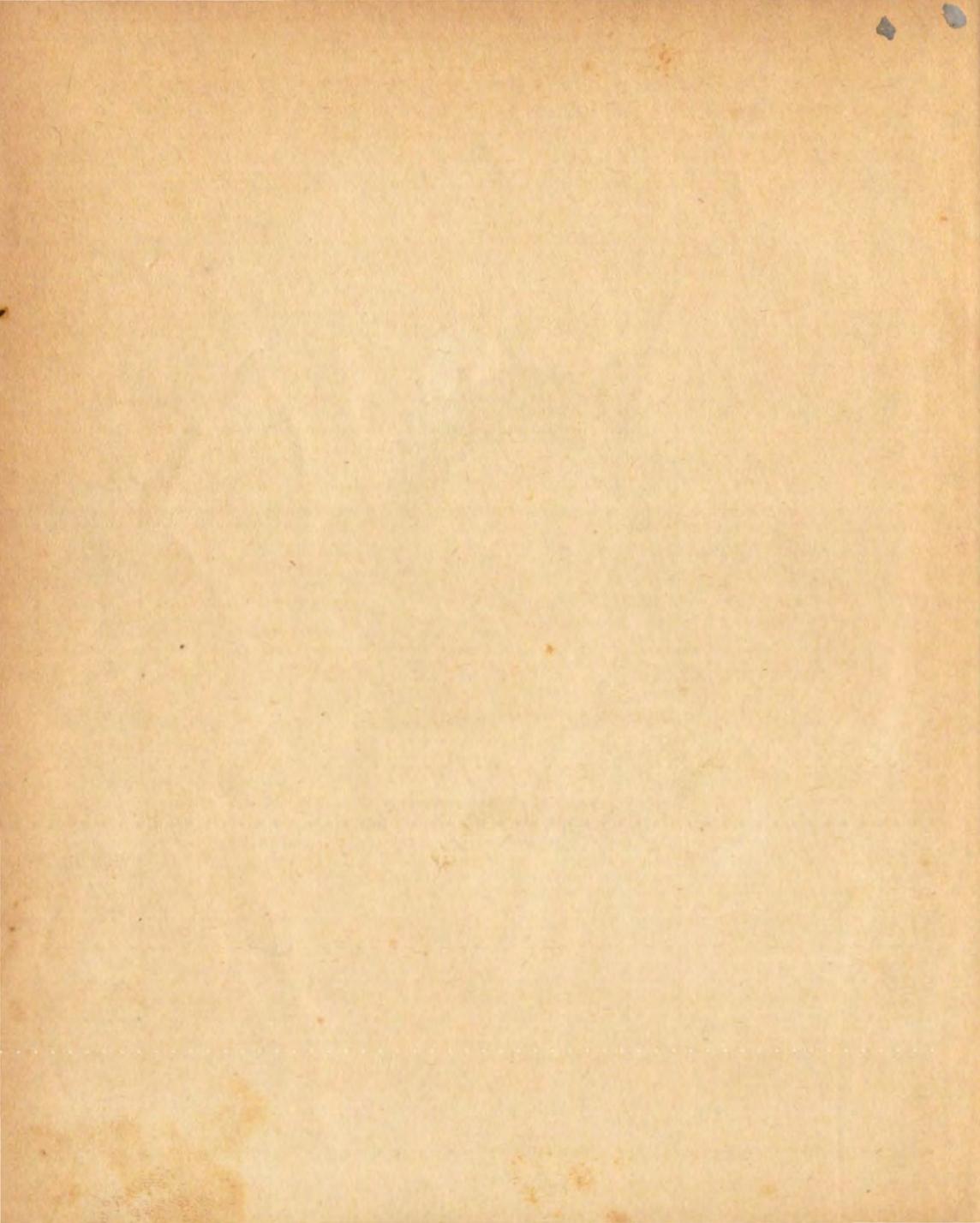


BIBLIOTECA  
DEL CENTENARIO  
CALL.

Sección : .....

Nº .....





Gregorio Sánchez Gómez

*Casada...  
y sin marido*

*Novela*

1934  
EDITORIAL AMERICA  
Cali-Colombia



---

**Registrada la propiedad literaria.  
Derechos reservados para toda pu-  
blicidad o reproducción.**

---

# Obras de Sánchez Gómez:

## Novela.

- "Rosario Benavides" (Laureada por la Academia).  
"La Derrota" (Vida de estudiantes y bohemia).  
"La Tierra Desnuda" (Narración aldeana).  
"La Casa de los del Pino" (Historia de hidalgos. Reconstructiva).  
"La Virgen Pobre" (De la vida obrera. Seria de las novelas sociales del autor).  
"El Gavilán" (Historia de colonos. La lucha contra el latifundio. Serie de las novelas sociales del autor).

## Novelas cortas.

La Piedad del Mar. El Monstruo. La Flor del Tabaco. El Maniático. La Envidia de los Dioses. El Espíritu de don Celso. El no la mató, fue su pasado.

## Obras varias.

- "El Ahorro" (Folleto de divulgación).  
"Los Impuestos en Colombia" (Tesis de grado. Cuestiones fiscales y económicas).  
"Los Problemas Sociales" (Artículos políticos, de tesis socialistas).

## OBRAS EN PRENSA Y PARA PUBLICAR:

## Filosofía y humorismo.

"Divagaciones de un hombre ocioso". (P<sub>r</sub>osas).

## Novela.

"La Amazona de Cañas" (Romance del campo. Costumbres).

## Poesía.

"Vistas de colores" (Evocaciones líricas del terruño).

OBRAS EN GESTACION:

Novela.

"La Fábrica"

(De la vida obrera. Serie de las novelas sociales del autor).

"Vida de un muerto"

(Fantasía humorística).

"Honorio Pazos"

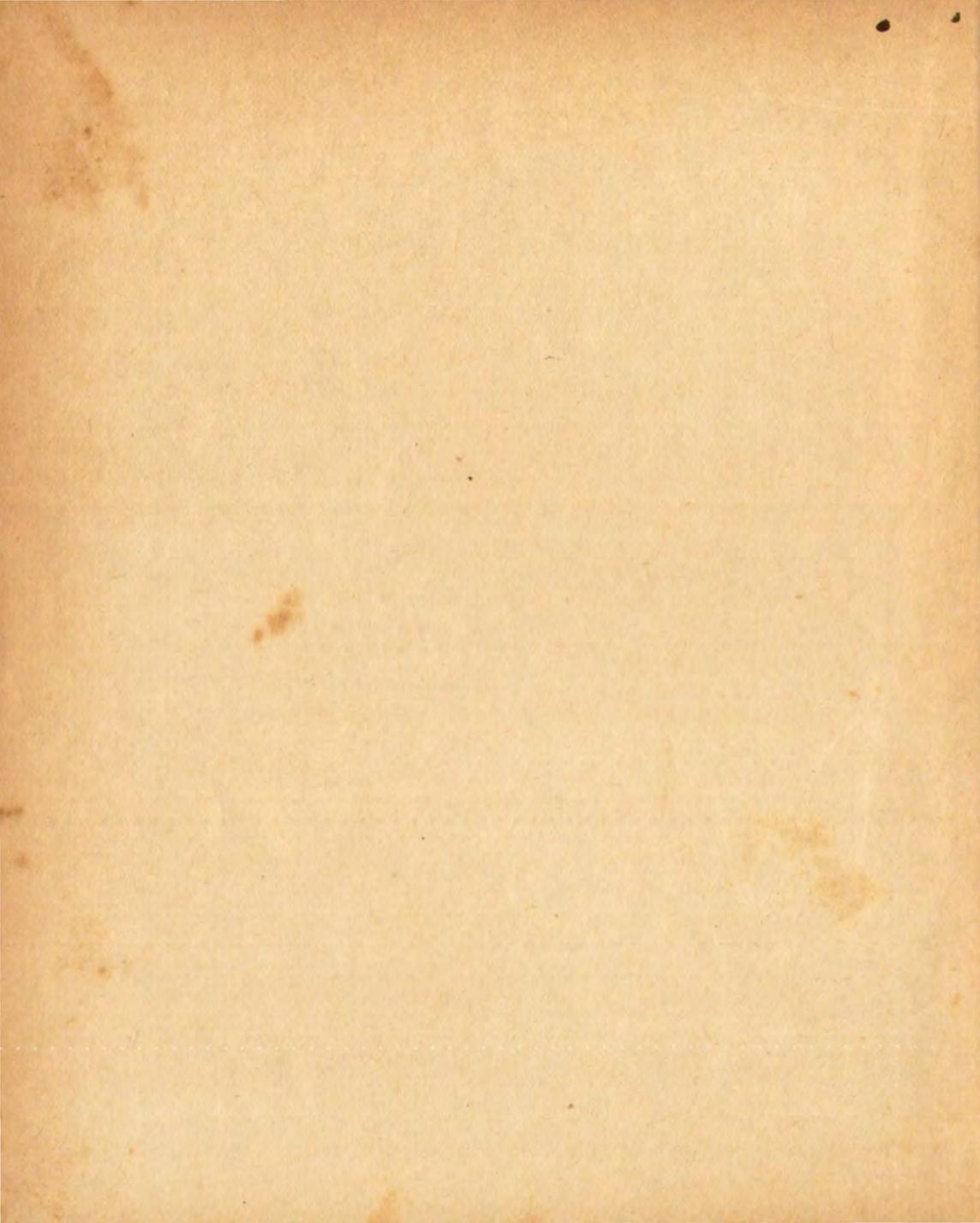
(De la vida del empleado. Serie de las novelas sociales del autor).

"Doña Juana  
Tenorio"

(Sátira social. Estudios sexuales).



*Casada...*  
*y sin marido*





## *Casada... y sin marido*

### I

Cuando el reloj de cedro, prendido en lo alto del testero, anunció la hora con su grito metálico, Pompeyo Mendoza, que escribía febrilmente en su despacho, levantó la cabeza con brusquedad. ¡La una! Pues había trabajado, sin darse cuenta de ello, seis horas de un tirón aquella mañana, y de pronto la voz del tiempo se lo recordaba, como para decirle que era indispensable el descanso.

Colocó la gran pluma de oro, regalo de su mujer, en una ranura del platillo de plata; acarició en seguida una figurilla de jaspe que hacía de pisapapel; y se quedó por último durante algunos minutos con la vista fija en el aire de la habitación, ligeramente sombrío porque la viva luz solar entraba allí tamizada por cristales y por cortinajes.

Solo consigo mismo, sin nadie por lo tanto cuya presencia le obligase a vigilar la expresión de su ros-

tro y sus ademanes, Pompeyo Mendoza tenía en ese instante el verdadero gesto de su alma, la cara auténtica de su personalidad. Se le veía la fatiga, de ordinario disimulada por esfuerzos de voluntad; resaltaba aparentemente el desgaste producido en él por la labor continua y por las preocupaciones diarias.

¿Quién iba a pensar en tal momento que tenía cuarenta años nada más este hombre aplanado sobre su sillón, con principios de calvicie, de carnes algo blandas y de frente surcada por estrías tan hondas que parecían hechas por el cincel de un escultor? No menos de medio siglo denunciaba su aspecto. Sobre su faz, inteligente y grave, se extendía una gran palidez, extraña y enfermiza, como esas que dejan sobre la piel los males del trópico. Era cargado de espaldas, muy poco, pero lo suficiente para dar la impresión de que permanecía largo tiempo inclinado.

Lo hizo volver de su transitoria abstracción el ligero ruido de una puerta que se abría para dar paso a alguien. Volvióse con lentitud, y vio que era la mecánografa que entraba, ya de regreso.

—¿Qué tal, Matilde?

—Bien, don Pompeyo; gracias. Pero, usted ¿no ha ido a almorzar aún?

—Aún no he ido—respondió Mendoza sonriendo mecánicamente y como si no le importase tal menester—; lo había olvidado.

Sentose Matilde ante la máquina, después de despojarse del pequeño sombrero; puso una hoja en el cilindro, y durante un minuto tecleó velozmente,

como encabezando una carta. Se volvió en seguida hacia su jefe.

—¿Tiene listo ya el memorandum, don Pompeyo?

—Sí, aquí está; lo terminé hace un momento.

Con paso ondulante, la mecanógrafa se acercó al escritorio. Era alta, de fina silueta, ágil y sonriente. Toda la frescura de sus dieciocho años brillaba en el rostro gracioso, de facciones encantadoras, al que comunicaban aire ingenuo los ojos claros, de pálido azul, y los cabellos castaños. No era rubia, pero lo parecía a ratos.

Dentro del traje sencillo, de señorita pobre que trabaja y tiene qué concurrir diariamente a una oficina, resaltaban de modo simpático la dignidad del porte y la modestia personal.

Alargó la diestra para recibir la nota que le tendía Pompeyo Mendoza, y se detuvo al observar cómo temblaba la mano de éste; mano larga, morena y vellosa, cruzada de venas pronunciadas, y con cierto matiz amarillento, acentuado en los dedos por el ocre rojizo de la nicotina.

—¿Qué tiene, don Pompeyo? ¿Está enfermo?— exclamó asustada.

—Nó; un poco cansado nada más; no se preocupe.

Matilde lo contempló brevemente. Su perspicaz mirada de mujer pudo apreciar al punto que, en efecto, el prolongado trabajo de la mañana lo había extenuado. Le profesaba a Pompeyo devoción afectuosa, casi veneración; considerábalo como padre; era

explicable por consiguiente aquella inquietud que la asaltó.

—Usted trabaja mucho, don Pompeyo—se atrevió a opinar con solicitud respetuosa—; se ocupa demasiado, y eso puede enfermarlo.

Tras de corta pausa, agregó:

—Estoy segura de que misía Emma se enfadaría si lo viera trabajar tanto.

Pompeyo Mendoza hizo un gesto ambiguo, evasivo. Tamborileó con los dedos sobre el vade. En seguida dijo, como queriendo cortar la conversación:

—Tóque el timbre, Matilde. Tal vez vino ya Villalobos. Antes de irme, quiero hablar con él.

El aludido entró poco después. Era el Contador de la Casa; un hombre joven y robusto, con gafas y correctamente vestido.

—¿Qué desea, don Pompeyo?

—Téngame para mañana, Villalobos, el dato aproximado del balance de este semestre; no necesito sino un dato aproximado. Lo que me interesa es, mejor dicho, saber más o menos a cuánto ascienden las ganancias.

—Si no es más que un cálculo...

—Sí, un simple cálculo; la base para formular un negocio de importancia.

—Pues le diré: por los números que tengo sacados ya, las utilidades pueden exceder de cien mil pesos.

Al oír tal cifra, Pompeyo no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. Su semblante se coloreó fu-

gazmente y sus párpados se agitaron con temblor convulsivo.

—¿Está seguro, hombre! ¿No es exageración?  
Sin vacilar, el Contador respondió:

—Son cálculos aproximados; creo que no me equivoco. Este semestre fue excepcional, bastante mejor que el anterior.

—Bien; muchas gracias; puede usted retirarse.

Apenas hubo salido el empleado, Pompeyo Mendoza se levantó y se puso a pasear por el despacho. Parecía galvanizado. Matilde, que lo miraba a hurtadillas, sonreía silenciosamente, dándose cuenta del gozo que llenaba el ánimo de quien, en aquel momento, sólo veía el mundo bajo la forma desnuda de un gran guarismo.

De pronto, sin decir palabra, Pompeyo tomó su sombrero y salió. El chofer, que esperaba en la puerta con el automóvil dispuesto, se apresuró a abrir la portezuela.

—Nó, ahora nó—dijo con tono de reprimido júbilo—; caminaré un rato. Además, tengo qué hacer personalmente algunas compras. Espéreme en el puesto de carros de la plaza.

Echó a andar con paso vivo y ágil, como si no sintiera ya ninguna fatiga. Quería moverse, agitarse, para sacudir el adormecimiento de los miembros y canalizar esa fuerza expansiva de regocijo que rebosaba en su alma de hombre de negocios afortunado.

Comenzaba la segunda mitad de la jornada burátil, ese medio día comercial en que las transacciones parecen apresurarse por el temor de que la tarde

concluya sin que se haya efectuado todo lo que se pensó hacer. El tiempo era espléndido, alegre y soleado como suele serlo en el estío. Un calor suave, tibio, llenaba el ambiente de la ciudad, y el aire estaba limpio y trasparente, y quieto porque a esa hora no soplabra brisa ninguna.

Al pasar ante los almacenes abiertos, y aspirar el hálito que de ellos salía, experimentaba voluptuosidades hondas y persistentes. Agradábale ese olor variado, intenso y un poco exótico, de los almacenes de lujo; olor peculiar que hace pensar en países extraños, y que se mete por las narices como polvillo acariciante. ¡Ah, ese indefinible aroma en que se confunden, para formar un gran olor múltiple, las emanaciones de las tiendas de perfumería, de los comercios de telas, de toda la mercancía costosa y elegante que colma los establecimientos mayores!

Cuando Pompeyo llegó al puesto de carros de la plaza, iba cargado con algunos paquetes voluminosos.

—Ahora sí, ¡a casa!—ordenó al chofer.

Quince minutos más tarde el automóvil se detenía ante la verja de suntuosa quinta. En el fondo, precedido de pequeño jardín de palmeras y rosales, se alzaba el edificio, gracioso y coquetón como una sonrisa arquitectónica. Se veía en primer término el vestíbulo de columnas; arriba, coronando el segundo piso, donde unos balconcitos se agazapaban bajo altas arcadas, el mirador parecía empinarse para otear el horizonte.

Se disponía a ascender los tres peldaños de la

gradería exterior, cuando una vocesita argentina lo saludó desde arriba alegremente.

—¡Papá! ¡Papaíto! Te esperamos desde hace largo rato. ¿Por qué tardaste tanto?

Era Graciela, la menor de sus dos hijos, adorable chiquilla que acababa de cumplir siete años y que llenaba ella sola toda la casa con su presencia. Bajo los negros bucles de los cabellos, su rostro de muñeca tomaba a la luz expresión de imagen iluminada. Una bata de encajes, blanda y sencilla, le ceñía el cuerpo endeble, de formas de muchacho. /e

Saltó al cuello de Pompevo, mimosa y gárrula, mientras éste la retenía en el aire, cubriéndola de besos.

—Te traje un regalo, Chela.

—¿Qué me trajiste?

—Una muñeca como no las has visto nunca.

Graciela palmoteó, encantada. La trastornaban las muñecas raras. En su muñequero, que llenaba un cuarto de la casa, tenía la más estupenda colección de ellas, de todo tamaño y color, y vestidas de toda suerte.

—¿Dónde está Carlos?

—Está construyendo un aeroplano.

—A él le traigo otra cosa—anunció Pompeyo, preocupado por la idea de que su primogénito pudiese resultar aviador.

La curiosidad hizo exclamar a Graciela:

—Dime qué le trajiste, papaíto.

—Llévale tú misma el regalo; él te lo enseñará. Estaban ya en el salón de la quinta. Penetrante

olor de flores recién puestas se alzaba de un gran jarrón colocado sobre la tapa del piano. Pompeyo se desplomó en una butaca, estiró las piernas, y, mientras Graciela se iba en busca de Carlos, púsose a contemplar distraído los objetos que lo rodeaban. Su mirada se posó un momento sobre el dibujo rojo de la alfombra, paseose con lentitud por el raso de los muebles, mariposeó en el panel de las paredes, en los blandos cojines, en las maceteras y estatuas que decoraban la habitación. Se fijó por último en la escena pastoril que guardaba un marco dorado.

No sintió los pasos de alguien que entraba; pero se sacudió, cual si volviese de un pasmo, al sentir una mano suave que se posaba sobre su cabeza.

—¿Estás muy cansado, Pompeyo?

—Nó—respondió éste, recobrando el dominio de sí, y acariciando la mano que lo tocaba.

Poniéndose de pie en seguida, dio a su mujer el beso ritual, uno de esos besos fríos y afectuosos que el hábito acaba por mecanizar, y que ella recibió sin ningún halago, mientras volvía a decir en són de reproche:

—Hoy también vuelves tarde. Sigues trabajando con exceso, sin necesidad, y no tienes en cuenta tu salud.

Pompeyo intentó disculparse.

—Perdón, querida, si te hice esperar. Pasaron las horas sin sentirlas, y cuando me percaté era cosa hecha. ¡Ah, los negocios! Nos absorben por completo y nos esclavizan. No se puede descuidar los negocios.

—Pero sí se puede descuidar la salud—repitió

ella con tenacidad irónica y como confirmando sus quejas.

Continuó, después de una pausa:

—Vén a almorzar; espero que tendrás apetito.

Pompeyo se animó de repente. De ordinario, su disposición para comer era casi nula: probaba apenas los platos, o picaba en ellos como los pájaros; en cambio, ingería grandes dosis de café y de té. No era hombre sobrio por temperamento o por propósito, sino por necesidad, puesto que su estómago rechazaba todo alimento que excediese de cierto límite. Esa mañana, sin embargo, creyó o le pareció sentir que iba a comer más de lo acostumbrado.

En el comedor estuvo extraordinariamente efusivo: bromeó con sus hijos, dirigió algunas frases galantes a su mujer. Emma se asombraba de aquella jovialidad que no era común en él, y casi tenía la seguridad de que algún negocio afortunado la motivaba.

Todo parecía alegre en ese momento. La suave luz que entraba por dos altas ventanas de forma ojival, largas y estrechas, y con cristales cromáticos, iluminaba el comedor con un lejano resplandor, arrancando reflejos pálidos a la cristalería y la vajilla.

De sobremesa, y mientras bebía a sorbos lentos el café, Pompeyo miró a su mujer largamente, lo mismo que en sus mejores tiempos matrimoniales, y exclamó refrenando su júbilo:

—Tengo qué darte una noticia, Emma; una gran noticia.

Ella lo miró a su vez con curiosidad espectante.

—La noticia de que se trata es de esas que no se dan todos los días. Pero permíteme que te entregue esto: creo que te gustará.

Y le ofreció con gesto sonriente una cajita que extrajo entre tanto de uno de sus bolsillos.

Emma la abrió sin apresurarse, adivinando el contenido por la linda apariencia del estuche. Era un collar de perlas magníficas, que refulgieron a la luz con brillo mate, de preciosos tonos. Lo contempló durante un minuto, sin manifestar la menor emoción, y poniendo luego el estuche sobre la mesa:

—Gracias—exclamó con cierta displicencia—; eres muy amable, Pompeyo.

Hizo una pausa, y preguntó:

—¿No tenías qué contarme algo?

—Ah, sí. Acabo de recibir el dato del último balance. En este semestre me gané más de cien mil pesos.

—¡Más de cien mil!—exclamó Emma, con involuntaria sorpresa.

Y miró a su marido con honda y sincera admiración. Una vez más tuvo la sensación vivísima de la superioridad de Pompeyo; de que era hombre genial, hombre fuerte psicológicamente. Su estupor fue fugaz, sin embargo: sin llegar a la sonrisa franca, sus bellos labios carnosos se arquearon un poco en las comisuras, con ese vago gesto escéptico que bien puede ser burla o indiferencia.

—¿Cómo te parece?—inquirió Pompeyo, dándole a su voz expansivo tono de cómica fatuidad.

—Te felicito; y me alegro porque sé que ello te hace feliz.

Dijo lo anterior Emma con gravedad, sin calor, con las facciones serenas e inmóviles, por lo mismo que ninguna ráfaga de pasión o de sentimiento las surcaba. Los grandes ojos oscuros y lánguidos, que parecían enervados por sutil vapor de adormideras, brillaron un momento, a pesar de todo, delatando con su transitoria chispa el fondo del alma.

—Utilidades como ésta—prosiguió Pompeyo excitado—son cosas que, en proporción del volumen de sus negocios, pocos pueden lograr. Imagina tú, Emma, lo que significa en esfuerzo, en cálculos, en riesgos terribles y hasta en angustias. Es preciso, para llegar a tal resultado, haber padecido toda una serie de torturas: expectativa, ansiedad, temores, probabilidades de que todo se derrumbe de pronto. ¡Ah, la vida del negociante es, sin duda, vida de azar! Es un jugador como otro cualquiera, á plazo más largo, y con mayor peligro porque generalmente lo juega todo de una vez. Por fortuna, en su juego no entra la superstición; interviene la suerte sí, buena ó mala, favorable ó adversa, pero también las combinaciones, la estadística, los consejos de la experiencia.

Conteniendo un bostezo, Emma dijo:

—¡Dinero! ¡Cuánto dinero! Eres hombre, Pompeyo, que, con lo que posees ya, puedes conseguir lo que quieras, hacer lo que te parezca, satisfacer tus mínimos deseos. Eres rico. ¿Para qué te fatigas más, entonces? ¿Por qué no descansas, si puedes hacerlo? Yo creo que el hombre que es dueño de un capital como el tuyo puede vivir tranquilamente, y dejar que otros trabajen en su lugar.

—Nó, no lo creas; el hombre de negocios necesita vigilar sus intereses, estar sobre ellos a toda hora. Nadie puede cuidarlos mejor que él mismo. Además, le es indispensable trabajar: por necesidad, por hábito, hasta para no fastidiarse incluso. ¿Qué haría un millonario en la ociosidad? Acabaría por pegarse un tiro.

—Exageras; hay muchos modos de trabajar.

Carlos Mendoza, el primogénito, interrumpió el animado diálogo. Era muchacho de nueve años, crecido y fuerte, de aire inteligente y despierto; el "consentido" de la casa, porque Emma lo prefería y mimaba en extremo. Había escuchado con mucha atención la controversia.

—Papá, construí un avioncito.

Pompeyo se volvió hacia él, consternado.

—¿Un avión, hijo! Ya me lo había contado Chela. ¿Qué pretendes hacer con ese artefacto?

—Se lo mostraré a Rafael, para que me dé su opinión. Rafael entiende mucho de aviones.

—Sí; como buen deportista.

—Pero ese aparatito no vuela—comentó Graciela, escéptica.

—¡Qué ha de volar!—replicó Carlos—. Pero algún día haré uno que vuele, y yo mismo volaré en él.

Volviéndose hacia su mujer, Pompeyo observó que sonreía con expresión de orgullo materno; acaso también de desafío.

—¿No te parece—dijo ella—una bonita profesión? El aviador es hombre valiente, y si tiene oportunidad puede llegar a ser héroe. Su oficio le ofrece a

cada momento cosas imprevistas, que no le dan lugar a aburrirse. ¡Ah, y la gloria que lo rodea—prosiguió con cierta animación—; y el renombre que lo acompaña! A mí me gustaría mucho ser la madre de un hijo famoso, y por eso miro con gusto las inclinaciones de Carlos.

—¿Y no te asustan los peligros? Profesión en que se juega la vida todos los días, por bella que sea, no puede ser para una madre profesión halagüeña. La existencia de las mujeres cuyos hijos tienen oficios azarosos está llena de inquietudes, de zozobras, de angustias; es una continua tortura. Torero, navegante, aviador, todo es lo mismo: juego de ruleta en que cualquier día se pierde lo que no se puede recobrar: la vida. De otro lado, éstos suelen ser oficios de desesperados; con excepciones, por supuesto, los que se dedican a ellos buscan un medio de subsistencia.

—Olvidas que la profesión del comerciante también es de riesgo. Tú mismo lo has dicho muchas veces.

—De riesgo sí, pero en ella sólo se expone la fortuna; la vida jamás.

—¿Y en caso de ruina?

Pompeyo quedó un momento indeciso, desconcertado, pensando que, en efecto, la muerte solía rondar también a los hombres de negocios. ¡Cuántos hubo en el mundo que se suicidaron por una quiebra! Pero sonrió en seguida, lleno de invencible optimismo.

—Sobre las ruinas siempre se puede volver a edificar, Emma. Todo es tener ánimo y corazón.

Notando que a su mujer la habían impresionado tales palabras, prosiguió con voz persuasiva:

—Somos ricos, y algún día toda esta riqueza será de nuestros hijos. No me inquieta su porvenir, por lo tanto. Pero lo que se tiene, es preciso saber conservarlo y aumentarlo. ¿Imaginas, Emma, que un hombre que anda por las nubes, que se mantiene lejos de la realidad, está en condiciones de defender un capital?

Talvez lo asaltó la íntima angustia de pensar que esos dos muchachos que tanto amaba pudiesen algún día, un triste día cualquiera, verse sumidos de pronto en la pobreza y en la necesidad de trabajar duramente, porque exclamó en seguida con cierto ardor:

—La vida, la verdadera vida sólo se concibe con dinero; sin él todo es esclavitud. Por eso quiero que Carlos sea comerciante; un hombre de negocios cabal, que sepa manejar esta gran fortuna, y que sea también capaz, si llegare el caso, de hacerla de nuevo veinte veces seguidas.

Calló, con leve fatiga. Emma sonreía. Le pareció que en la sonrisa de su mujer, que hermosecía su rostro encantador, había un fondo triste, un sutil y callado gesto de reproche, tanto más elocuente cuanto más silencioso. Y una gran ternura le llenó el espíritu, anegándole en su dulce emoción, con ese desbordamiento brusco del vino que se vierte en las copas con precipitación ó sin mirar.

Se alzó de su silla, y, acercándose a Emma, la besó en la frente muy largo. Ella se estremeció. ¡Hacía tanto tiempo que Pompeyo no la besaba así!

## II

Se casaron diez años atrás. Pompeyo Mendoza y Emma Sandoval, ambos pertenecientes a familias distinguidas de la ciudad, de esas que no sólo son honorables sino que además tienen cierta tradición de apellido, fueron al altar impulsados por recíproco y sincero sentimiento amoroso. Se unieron espontáneamente, por atracción, por libre afinidad electiva; nó por consecuencia de cálculos, como los que presiden los casamientos de conveniencia, ni porque cada uno pensara resolver prácticamente, con el estado conyugal, problemas de carácter individual.

Cuando confundieron sus vidas en una sólo, que iba a correr en adelante como las aguas mansas de dos ríos que se juntan, Pompeyo era rico ya. Poseía una fortuna hecha por él mismo a golpes de inteligencia y de energía; fortuna que labró con ese amor consciente, con esa fiebre apasionada con que todo creador modela su obra: el escultor su estatua, el pintor su lienzo, el poeta su poema. En cuanto a Emma, si bien no era rica, su familia gozaba de los suficientes recursos para poder vivir con holgura.

Al principio, durante dos años seguidos, todo fue felicidad y alegría para el matrimonio. Prendidas sus almas en la llamarada del amor, vieron transcurrir aquellos días jubilosos, inolvidables y magníficos, llenos de la inefable sucesión de sus sueños y colmados de la satisfacción de sus anhelos. ¡Encantados días cuyo recuerdo aún hacía sonreír a Emma, y que ella se complacía en evocar silenciosamente, con sus arrebatos de ternura, con sus deliciosas banalidades!

Viajaron mucho en ese tiempo; visitaron varios países. Tal vez el secreto afán de prolongar su mutua ilusión, puesto que es sabido que la quietud adormece y mata, llevábalos a pasear su ventura por todas partes, buscando cada vez nuevos cielos y distintos paisajes.

La necesidad de atender a los intereses se impuso por fin y Pompeyo tuvo que regresar a la rutinaria vida bursátil. Volvía a su elemento. Poco a poco, de modo insensible, se fue sumergiendo nuevamente en aquel mundo mercantil que le era tan caro y que amaba con la pasión con que suele amarse todo lo que hace parte del propio sér ó que se vincula a él con fuertes lazos.

De tal suerte se entregó a la atención de sus grandes negocios, que acabaron por absorberlo. Mantenía la constante preocupación de ellos, padecía su obsesión. Llegó a mecanizarse casi, por efecto de la costumbre, convirtiéndose su cerebro en complicada máquina de cálculos y de combinaciones, donde las cifras parecían tener vida propia.

Era muy hábil, y poseía, cual dón natural, el ta-

lento del negociante; no el del intermediario adocenado entre el fabricante y el consumidor, ni el del tendero vulgar, grande o pequeño, que tiene un concepto rutinario del comercio, sino el del hombre de empresa, inteligente, audaz y fecundo en iniciativas. Casi era genial. Generoso con discreción, comprensivo sin debilidad, no podía pertenecer a esa clase de mercaderes tan común, que se asustan del riesgo, que negocian como los jugadores pobres y pusilánimes apuntando con mano trémula cuartillos á la ruleta, y que se esclavizan por avaricia a un criterio ruin y estéril de erogaciones indispensables, que ellos creen economía pero que sólo es miseria sórdida.

Pompeyo Mendoza era hombre de negocios a la moderna: ambicioso pero desprendido a la vez; frecuentemente espléndido. Prefería contar por pesos, y no por centavos; por centenas, y no por unidades. Era cosa natural en él y muy propia, sin asomo de artificio ni de superchería, cierta forma de elegancia de los negocios, que los ennoblecía, quitándoles su faz prosaica y vistiendo con ropas de distinción su desnudez utilitaria.

Si tenía, pues, la avidez del lucro, el ansia febril de acumular mucha riqueza, no era por el dinero en sí, como lo apetecen los avaros. Por educación y temperamento, por pulcritud espiritual, no podía querer el aspecto material del dinero; pero sabía como ninguno, más que ninguno, que para entrar a los encantados alcázares de la vida es necesario poseer esa llave de oro. Si no hubiese amado la existencia, el buen vi-

vir, no habría comprendido seguramente la significación de la riqueza.

Fuéra de esto, y por sobre esto, debía de ser una necesidad en él, y muy imperiosa, el ejercicio cotidiano de la profesión mercantil. Sin ello, no podía concebir la existencia. A tal punto llegó por este aspecto su pasión bursátil, que se habría podido afirmar sin hipérbole que en el mundo no existía otra cosa para él de mayor importancia que los negocios; más aún: que la vida no era más que negocios.

A semejanza del sabio de laboratorio, que se abisma en la investigación, perdiendo todo contacto con el mundo externo, todo vínculo con la realidad circundante, Pompeyo Mendoza se sumergía en la atención continua de los negocios, olvidándose de lo demás, y de él mismo incluso. No le alcanzaba jamás el tiempo para nada. Había perdido su noción, mejor dicho.

En la agitada existencia que hacía, pues indispensablemente tenía qué ser hombre dinámico, de acción sin descanso, encontraba una voluptuosidad nueva y tan honda que el trabajo, siendo tradicionalmente una carga, se le convertía en placer inédito. Gozaba y era feliz, pero con gozo íntimo e intenso, en esos afanes diarios del oficio, en las inquietudes que suscita la expectativa de cada gran transacción, debido á su aleatorio éxito. Hombre de finanzas, era para las finanzas y para ellas parecía haber nacido exclusivamente. ¿Puede haber vicio en el amor de los negocios, pasión en su juego, superstición en sus cálculos y combinaciones? Para Pompeyo lo eran todo a la

vez: vicio, pasión y superstición. Mas también eran un ideal, y esto los ennoblecía y dignificaba, por lo mismo que no hay ideal que no tenga un fondo de espíritu, aunque en apariencia persiga propósitos materiales.

La excesiva consagración de su marido a los menesteres bursátiles, fue para Emma como el anuncio triste de la disolución de su ventura. Desde el principio, su aguda perspicacia y su vigilante instinto la hicieron adivinar cuál sería el término melancólico de esos entusiasmos comerciales. Silenciosa, un poco aconsejada por el orgullo que hay en el fondo del alma de toda mujer no común, y que ellas involucran en la idea de su dignidad, asistió al paulatino alejamiento de Pompeyo, y fue dándose cuenta, con amargura, de que se quedaba sola con su corazón y sus recuerdos.

¡Cuántos días de angustia, cuántas horas de desolación! ¡Amar, y comprender que no se es amada ya; sentir que la fuente de los sentimientos sigue manando, que su agua es pura y viva como siempre, pero que nadie viene a abreviar allí su sed!

Los ojos de su amor veían con hondo dolor cómo el hombre apasionado con quien tan dichosa fue dos años seguidos, se tornaba un sér frío, tranquilo, con perfecto dominio de sí. Siendo, como lo era, mujer de fina sensibilidad y de temperamento ardiente, experimentaba con mayor fuerza la tortura continua del abandono amoroso en que la tenía su marido. No podía explicarse ese apartamiento, ni esa indiferencia

pasional que la condenaba a tan paradójica viudez y que la desesperaba frecuentemente.

Porque Emma amaba a Pompeyo; lo admiraba y lo amaba, que era como amarlo doblemente. Todavía, después de diez años de matrimonio, ardía viva en su alma la llama de amor de los primeros tiempos, y conservaba, en toda su mañanera frescura, la dulce ilusión sentimental.

Ensayó retenerlo primeramente, de tal suerte que no se rompiese el delgado hilo de amor que los unía, más que por el presente, por el recuerdo del pasado; después, roto ya este vínculo, quiso reconquistarlo. Era mujer hermosa, con esa belleza plena de los treinta años, que une a su madurez el esplendor magnífico de los otoños melancólicos y de los crepúsculos dorados. Tenía el alma llena de sueños y el cuerpo henchido de vigor y salud.

Pero Pompeyo parecía no darse cuenta del punzante atractivo ni de los estudiados hechizos. Otro hombre que no fuese él, o que no se hallara en sus condiciones, se habría percatado sin duda de la seducción, sucumbiendo a los irresistibles encantos.

¿Era que no la amaba ya realmente? Emma pensó angustiada que había perdido todo poder sobre él, y que acaso esto fuese signo de decadencia. Mas cuando, en la soledad de su alcoba, el espejo le mostraba su rostro, fresco y lozano como flor, y examinaba cuidadosamente la tersura de su piel pulida y cuidada, olorosa a nardos, recobraba entonces la confianza, sonreía con delicioso optimismo, y buscaba otra explicación al desvío de Pompeyo.

Entre tanto, y extraño por completo a las inquietudes de su mujer, éste seguía siendo el esposo legal. Al marido efectivo, al compañero íntimo, había sucedido el cónyuge que representa con toda propiedad su papel social. Prescindió poco a poco de las necesarias manifestaciones que impone el estado matrimonial, y de tal modo lo poseyeron los negocios que casi pareció olvidar su condición de hombre casado.

Y con todo esto, era siempre con su mujer atento y galante; satisfacía sus gustos y caprichos; la trataba con tan delicada solicitud y bondadosa deferencia, que más parecía considerarla niña mimada, á quien quisiese no causar el menor enojo.

Su afecto tranquilo y familiar, de hombre frío y correctísimo, exasperaba a Emma en ciertos momentos, suscitando en su alma la rebelión. De buen grado hubiera escuchado de sus labios palabras duras que la hiriesen. Todo lo hubiese preferido, incluso la violencia y la brutalidad, al insoportable suplicio del desamor, que es el peor de los tormentos cuando se ama.

Llegó a sentir celos de aquellos negocios que le arrebatában a Pompeyo, y un odio silencioso fue germinando en su corazón contra cuanto tuviese aspecto bursátil. ¡Dinero! ¡Oh, dinero! ¿De qué servía el dinero si no era capaz de dar la felicidad? ¿Qué otra cosa representaba para ella sino causa de desdicha, puesto que le robaba el cariño del hombre amado y toda posibilidad de ventura?

La constante tensión que le imponía el cuidado de sus intereses, el continuo consumo de energías

mentales, las preocupaciones permanentes, acabaron por producir su efecto sobre el organismo de Pompeyo. Nadie, por fuerte y vigoroso que sea, puede resistir de seguido semejante esfuerzo. Las doce y hasta catorce horas de trabajo diario que se imponía, fueron socavando insensiblemente su salud, hasta el punto de que llegó a sentir que sus capacidades disminuían: se fatigaba con frecuencia; sentía debilidades orgánicas repentinas e imprevistas; iba perdiendo el apetito.

El estómago, el hígado, los riñones, funcionaron mal, por efecto de los excesos en el trabajo sin control. Cuando, una vez que enfermó, le advirtió el médico los motivos de su dolencia, pensó seriamente que estaba abusando de sus fuerzas é hizo el formal propósito de trabajar moderadamente. Mas ¿quién puede renunciar de pronto a hábitos arraigados, y librarse de inclinaciones que se volvieron pasión y vicio inclusive? No bien estuvo en pie nuevamente, echando en olvido su decisión se lanzó con mayor ímpetu y entusiasmo á esa marejada de los negocios, que le producía deliciosa embriaguez.

Emma le dijo en cierta ocasión, seriamente enfadada:

—Parece que te hubieras propuesto acabar contigo. ¿Qué necesidad tienes de destrozarte de este modo?

—¿Necesidad? Ninguna—respondió Pompeyo, besándola fríamente y sonriendo con vago gesto de cansancio—. Trabajo porque me gusta, porque no puedo prescindir de hacerlo. Es un deporte, Emma;

un juego en que me divierto, en que se me pasa el tiempo alegremente, y en el que siempre gano. Ya ves que es juego ventajoso en todo sentido.

Emma calló, y no volvió a aludir al asunto. Tal vez, sin ese abandono amoroso en que la tenía, se hubiese conformado mejor con la tremenda pasión bur-sátil de su marido.

Transcurrido algún tiempo, se presentaron los primeros síntomas de neurosis. Pompeyo tuvo que pensar en sus nervios, un poco también en su cabeza. Cierta irritabilidad de genio, lo tornó susceptible. Sus empleados hubieron de percatarse de esto. Pero era hombre de voluntad, de gran dominio sobre sí cuando se trataba de sus sentimientos, y lograba mantenerse sereno.

En su casa, con su mujer, no se alteraba por nada; hablaba con calma, con mesura; quería sonreír siempre. Comprendía el amor de Emma, y sentía por ella un dulce afecto, una estimación honda como lo es la de todo marido que, habiendo pasado la hora del arrebató pasional, pone en su compañera un cariño amistoso, tranquilo, de preferencia, y se satura del pensamiento casto de que es la madre de sus hijos.

Por lo demás, advertía calladamente, un tanto melancólico, que no eran motivos frívolos los que lo alejaban de la mujer. Causas más hondas originaban esa frialdad de que Emma vivía tan quejosa sin manifestarlo, y en la que él pensaba a veces con extraña inquietud. El desgaste orgánico producido por el abuso de su propia vitalidad y por la intemperancia mental, parecía haber traído consigo la atrofia de los

instintos. Ahora Pompeyo, y desde años atrás, era hombre cansado, consumido; varón sin deseos, sin impulso pasional alguno, de ardores sexuales casi completamente apagados.

Dormía en una habitación aparte, y hacía mucho tiempo no entraba á la alcoba de su mujer.

## III

Esa tarde, al volver, vió a Emma de pie junto al balcón. Seguramente acababa de regresar también, porque vestía traje de calle y llevaba puesto el sombrero. Ella no se dio cuenta al punto, de la presencia de Pompeyo: parecía mirar abstraídamente hacia afuera, hacia la avenida, por entre los claros cristales cubiertos con visillos de seda.

La contempló un momento con admiración, con cierta ternura melancólica. Era mujer alta, elegante, de fina silueta y de formas irreprochables; su cuerpo tenía algo de estatuario, a pesar de haber concebido dos hijos y siendo cosa averiguada que la maternidad consume y deforma. Como estaba de espaldas, pudo ver, bajo el ceñido sombrero, la piel satinada de la nuca, donde jugaban unos ricillos, y el nacimiento de los hombros.

Sonrió, y aproximándose con lentitud, la tocó ligeramente en un brazo. Ella se volvió en el acto, con presteza.

—Me has asustado—dijo—; estaba distraída.

Agregó en seguida, afectuosa:

—Vengo de hacer visitas; me pasé toda la tarde con amigas. Y tú, ¿qué hiciste este medio día?

—¿Yo? Puedes imaginarlo. Trabajar, nada más que trabajar. Es lo único que me distrae cuando estoy lejos de tí y de mis hijos.

Habituada á las amables frases de su marido, esas frases frías y sin emoción, pero que tenían el singular poder de disipar toda nubecilla de discordia, Emma se apartó del balcón, y, despojándose del sombrero, fue á sentarse en una butaca. La intensa luz artificial de la gran lámpara suspendida del techo, cayó de pronto sobre ella, acusando las líneas puras de su rostro. Bajo las cejas arqueadas, delgadísimas como líneas trazadas con fino pincel, brillaron sus oscuros ojos, y se adormecieron después entre los párpados entornados a medias. Era expresión peculiar suya, muy sugestiva y atrayente. La boca pequeña, perfecta, de labios un tanto carnosos, y que el rojo artificial coloraba discretamente, se recogía como para besar, bajo la doble ala de la nariz recta y vibrante.

Cruzó una pierna sobre la ótra, cual solía hacerlo en la intimidad; corrigió con la diestra ensortijada un mechón de cabellos que le caía sobre la frente; luego dijo:

—Esta tarde temprano vino Rafael. Se llevó a Carlos a una partida de balompié.

—Ah, ¿sí? Bueno—respondió Pompeyo aquiescente—. Supongo que se habrán divertido mucho.

Tomó un cigarrillo de sobre el velador, y lo encendió con calma. Se sentó a su vez, lanzando al aire

dos o tres bocanadas que se disolvieron en seguida. Pero de repente arrojó el pitillo en el cenicero, con movimiento brusco, nervioso.

Emma lo miró, sorprendida. Como le daba también la luz de lleno en el semblante, pudo observar cierta contracción dolorosa de sus facciones, que duró un momento no más.

—¿Qué tienes?—preguntó con inquietud.

—Nada, querida. Estoy un poco cansado. Me pareció que se me iba la cabeza. No es nada; cosas sin importancia.

—¿Quieres tomar algo antes de comer?

Pompeyo reaccionó, jovial.

—¿Un aperitivo, por ejemplo? Sí, cómo no. Hazme traer una copa de vino, ó un coctel. Me sentaría bien. Tú me acompañarás.

—Sabes que nunca bebo licor.

—Ciértamente; no lo recordaba; perdóna.

Minutos después, mientras paladeaba con morosidad de hombre tranquilo el vino tibio y rojo, de áspera sequedad, se puso a darle a su mujer minuciosas noticias relacionadas con sus negocios. Emma le oía con infinita resignación. Ni le interesaban ni le importaban en el fondo tales noticias, que eran siempre las mismas: una reiterada sucesión de operaciones comerciales afortunadas y de audaces combinaciones de bolsa. Le causaba, sí, cierta compasión afectuosa el entusiasmo de su marido, que a veces la hacía sonreír, y que, en lo más hondo de su alma, trocábase involuntariamente en vago desdén.

Pasada la comida, volvieron nuevamente al sa-

lón. Como si recordara de improviso, Pompeyo advirtió con indiferencia:

—Esta noche tengo junta de negocios.

Emma, que hojeaba el periódico, levantó los ojos para mirarlo. En sus pupilas ardió un segundo la llama de la cólera: en seguida se apaciguó.

—¡Lástima!—dijo—, porque pensaba pedirte que me acompañaras á teatro.

Hubo un corto silencio, durante el cual Pompeyo meditó rápidamente. ¡Qué contrariedad! ¡Ocurrírsele a su mujer asistir aquella noche á espectáculos, estando todas las otras noches disponibles! Y esa noche precisamente, ¡cuando tenía entre manos asuntos de tan extraordinaria importancia! Vaciló, porque tenía la costumbre de complacerla en todo, de satisfacer sus menores caprichos.

—¿Querías ir al teatro?—inquirió como si sus palabras fuesen eco de sus pensamientos, y sin tener la plena conciencia de ellas. Así le sucedía en ocasiones, que hablaba maquinalmente, por responder—. No lo presumí. Si me hubieras dado un aviso...

—¿De suerte que no puedes?

La entrada providencial de Rafael Aparicio, que llegaba de visita, sacó de apuros á Pompeyo. Estaba de pies en el umbral, elegante y sonriente, entre el ángulo que formaban las alas de espeso cortinaje. A su lado, --cediéndolo un paso como feliz heraldo, y con la faz encendida por la agitación, Carlos Mendoza se había cuadrado militarmente y saludaba con la diestra puesta junto a la visera de la gorra.

—¿Se puede? . . . Buenas noches—exclamó Rafael.

Adelantándose hacia el extremo del salón, donde estaban Emma y Pompeyo, les estrechó las manos con llaneza familiar, y mientras se hundía en otra butaca con la misma confianza que si estuviera en su propia vivienda, comenzó a hablar animadamente:

—No vayan a regañar a Carlos; casi a la fuerza me lo llevé a comer conmigo. La tarde fue maravillosa. Una sólo emoción desde que comenzó la partida hasta que concluyó. No pueden imaginar ustedes qué juego.

Carlos, que se había acercado a besar a Emma, interrumpió con entusiasmo:

—¡Tres puntos, papá; tres puntos de los locales contra el equipo de afuera!

Rafael Aparicio refirió entonces detalladamente las peripecias del encuentro. Era perito en achaques de balompié; y como se expresaba con facilidad y calor, su narración resultaba muy interesante. Tal vez su voz cálida, llena y cordial, influía en este efecto; acaso también esa comunicativa alegría que irradiaba de él, haciéndolo tan atractivo y simpático para los que lo oían.

Durante algunos minutos los allí presentes, impresionados por el colorido de la descripción, tuvieron la impresión de hallarse en el campo de juego. Evocaron el ancho estadio, con su gran cuadrilátero cercado de tribunas y de graderías donde se apiñaba la multitud como en los antiguos circos; las ágiles figuras de los deportistas, con sus uniformes de color,

corriendo jadeantes en persecución de la pelota; el vaivén continuo; el ruido; la luz; todo el esplendor, en fin, de la tarde cálida, que parece presidir benévola-mente la fiesta del músculo.

Contra lo que podían indicar sus treinta y cinco años, Rafael Aparicio era hombre sencillo y sin complicaciones; por lo menos lo parecía así. Su afable llaneza y su bondadoso carácter le ganaban la confianza de todos. Era rico también, y le gustaba la buena vida: el club, la sociedad, los deportes. Con la familia Mendoza-Sandoval llevaba vieja amistad, que tanto él como ellos se esmeraban por cultivar cariñosamente, como rara y valiosa flor.

Frecuentaba la casa lo mismo que si fuese miembro de la familia, y era recibido allí siempre con gusto; con especial predilección. Discreta intimidad los unía. A veces era también consejero ó mediador confidencial.

Cuando concluyó el relato, Pompeyo Mendoza, que solía bromear a costa de la pasión deportiva de su amigo, comentó risueñamente —que lo había puesto de buen humor la oportuna llegada de Aparicio:

—A usted, Rafael, con el paso que lleva, muy pronto lo vamos a ver de campeón de una cualquiera de estas cosas. Sería un magnífico campeón, sin duda. Ya lo imagino recibiendo su copa ó su bagatela de arte, al són de un discursito, y emocionado por la ovación del público. ¿No cree que es una satisfacción?

—Por supuesto que sí—respondió Aparicio en el mismo tono de chanza—; y hasta me parece que

podía reunir mi buena colección de trofeos. La cuestión es que no soy ambicioso.

—¿No le tienta, pues, la gloriola?

—Nó; me agrada divertirme únicamente; vivir del modo más alegre posible. Todo lo que regocija la vida, atacando su monotonía, tiene para mí suma importancia.

—¿Qué deporte le agrada más, Rafael?—inquirió Emma con repentina curiosidad.

—Es difícil decirlo; me atraen por igual. Pero tengo una preferencia entre los deportes de salón: el baile; y ótra entre los de campo: la equitación. Por lo demás, todos los espectáculos me entusiasman: los toros, el balompié, el boxeo . . .

—El toreo es espectáculo monótono—opinó Pompeyo—: siempre la misma escena tradicional, la eterna pantomima sanguinaria. Detesto lo que es monótono y bárbaro. ¡Y ahora el boxeo! Es deporte de negros y de cargadores de muelle, propio exclusivamente para gentes sin espíritu. El único espectáculo de campo que me gusta son las carreras de caballos. En los hipodromos se divierte úno racionalmente y hay emoción sana. Es por otra parte, diversión de gentes elegantes.

Rafael Aparicio replicó con alguna animosidad:

—Todo depende de uno mismo, del temperamento que se posea. Conozco personas que son capaces de ir diariamente a toros sin aburrirse; su condición es tal que cada tarde hallarán emociones nuevas. ¿Sabe, Pompeyo por qué me agrada este espectáculo, esta carnicería que usted llama? Porque me tonifica

los nervios. El boxeo también me gusta, a pesar de su estupidez; se hace uno la ilusión de que está presenciando la apoteosis del cuerpo humano y la domesticación de la fuerza por la inteligencia. Es algo científico. No sin razón son tan aficionados a este deporte los sajones.

—Los sajones tienen aficiones bárbaras y cosas anacrónicas. Cazan hombres y tigres con el mismo sentido deportivo. Entre sus instituciones están la horca y la silla eléctrica. Porque, aunque el mar los separa, y también un poco la edad, tan sajones son los de aquí como los de allá: los de América como los de Europa. Pero, sin duda, es algo menos brutal el balompié; por medio de él el hombre recobra la elasticidad de sus miembros inferiores, algo atrofiados por la posición vertical, cuidando, eso sí, de vigilarse, a fin de que cada puntapié se diferencie sustancialmente de la coz de la bestia.

—¡Oh!—exclamó Rafael riendo—: con ese criterio hay que convenir en que los deportes están de más y hasta son inconvenientes.

—No es eso; lo malo no es el deporte en sí, sino el lugar que ocupa en el espíritu del hombre. Siempre será un peligro que el cuerpo, esto es la materia, supedita al espíritu. Fíjese bien usted en que hay individuos que han hecho de él una profesión, y lo que es peor aún, un sacerdocio.

—Así es, en efecto, pero ellos son la excepción únicamente. Lo que se busca en el ejercicio físico es salud y vitalidad, equilibrio orgánico. Hay que infundirles, por consiguiente, su amor a los jóvenes.

Pompeyo Mendoza hizo un movimiento involuntario en su silla.

—A los jóvenes—replicó con voz pausada y muy acentuada—hay qué inspirarles el gusto por el ejercicio físico, pero no por las cosas brutales. Nunca se les debe enseñar el culto a la fuerza, ni siquiera su admiración. Conviene, pues, no confundir lo que es el ejercicio físico racional, como caminar al aire libre, bracear en un charco, distender los músculos en un trapecio, con esa falsa receta de salud que son los deportes violentos de nuestro tiempo: puñetazos y puntapiés, y públicos degüellos de animales, y contorsionismos epilépticos de circo; todos los cuales no hacen sino embrutecer á la larga y enervar los mejores sentimientos del hombre.

Iba Rafael a replicar una vez más, para sostener sus puntos de vista, explicándolos, cuando Emma, que había estado escuchándolos con suma atención, se levantó lentamente de su butaca. Acercóse en seguida con rítmico andar al abierto piano que parecía sonreír en el otro extremo del salón, y se puso a tocar un aire cualquiera. Acaso era un capricho no más, ejercicio de dedos, porque de pronto, tras de corto silencio, rompió con una música grave y tierna que los hizo callar para escuchar. En el salón se oyó un nombre clásico. Luégo el hechizo de aquella melodía melancólica pareció embargarlos á tódos.

Cuando Emma terminó, Pompeyo se puso de pie.

—Tengo qué irme—anunció—. Una junta de negocios. Perdone, Rafael, que lo deje un rato. Queda en su casa, como siempre.

Emma se volvió en el banco, y por un segundo su mirada se cruzó con la de su marido. Sus ojos tomaron expresión indefinible: de reproche, de decepción, de tristeza. Como la lumbre transitoria de las luciérnagas y de los fuegos fatuos, así ardieron ellos intensamente, con viva y fulgurante luz; pero fue suficiente para que Pompeyo se diese cuenta con cierto pesar, de que la había desagradado.

Sonrió, encogiéndose imperceptiblemente de hombros, y abandonó el salón. ¿Qué le iba a hacer si la fastidiaba contra su voluntad? No quería él fastidiarla por ningún motivo, y de buen grado habría sacrificado sus propios gustos por complacerla; pero aquello no era cuestión de gustos: se trataba de los negocios, y los negocios, ¡caramba!, los negocios están por encima de todo. Ellos no dan espera ni tienen corazón.

Fue á su escritorio particular, de donde tomó algunos papeles. Extrajo de una cajita dos pastillas que ingirió con un poco de agua. Luégo salió, para dirigirse a la junta. Como iba a pie, sentía mejor el contacto de la calle, con su bullicio, su especto fantástico, su trajín de gentes jubilosas bajo la noche. Caminaba expansivo y alegre, cual si concurriese a una cita de amor.

Eran casi las once cuando regresó. La casa estaba sumida en hondo silencio. Emma y sus hijos dormían ya. Abrió el balcón, y, hundido en una poltrona, se puso a contemplar el paisaje que tenía delante: retazo de paisaje bañado en sombras, bajo el cielo obscuro y sin estrellas; abajo, un trozo de avenida, con

resplandores pálidos de luz artificial. A ratos llegaban hasta allí, á ese barrio tranquilo de residencias de gente rica, lejanos rumores de la ciudad trasnochadora.

Ahora, en la soledad, en el semi-silencio de esos minutos apacibles, sentía que su cansancio físico y mental se recrudecía, como si los miembros relajados se distendiesen con dolor, libres del control de su voluntad de hombre tenaz y del vasallaje que les imponía la indispensable actividad diurna. Su cerebro era el más fatigado, porque soportaba la mayor carga de trabajo.

Recordó que tenía qué despachar correspondencia personal, que no podía confiar a su mecanógrafa. Se levantó. Antes de ir al escritorio quiso pasar como de costumbre por los aposentos familiares. Era hábito suyo, antiguo y un poco sentimental. Le gustaba ver dormir á sus hijos, y en ocasiones echarle un vistazo a su mujer sin que ella se diese cuenta.

En sus pequeños lechos, bajo la difusa luz, Graciela y Carlos descansaban confiadamente. Sonreían; acaso soñaban. Los miró largo rato, con honda y contenida ternura; él también sonrió. Luégo salió de puntillas.

Emma dormía profundamente. Oculto tras de la gran cortina, desde donde podía observar la ancha cama, la contempló con suma atención. Dormida era en extremo interesante. La fina garganta, blanca y mórbida; el nacimiento del alto pecho; los brazos desnudos y redondos, emergiendo como largos lirios del encaje de la camisa, todo lo cual dejaban libre los anchos cobertores de seda, atraían los ojos como dulce

visión de paz y de dicha conyugal. Emma parecía dormir sosegadamente, con la cabeza inclinada a un lado sobre los cojines, contra el brazo derecho recogido; pero á ratos, como si en mitad del sueño la asaltaran pensamientos tristes ó recuerdos penosos, hondos suspiros salían de su pecho, interrumpiendo brevemente el ritmo de su respiración.

Pompeyo movió la cabeza, y se alejó. No sentía deseo de dormir. En su despacho privado, ante la mesa de trabajo, y después de tirar la cadenilla de graduación de la luz, se puso a escribir velozmente. Dos ó tres veces tuvo qué consultar libros y papeles.

Cuando terminó era más de media noche. Vertió café en una taza, del termo que había sobre el velador, y lo paladeó muy despacio. Por último, tomando de un estante colmado un volumen cualquiera, se encaminó a lentos pasos á su dormitorio. Iba pensando maquinalmente que tenía qué provocar el sueño leyendo, porque se sentía muy cansado y debía ma-  
drugar.

## IV

La metálica campanada que anunciaba la media noche la sacó bruscamente de su inmovilidad, haciéndola volver también de su abstracción melancólica. Sin quererlo, por inclinación subconsciente, sus pensamientos se habían ido a vagar por los campos de lo pasado, gratos siempre para su corazón condenado a vivir de recuerdos únicamente.

Alzó la cabeza, y miró a su marido sentado junto al lecho de la enfermita, en ancha butaca que, no obstante su amplitud, parecía tenerlo aprisionado en sus brazos. Acaso por las repetidas vigiliass, ó porque su cansancio habitual lo venciese un poco, Pompeyo se había adormecido y no tenía, por lo tanto, en ese momento, el control de sí mismo. Bajo la luz difusa de la alcoba, luz triste y débil que sobrecoge el ánimo vagamente en las habitaciones de los enfermos, su naciente calva y su palidez resaltaban de modo extraño. A lado y lado del sillón veíanse las manos morenas y velludas, caídas en involuntario abandono, y ante él, extendidas y cruzadas, las piernas de apa-

riencia corta por su grosor, con los pies metidos en bordadas pantuflas.

Su actitud descuidada le daba aire cómico, pues había echado hacia atrás la cabeza contra el respaldo de la butaca, y tenía la boca entreabierta ligeramente. Sobre el entrecejo unas estrías hondas delataban las preocupaciones y pensamientos cotidianos.

Emma lo miró durante algunos minutos con particular atención. Su cariño por el hombre juntábase á cierta piedad confusa que le repugnaba confesarse, pero que le nacía de lo íntimo del alma. ¡Ah, seguramente no era la primera vez que sentía compasión por él! Ahora, en ese momento de la media noche, en ese instante familiar y prosaico en que en la intimidad del hogar se despoja el hombre de sus falsos trajes mundanos, para vestirse las holgadas ropas de la verdad, aquella conmiseración aumentaba. Pero á la vez, y como si sus sentimientos buscasen un contrapeso para toda posible decepción, su alma se llenaba también de admiración viva y cálida por esa personalidad singular y un tanto incomprensible de Pompeyo, en la que se reunían, según ella, cualidades y defectos tan resaltantes.

Ocho días seguidos llevaba Pompeyo, pegado continuamente a la camita de Graciela; ocho días de vigilia, durante los cuales su ánimo estuvo suspenso de la marcha de la enfermedad, agravada en ese período. La butaca en que estaba sentado había sido su lecho. No abandonó la casa un sólo instante. ¿Y cómo iba a ser de otra manera, si aquella muchachita delicada y endeble, aquella muñeca frágil mejor di-

cho, representaba para él, mucho más que los otros, el encanto principal de su vida y el acicate de sus luchas? Amaba a Graciela con afecto hondo, vivo, henchido de desbordante ternura; afecto de esos que por sí solos bastan para llenar una existencia, y que nos hacen capaces de todos los sacrificios imaginables.

Cualquier pequeño resfriado de la pequeña lo hacía temblar; le parecía que en ella eran males terribles las enfermedades comunes a todo niño. En los varios días que llevaba postrada en el lecho, su angustia paternal fue infinita; casi rayó en el paroxismo en los que duró la gravedad. Ya había pasado la crisis, por fortuna, y estaba algo más tranquilo y confiado.

Emma lo llamó suavemente, hasta tres veces.

—¡Pompeyo! ¡Pompeyo!

Se despertó nervioso, sobresaltado.

—¡Qué! ¿Me he dormido?—exclamó cual si se reprochaba él mismo su falta.

—Son las doce. Hay qué darle la tisana á la niña.

Fijó la vista en la enfermita, para observarla, y, levantándose, se acercó al velador para preparar la bebida. Procedía despacio, con cierto aire sacerdotal que acentuaba más aún la bata casera que llevaba puesta.

Despertó a Graciela con precaución, y, después de besarla, la hizo tomar la pócima. Luégo la acostó de nuevo, arreglándole los almohadones, cubriéndola bien con las calientes sábanas, mientras le iba diciendo cosas mimosas y tiernas que ella no oyó seguramente porque no estaba bien despierta.

— ¿Cómo te parece?—inquirió Emma dulcemente, cual si premiase tan delicada solicitud.

—Creo que continúa mejorando. Tú, ¿por qué no descansas? Vé á dormir un rato, que yo velaré hasta el amanecer.

—No tengo sueño; puedo acompañarte todavía.

—Como gustes, querida—dijo Pompeyo volviendo a hundirse en la butaca y estirando las piernas para estar más cómodo.

Al cabo de un rato, Emma preguntó:

—¿Quieres café?

—Sí, dame una tacita.

Sobre otro velador hervía con tenue murmullo el agua de una cafetera. No se oía más rumores en el silencio de la noche. Mientras Pompeyo bebía a sorbitos, según su costumbre, Emma salió de la habitación advirtiéndolo:

—Voy un momento al cuarto de Carlos. Si quieres más café...

Diez minutos después estaba de vuelta. Tomó un libro para leer, pero su atención no lograba fijarse en lo que leía; el volumen cayó al fin sobre su regazo, y era como una nota extraña contra la tela blanca del peinador.

El tiempo corría lento, monótono, regulado por el acompasado golpe del reloj. semejante a la palpitación de un corazón. De cuando en cuando, campanadas secas anunciaban la hora. Por fin amaneció. El resplandor pálido que llenó el aposento, y un vago efluvio mañanero, fresco y alegre, los hizo despabi-

larse. Carlos entró poco después; en seguida una criada.

A las ocho le avisaron a Emma que una señorita esperaba en la sala. Fue a arreglarse á su tocador, y salió. La que aguardaba era Matilde, la mecanógrafa.

El traje negro de ésta, y su actitud modesta y discreta, la conmovieron un poco al primer momento; mas recobró en seguida la actitud fría y reservada con que la recibía invariablemente.

—¿Cómo está, misiá Emma?

—Bien, gracias. Siéntese usted.

Un tanto desconcertada, Matilde tomó el asiento que le indicaba. Había llevado una cartera para anotar las instrucciones de Pompeyo. El aire matinal le avivó el color de las mejillas, comunicándoles aspecto tierno de flor.

—¿Cómo sigue la niña?

—Ha mejorado. Gracias.

Durante este corto diálogo Emma permanecía de pie, á pocos pasos de la mecanógrafa, y con los ojos fijos en ella con pertinaz expresión interrogadora. Tenía en tal momento el aire peculiar de las personas que atienden de prisa a un visitante, y que desean no prolongar la conversación.

—Necesito hablar con don Pompeyo—dijo Matilde—; si usted, misiá Emma, tuviera la bondad de avisarle . . .

—Ah, ¿quiere hablar con Pompeyo?

—Sí, señora; tengo qué recibir sus órdenes para el despacho. Hay mucha correspondencia retrasada, y algunos asuntos pendientes en la oficina.

—¡Hija, por Dios—exclamó Emma con sonrisa de fina burla y con cierto retintín en la voz—: qué va á estar ahora el pobre Pompeyo para esas cosas!

Pero agregó casi en seguida:

—Espere un momento; voy a avisarle.

Al entrar de nuevo en la alcoba de la enfermita, Pompeyo, que acababa de darle otra dosis, y que se volvía en ese instante hacia el lado de la puerta, se quedó contemplando a su mujer con inquisidora mirada.

Emma lo miró a su vez, y dijo con tono seco, extraño y desacostumbrado:

—Ahí te busca tu mecanógrafa.

—¿Matilde?—exclamó Pompeyo maquinalmente.

—No sé si tendrás varias mecanógrafas. Me parece que es la misma de siempre.

—Es verdad, querida. Se habla a veces por la fuerza del hábito, ó inconscientemente, y se dice cosas absurdas. Atiéndete a Chela mientras salgo a ver qué quiere esa muchacha.

Echó a andar con paso tardo, medio cansino, en dirección al salón donde lo aguardaba Matilde. Las vigiliass y la tensión nerviosa en que lo mantuvo esos días la enfermedad de su hija, habían aumentado su habitual palidez y su extenuamiento. A la mecanógrafa le pareció un poco más viejo cuando lo vio entrar, y se le hizo también más acentuada su robustez.

—¿Qué hay, Matilde? ¿Qué ocurre de nuevo por la oficina?—inquirió en són de saludo, envolvién-

dola en una mirada afectuosa y sentándose á corta distancia de ella.

La mecanógrafa empezó a dar informes. Luégo le entregó un paquete de cartas, y mientras Pompeyo las leía se puso a arreglar papeles sobre las rodillas.

—Siéntese ante esa mesita, y anote—dijo él de pronto.

Matilde se acercó al velador que le indicaba, abrió la cartera de apuntes, y comenzó a tomar razón taquigráfica de lo que Pompeyo iba dictando: memorandum para correspondencia, cifras para negocios, y algunas epístolas particulares.

Cuando concluyeron:

—Como no pienso salir aún, vuelva esta tarde para la firma. Ah: no olvide mandarme las pastillas que dejé olvidadas en el cajón del escritorio.

Se levantaron al mismo tiempo, para despedirse. El aspecto de la mecanógrafa, con su aire infantil y su cartera bajo el brazo, que la hacían parecer una colegiala, lo conmovió como otras veces. Siempre suscitaba su ternura esa figurita frágil de mujer, tan ingenuamente alegre y tan vigilantemente discreta. ¡El acierto que tuvo para hacerla su secretaria! Le concedía ciega confianza, y se sentía muy aliviado con la ayuda que ella le prestaba en el despacho de sus negocios.

Hacía tres años estaba con él, como empleada de la oficina; el tiempo corrido precisamente desde que falleció el padre de Matilde, Domiciano Gallegos, personaje de quien se sospechó que había puesto él mismo fin a sus días. Ciertas circunstancias miste-

riosas que rodearon su muerte, hicieron suponer que ésta no fue un hecho natural, pero semejantes presunciones no pasaron de ser sencilla hipótesis. El mismo Pompeyo, á pesar de la entrañable y vieja amistad que lo unía a Gallegos, no pudo jamás saber con certeza lo que determinó esa defunción. ¡Pobre y noble amigo tan querido, que un día cualquiera amaneció con la boca sellada para siempre, como la de la esfinge, sin haber podido darle un adiós!

Más tarde, por el pésimo estado en que se encontraron sus negocios, Pompeyo pudo explicarse un tanto los motivos de la tragedia; por lo menos esto lo inclinó a fundar conjeturas. Hecha la liquidación, pudo ponerse en claro que Domiciano Gallegos estaba en el propio borde de la ruina.

Como homenaje piadoso a la amistad de este hombre que al morir dejaba huérfana y sin amparo aquella única hija que tanto quiso, tomó inmediatamente a Matilde bajo su protección, ofreciéndole desde el principio la forma más decorosa y justificable de apoyo. Una señora sola y anciana le dio albergue en su casa, mediante el pago de una pensión que cubría todos los gastos de la joven.

Fue con ella un trecho por el salón, dándole sus últimas instrucciones, y ya en la puerta, cuando se despedían, la golpeó suavemente en un hombro y le acarició la barbilla. Al volverse, desaparecida ya Matilde, se encontró con su mujer que, de pies en el umbral de otra puerta, lo miraba con gesto grave y hierático.

Tras cortos instantes de silencio, Emma exclamó:

—Veo que te interesas demasiado por esa joven. Cualquiera pensaría—añadió sonriendo irónicamente—que es otra hija que tienes.

—Casi que es otra hija—replicó Pompeyo con toda naturalidad.

Ella afirmó con brevedad agresiva:

—Podía serlo.

—¿Por qué? ¿Por mi edad? Tienes razón, querida. Mis cuarenta años justificarían perfectamente esa paternidad, puesto que Matilde no tiene sino dieciocho.

Sin parar atención en el mohín desdeñoso con que Emma acogió tales palabras, se puso a pasear por el salón, diciendo:

—¡Pobre muchacha! Todo lo que hago en su favor me parece poco para lo que merece la grande amistad que me unió á su padre. Domiciano fue siempre un hombre tan generoso y tan leal. ¡Qué pocos ejemplares quedan ya de ese tipo!

Como si no lo escuchara, Emma le advirtió:

—Vé a ver á Chela, que te reclama. Hace un momento despertó, y no hace sino llamarte. Entretanto, yo me ocuparé un rato en mi cuarto.

Lo anterior lo dijo con rapidez, con tono de quien no quiere hablar ni discutir más tiempo, y volviendo la espalda se dirigió a sus aposentos. Tenía qué darse la ablución matinal diaria; lavar su cansancio y su tedio en el agua tibia que la tonificaba tan gratamente y que parecía devolverle á su cuerpo la vi-

brante elasticidad que le quitaban las vigiliás ó el prolongado sueño enervante.

Minutos después estaba en el baño, hundida en la ancha taza de mármol colmada hasta los bordes. Sus formas desnudas emergían, en parte, del agua cristalina, a la manera de blanco y trémulo nenúfar. Luégo saltó de la pequeña piscina, chispeante de rocío y olorosa a jabón fragante, y se envolvió en una gran toalla. Por un instante pudo verse, erguido y tenso, en toda su espléndida madurez, el cuerpo magnífico que los espejos reproducían. Era mujer de hermosura sorprendente, que no había logrado formar la maternidad. La bella cabeza, bien colocada sobre los hombros redondos; el busto airoso y lleno de arrogancia; el vientre ceñido; las piernas largas, finas y carnosas, de líneas perfectas; todo contribuía en detalle y en conjunto a formar la viviente escultura. Pero una escultura con alma; una escultura admirable, por la que se veía correr la sangre, y en cuyo fondo, como tras la pantalla rosada de una lámpara, ardía la llama del espíritu.

Emma se contemplaba con mirada fría y lejana, como si no fuese ella misma, sino otro sér, el que veía con ojos indiferentes copiado en el seno de las lunas. Su pensamiento no estaba allí, sin duda; volaba hacia el pasado, hacia esos días que le parecían tan remotos, y que, no obstante el tiempo transcurrido, siempre estaban vivos en su memoria, como si fuesen de ayer, sin que nada pudiera alterar la nitidez de sus imágenes.

Evocaba con cierta amargura concentrada su

vida de mujer sin amor, porque el amor fue para ella cosa fugaz que tuvo la intensidad del fuego fatuo y a la vez su efímera duración. ¿Cómo—pensaba—había podido soportar varios años esa soledad sentimental, ese abandono erótico á que la condenó su marido? Día tras día bebió sin quejarse, porque su orgullo le sellaba los labios, porque á pesar de todo, su mismo amor le daba fuerzas para el sacrificio, el licor acre y áspero de la indiferencia de Pompeyo, de su desamor que la torturaba como el peor de los suplicios morales, y de esa frialdad exasperante que era lo más horrible, porque su marido sabía cubrirla tan bien con la capa alegre de la galantería y la gentileza.

Ah, ¡qué hombre tan gentil! No podía enrostrarle nada, sin ser injusta; no podía gritarle su cólera y su protesta, sin haber tenido luego qué reconocer su falta de razón y de lógica. ¿Por qué Pompeyo no la maltrataba? ¿Por qué no la ultrajaba ostensiblemente? Lo hubiera preferido, y acaso se lo habría agradecido también. Que le diera, sí, una oportunidad de estallar. No vivir más en esa tensión perenne, en esa farsa espantosa que sostenían sus almas rehuýéndose y escondiéndose bajo la apariencia de las fórmulas.

Muchas veces se preguntó llena de angustia por qué no la amaba ya Pompeyo. No la amaba, nó; y sin embargo ella era la mujer de siempre, la tierna esposa y la amante apasionada que fue desde la primera noche nupcial, sin que nada, ni el tiempo ni la realidad, hubiesen logrado entibiar en ella los sentimientos. Y aunque repasaba su vida para buscar la causa

ó el detalle que pudiera explicar el alejamiento de su marido, no encontraba tampoco nada que, en su opinión, lo justificase.

Su conciencia estaba limpia como el agua pura de un manantial; Pompeyo volvía á casa, y encontraba invariablemente sus brazos abiertos y sus labios tendidos en ofrecimiento completo; ella no existía sino para él. En cambio...

Como si la asaltase de pronto alguna duda sobre la eficacia de sus atractivos físicos, Emma fijó de pronto su mirada en el espejo que tenía al frente, y se puso á examinar minuciosamente sus facciones y todas las líneas de su cuerpo. La piel tersa del rostro, sin arrugas, sin manchas, tenía la frescura y la tonalidad seductora de los duraznos en sazón; el brillo de los ojos conservaba toda su fuerza juvenil. Sonrió, y por entre los labios finos y carnosos, de suave color de rosa, que la sonrisa separó momentáneamente, vio brillar sus dientes pequeños, regulares y de perfecta blancura.

No pudo sustraerse por un instante al sentimiento de coquetería, propio y necesario en toda mujer, porque tal sentimiento cuando es consciente y discreto viene á ser como la defensa del sexo, como el atributo de la feminidad, y como un acicate para el cuidado y la conservación de la belleza. Era bella, sin duda, y ella lo sabía muy bien. Alzando una mano a la altura de los hombros, y moviéndola por su cuerpo con jiros de mariposa inquieta, comenzó a hundir los dedos en sus propias carnes, tocando y palpando las formas tibias y duras que tánto la hermozeaban. Y

sus carnes respondían dondequiera con vibrante temblor de cosa firme y elástica, sin que notara en parte alguna flojedad ó blandura. Eran como el caucho sus carnes apretadas y distendidas, y tan proporcionadas sus formas, que el espectador desprevenido habría puesto en duda su condición de madre dos veces.

Volvió a pensar con cierta extrañeza en por qué Pompeyo no la quería; pero de repente, su suspicacia de mujer la hizo buscar explicaciones. No ignoraba que la casi totalidad de los hombres, aunque tengan la mujer, desean las mujeres; que la belleza poseída acaba por cansar, por lo mismo que es un espejismo de nuestros deseos, que se desvanece con el aniquilamiento de la ilusión. Mas, ¿quién convence a una mujer de estas cosas? ¿Y quién se las hará aceptar jamás a una mujer enamorada, para quien el amor no es únicamente la belleza física? La mujer ama más espiritualmente que el hombre, y en esto precisamente consiste la tragedia del amor: porque la mayoría de los hombres aman con sensualidad, y como la materia es efímera, su pasión suele durar lo que ésta.

Emma no había podido comprobar que Pompeyo amase a otras mujeres, pero lo imaginaba. Más aún: casi tenía la convicción de que entre él y Matilde, la mecanógrafa, existía un entendimiento secreto. ¿Cómo explicar entonces la solicitud constante que mostraba por ella, las atenciones y cuidados de que la colmaba, todo lo cual sólo podía justificarlo, a su modo de ver, un lazo familiar ó una predilección amorosa?

Semejante sospecha, jamás confirmada con ple-

nitudo, pero que crecía cada día, determinó en su ánimo un sentimiento de aversión invencible contra Matilde. No pudo simpatizar con ella al principio. Luego creyó que empezaba a odiarla de veras. Y era lo peor que tenía qué disimular estas cosas, por propio decoro, y porque no encontraba el pretexto que le permitiera proceder contra ella. Matilde fue siempre tan respetuosa y tan afable, y sobre todo tan discreta, que nunca daba lugar al menor reproche.

A veces Emma quería atribuir, para tranquilizarse, la indiferencia de Pompeyo, á esa fanática consagración á los negocios, que la indujeron á odiar á éstos también, cual si fuesen otra rival; pero sus sospechas volvían, porque era tenaz, y porque su condición de mujer la inclinaba de preferencia á suponer que el verdadero peligro estaba en la mujer misma, en la eterna enemiga.

Un arrebatado de ira la acometió súbitamente. Le parecía que aquella supuesta postergación de que Pompeyo la hacía objeto, la ofendía doblemente. Se creía ultrajada y vejada. De nuevo fijó en el espejo sus ojos brillantes y apasionados, y vio que en ellos ardía una chispa trémula de indignación y de rencor. Sus mejillas se habían cubierto de un soflama vivo que las quemaba como el fuego. Tenue temblor agitó sus labios por espacio de algunos segundos.

¡Ah! ¿Hasta cuándo iba a durar aquello? ¿Tenía qué soportar siempre, indefinidamente, esa tortura? Y ásperas rachas de rebeldía se alzaban de su alma colmada como una copa de todos los desdenes, de todos los imaginarios ultrajes, y, más que todo, del

desamor que la hería tan hondamente, por lo mismo que no se creía merecedora de ese castigo.

Se serenó en seguida, y, sonriendo de modo extraño, empezó a vestirse despacio. ¡Cuán amarga sonrisa la súya en tal instante! Sin quererlo, un resentimiento infinito contra Pompeyo le iba invadiendo el corazón, y su espíritu se poblaba de sombras inciertas y maléficas.



## V

Acababan de dar las cinco cuando Rafael Aparicio entró en la quinta, después de dejar su automóvil a pocos pasos de allí, junto á un árbol de la alameda. Ascendió la grada, y no hallando á nadie en el salón, ni viendo gente por parte alguna, tosió dos ó tres veces, como si se anunciara en tal forma, y, finalmente, golpeó con fuerza en el teclado del piano, cuyo sonido se difundió con brusquedad por toda la casa.

—¿No hay nadie aquí?—exclamó con énfasis, casi decidido a marcharse.

Pero oyó de pronto la voz dulce y afable de Emma, que le hablaba desde una habitación inmediata:

—Ah, ¿es usted, Rafael? Mucho gusto. Véngase para acá. Llega a buen tiempo, porque me aburría un poco.

—¿Aburrirse dice? No lo creo, Emma. Las mujeres como usted no se aburren nunca.

Esto último lo dijo Aparicio penetrando en una salita, especie de recibidor de confianza para los amigos íntimos de la casa.

Agregó en seguida, riendo:

—Pero, ¿la han dejado sola? ¡Qué iniquidad!

Emma Sandoval estaba reclinada sobre un sofá, y tenía un libro abierto en las manos. Al ver a Rafael se incorporó, corrigiendo con rapidez cierto desaliño del traje, y le indicó que se sentara. Una luz tamizada, difusa y pálida, semejante a la que llena las naves de algunos templos, pero más alegre sin duda, llenaba la pequeña estancia.

—Carlos y Graciela salieron hace un rato a paseo. Vinieron parientes y se los llevaron.

—Me tomaron la delantera entonces—declaró Rafael—; yo también venía a convidarlos.

Emma lo miró, agradecida y sorprendida a la vez de ese genio peculiar de Aparicio, que, sin aminorar su condición de hombre, lo hacía parecer un muchacho.

—¿De dónde viene usted ahora?—inquirió, observando que estaba algo agitado y que la sangre le encendía las mejillas.

—¡He hecho tantas cosas hoy! Vengo de presenciar un ensayo de balompié. Habrá una gran partida el domingo próximo.

—Buena noticia para Carlos.

—Ya lo creo; y siento no hallarlo, para dársela personalmente.

A poco Emma anunció:

—Voy a preparar té en seguida. Cuénteme, mientras tanto, un poco de crónica. ¿Qué se dice de nuevo?

Complaciente y amable como de costumbre, Rafael refirió cuanto sabía de decires mundanos: co-

sas de sociedad, historias de club, anécdotas y hasta murmuraciones incluso. Emma lo escuchaba encantada y muy divertida. La índole alegre de Aparicio, que le comunicaba apariencia frívola, y el concepto que tenía de que la persona para ser agradable debe saber hablarles a todos los auditorios, poniéndose a la altura de cada cuál, lo hacían muy deseable y en extremo simpático. Con el mismo desenfado delicioso podía tratar de modas y de política, de negocios y de deportes, de amor y de religión. Siempre estaba dispuesto para todo.

Como se pusiera a hablar de mujeres de sociedad, Emma le preguntó de improviso:

—Usted que parece tener mucha experiencia en estos asuntos, Rafael, debe conocer las mujeres a fondo. ¿Por qué no se ha casado?

—Podría decirle—respondió Aparicio con simulada gravedad—que por lo mismo que las conozco. Pero, nó; sería afirmar una falsedad, ó simplemente hacer una frase. No me he casado porque hasta ahora no he podido hallar la mujer con que sueño.

Tras de una pausa, añadió galante:

—Además, no tódos tienen la fortuna de ser dichosos como Pompeyo. Es cuestión de suerte.

Emma acercó un velador, que colocó entre los dos asientos que ocupaban ella y su interlocutor. Puso en seguida sobre él la bandeja con el servicio de té y una caja llena de pastas. Sentándose luégo, de tal suerte que sus rodillas casi se tocaron, y mientras vertía la bebida en las tazas frágiles y transparentes

como fina piel femenina, preguntó con tono entre serio y risueño:

—¿De modo que usted cree que Pompeyo es hombre feliz?

—¿Quién puede dudarlo?

—Falta saber si él piensa lo mismo.

—Estoy seguro de que sí. ¡Lo conozco tanto!

Emma dejó vagar por sus labios misteriosa sonrisa. Durante largo rato permaneció silenciosa y absorta, con la vista fija en un bibelot. La voz insinuante de Aparicio la sacó de su cavilación.

—Usted también, Emma, debe de ser feliz. Pompeyo la quiere con toda su alma, y se desvive por usted.

—Ah, sí—dijo ella vívamente—: me abrumba de atenciones y de solicitud. Sería una ingrata si no lo reconociera.

—Y la quiere, Emma. Hay qué oírlo cómo se expresa, y con cuánto entusiasmo alaba sus cualidades. Cuando habla de usted, se tiene la sensación de que está orgulloso de su mujer y de que la adora. Hace pensar que cada día se siente más enamorado.

—¡Más enamorado cada día!—repitió Emma recordando de repente á la mecanógrafa, y otros posibles enredos de su marido.

Como si esta evocación la irritara súbito, exclamó sin poder contenerse:

—¡Qué farsa es la vida, Rafael! ¡Qué desesperante mentira este vivir nuestro!

Rafael Aparicio la contempló con curiosidad y extrañeza.

—¿Por qué dice eso?

Emma respondió al punto, percatándose de que, sin quererlo, se había delatado.

—¡Oh, perdóneme! No sé por qué he dicho tal cosa. Me dejé llevar, sin duda, de un arrebató.

Pero Rafael se dió cuenta, ó lo advirtió sagazmente, de que algo pasaba en el alma de su interlocutora. Le pareció que su voz tenía un timbre enigmático y torturado, y que en la pasión con que habló se escondían muchas quejas.

—Emma—le dijo, sin ocultar el vivo interés que le produjeron las inesperadas palabras—: hace muchos años que soy su amigo; su amigo de usted y de Pompeyo. Usted tiene algo que oculta. ¿Quiere confiármelo? Ya sabe que siempre estoy dispuesto a ayudarle.

Descubriendo en su bello rostro repentina expresión de dolor, prosiguió insinuante:

—¿Sufre usted? ¿La atormentan pesares?

Como ella se obstinara en guardar silencio, insistió con cierta emoción:

—¿Acaso me he equivocado al juzgar que es usted dichosa? ¿Es posible que la felicidad que envuelve esta casa no sea más que pura apariencia? No, no es posible, Emma. No puedo creerlo.

—¡Apariencias! Dice usted bien. Estamos condenados a vivir de apariencias. Tal es el triste destino de muchas mujeres de nuestro mundo.

Ahogó un sollozo, y gimió, con los hermosos ojos llenos de súbita humedad:

—Sí, soy muy desgraciada. Nunca le hubiera

confesado estas cosas, Rafael, de no inspirarme usted tan confiado afecto. Es muy doloroso para una mujer como yo hacer semejantes confidencias.

—Pero Pompeyo...

—Pompeyo no es lo que usted supone, Rafael. Para todo el mundo es mi marido, sencillamente. Yo... yo no soy más que la esposa de un hombre que se interesa más por colmar de comodidades a su mujer que por verla dichosa.

Durante largo rato ambos permanecieron callados, cada uno absorto en sus pensamientos. Los abrumaba la pesadumbre angustiosa de aquellas palabras. Hasta entonces Rafael Aparicio no había visto en Emma sino la mujer espiritual a la que consideraba como hermana, la simple mujer de hogar que vegeta tranquilamente a la sombra de la ventura doméstica; y hé aquí que ahora, de improviso, y cuando menos lo sospechó, se erguía ante él como una mujer nueva, ignorada, enseñándole con un grito desesperado la tragedia de su alma. La compadeció de veras.

—Hace mucho tiempo—siguió diciendo Emma tristemente—que Pompeyo me mira como si no existiera para él; hace mucho tiempo que vengo sufriendo en silencio y sin protestar esta tortura de su desvío. ¿Comprende usted mi situación, Rafael? ¿Se da cuenta del martirio en que vivo, sin merecerlo?

—Sin merecerlo. Claro está que no merece usted esta suerte, Emma. Estoy seguro de que Pompeyo, que es un caballero de verdad, piensa exactamente lo mismo.

Quiriendo disculparlo lealmente, agregó con calor:

—Pompeyo es hombre de numerosos negocios. Las preocupaciones que ellos le imponen pueden ser la causa de esa supuesta indiferencia. Le debe ocurrir lo que a ciertos sabios, que se olvidan del mundo que los rodea, porque sus estudios y cavilaciones los absorben casi por completo.

El ruido del timbre del teléfono lo interrumpió. Emma se levantó, y fue a ver lo que era. Regresó casi en seguida, diciendo:

—Acabo de comunicarme con Pompeyo. No podrá venir esta tarde, porque comerá con amigos. . . ¿Quiere más té, Rafael?

Vertió en las tazas una nueva dosis, y se la ofreció. Se sirvió ella también. Sin mucho esfuerzo de penetración, se comprendía que estaba un poco nerviosa. El acento que ahora tenía su voz era de reproche.

—¿No hablaba usted hace un momento de negocios? Pues no se equivocó, Rafael. Los negocios son para Pompeyo, desde hace varios años, su primera y única pasión; no piensa sino en ellos y para ellos vive exclusivamente. A veces me parece que es lo único que le interesa, que lo demás solo le importa atención secundaria. Sus hijos. . . verdad que los quiere mucho. Yo no puedo quejarme de él como hombre de hogar. En cuanto a mí, tengo siempre la impresión de que le valgo menos que sus negocios.

—¡Emma, por Dios! Eso no es posible.

Ella se levantó otra vez, con el semblante lleno

de un vivo rubor. Parecía bastante excitada, lo que la hacía más seductora.

—Camine vamos al salón. Tocaremos un rato, si no tiene afán de marcharse.

—Oh, nó; ninguno. Estoy muy complacido aquí, con usted.

—Me ha venido música nueva. Como usted es maestro en esto, podemos ensayar un poco.

—Le ruego que no confunda a los aficionados con los maestros—advirtió riendo Rafael.

En el salón una penumbra suave, vespertina, llenaba el ambiente. La retizona brisa que venía de los cerros agitaba los cortinajes, como si jugase con ellos. Era ya la hora crepuscular, siempre melancólica como todo lo que se acaba, y un resplandor rojizo ponía tonos fantásticos sobre los objetos, comunicándoles extraños aspectos.

—Toque usted algo, Rafael, se lo ruego. Prefiero escucharlo. Además, tengo el pulso un poco inseguro.

—Como usted guste, Emma.

Sentose él ante el piano, mientras ella, hundida en una butaca, pareció recogerse para oír mejor. El influjo de la hora y de la pasada emoción despertaba en su alma los sentimientos románticos, inundando todo su sér de sutil tristeza y de confusos anhelos. ¡Ah, cuán dichosa fuera de poder prolongar indefinidamente aquel instante!

Entrecerró los párpados, y escuchó... Por algunos minutos tuvo la sensación de caer en éxtasis auditivo, hondo y sensual. La conmovía la música vivamente; sentía la voluptuosidad del sonido como se

puede sentir la del perfume y la de los bellos paisajes en el atardecer.

—¿Se acuerda, Rafael, de aquella música de Chopin, que tanto me gustaba tocar cuando era yo una recién casada? Usted la tocó conmigo muchas veces.

Un poco asombrado, Aparicio volvió hacia ella la cabeza.

—Hace tanto tiempo eso ya . . .

—A mí me parece que fue ayer apenas. Vea usted cómo es el poder evocador de la música.

La mente de Emma se pobló súbitamente de recuerdos cuando, habiendo recordado al fin los dos el pasaje aquel, Rafael lo revivió en el teclado. Hondos suspiros se escapaban del pecho de la mujer. Después abrió los ojos, y los fijó en Aparicio, que estaba de espaldas hacia ella, de medio perfil.

Lo contempló larga y atentamente, como si por primera vez reparara en su aspecto físico, en su personalidad. Ella no lo había mirado jamás así, con ese interés nuevo que le producía cierta inquietud y también cierta zozobra de ánimo. Experimentó vago malestar de sorprenderse a sí propia mirando a Rafael como lo miraba en aquel instante. Se reprochó, pero, á pesar de todo, continuó el silencioso examen.

¿Qué clase de hombre sería Rafael? ¿Cómo sería en el fondo su verdadera alma? Le agradaba ese carácter suyo, jovial y un tanto frívolo, si bien no ignoraba que la superficialidad era aparente en él, epidérmica. Siempre tuvo el concepto claro de que Aparicio, el viejo y leal amigo de la casa, era un hombre

grave que sabía llevar la vida con elegancia y desenfadado, sin concederle demasiada seriedad, pero también sin quitársela. ¡Dichosa filosofía! ¡Jubiloso criterio de existencia! En verdad, no era de esas gentes que le conceden al sujeto humano una importancia exagerada, y que imaginan que vivir es una función adusta y trascendental. Tal vez por ello sabía ser tan alegre, y poseía el dón de acierto en todas las circunstancias.

Los treinta y cinco años de Rafael nimbaban su figura de un prestigio atrayente de juventud y de fuerza vital. Iba derecho y firme por lo más ancho del camino de la vida, bajo el esplendoroso sol que ilumina y calienta los destinos dichosos, y sus labios parecían abrirse perennemente para entonar una canción de plenitud gozosa.

Mientras pensaba en todo esto, admirando su condición envidiable de persona siempre satisfecha y sin torcedores de espíritu, Emma analizaba con cierta minuciosidad morbosa al hombre que tenía al frente y que, contra su voluntad, empezaba a despertar su interés. Sin duda que era digna de atención y muy atractiva la figura de Rafael Aparicio: gallarda y arrogante, y llena de ese aire peculiar de los hombres de mundo, que tanto cautiva a las mujeres.

Lo veía de medio perfil, desde la butaca donde se hallaba, absorta ahora en la contemplación más que en la música. Recorría con involuntaria complacencia la línea de su frente, ancha y despejada bajo los abundantes cabellos bien peinados y lustrosos; el dibujo de la nariz, aguileña y vibrante; el trazo de

la boca, fina y regular, que sombreaba un pequeño bigote; el mentón ancho y graciosamente imperioso. Cierta vis truhanesca y de buen tono le daba a todo su rostro bien afeitado y azulenco donde le faltaba la barba, una expresión inconfundible de dominio y de seducción.

Emma pensó con cosquilleante regocijo interior, y no sin puntos de burla, lo que sería la vida sentimental de un hombre así, y sus indispensables aventuras.

—¿Quiere usted tocar un poco ahora?—oyó que le decía de pronto Rafael, levantándose y acercándose a ella.

Por el momento no contestó, distraída; pero lo hizo a continuación:

—Nó, discúlpeme. Venga siéntese aquí mejor, a mi lado. Hablaremos un rato más.

Cuando lo tuvo cerca, añadió:

—Séa bueno, Rafael. Espero que en adelante vendrá con más frecuencia a vernos. En esta soledad en que vivo, la presencia y la compañía de un amigo como usted me sirven mucho de consuelo.

Aparicio se conmovió. Aquello era como una súplica desolada. La sombra nocturna comenzaba ya á invadir la estancia, envolviéndola en transitoria penumbra, en la que los objetos iban tomando indecisos contornos y luégo formas vagas y como flotantes. Percibió de pronto, intensamente, un penetrante olor de flores recién abiertas. Talvez la brisa lo traía del jardín.

—Vendré—dijo con tono grave y afectuoso—; vendré todo lo que usted quiera, Emma.

Ella respondió sencillamente:

—Gracias.

—¿Quiere que haga luz?

—Nó, no se mueva usted, Rafael. ¿Para qué? Me encanta esta semi-oscuridad porque me sugiere cosas de ensueño y porque me parece que se habla mejor así. Es una impresión rara la que me producen siempre esta hora y este ambiente a media luz; una sensación particular de alucinamiento y de vigilia incompleta. ¿No oye usted mi voz como si fuera una voz lejana? Así oigo yo la súva.

Contra su querer, y como si obraran sobre él múltiples sugerencias, Aparicio empezó a sentir sobre los párpados una ligera somnolencia. La voz dulce y lenta de Emma, que parecía un quejido; el perfume que llenaba el aire; la noche inminente; todo esto le producía cierta embriaguez sutil que le enervaba los sentidos.

Se despabiló, y encendió un cigarrillo. La chispa del fósforo iluminó un segundo el rostro de Emma con su rojizo resplandor; lo suficiente para que pudiera ver que tenía los ojos entrecerrados. Ella no se movió, pero sí se alzó su pecho con un suspiro.

—Perdóneme que fume; talvez la molesto.

—Nó, no me molesta.

Rafael Aparicio hendió con su mirada el velo de semi-tiniebla que los envolvía. Ahora, semejantes a grandes flores vivas y sombrías, brillaban en la oscu-

ridad, bien abiertos, los ojos de su interlocutora. Parecían tener una vida extraña.

De repente se levantó.

—¿Se marcha usted ya?

—Sí, es un poco tarde, y tengo algo que hacer esta misma noche. Siento dejarla tan pronto, Emma.

Ella le tendió la mano para despedirlo. La tenía un poco fría y trémula. Rafael sintió que, al estrecharla, retenía un momento la súya con cierta angustia, y se la oprimía suavemente.





## VI

Mañana dominical. Como todos los días festivos, la ciudad se llenaba durante aquellas primeras horas, de una alegría fugaz que suscitaba reminiscencias de Pascua. El místico arrebató de las campanas de los templos, sacudidas por prolongado espasmo metálico, jubiloso y litúrgico, henchía el aire puro del estremecimiento religioso y conmovedor que despierta en las almas la inquietud de confusas ansias espirituales.

¿Qué tenía esa mañana que era idéntica a las demás, y que sin embargo causaba la sensación de ser una mañana nueva é inédita, jamás vista por humanos ojos, y colmada de tan inefable beatitud? La atmósfera, diáfana y ligera, parecía no gravitar sobre las cosas, sino ser velo impalpable, vapor sutil en cuya ingrátida sustancia todo se diluyese felizmente.

Pompeyo Mendoza había dormido mal; no había dormido, mejor dicho, porque la noche fue para él larga vigilia apenas interrumpida breves instantes por falsos estados de inconsciencia. Sobre sus párpados ligeramente hinchados veíase la huella del insomnio, la marca de la fatiga física. Su habitual pa-

lidez, acentuada por la falta de sueño y por la frescura matinal, tomaba ahora cierto aspecto desagradable, casi cetrino, que le envejecía y afeaba el rostro. No se había afeitado la víspera, por inadvertencia ú olvido.

Eran las nueve ya. Cambió el pijama por una flamante bata, y abrió las maderas de la ventana, la que daba sobre un patio interior, y desde donde se dominaba, por sobre los tejados rojos de otras quintas vecinas, de una sólo planta, un trozo recortado de paisaje a medio urbanizar. Pero esto no le interesaba, y se encaminó a su despacho privado. No sabía aún qué iba a hacer, ni cómo emplearía esa mañana de domingo, larga y tediosa, con su obligado programa de aburrimiento y de quietud.

La habitación era amplia y tibia, decorada con prodigalidad algo excesiva. Muebles costosos y pesados, vitrinas llenas de libros, cuadros y objetos de arte. Bajo una gran lámpara suspendida del techo, con pantalla de color verde tierno, y que debía ser decorativa, pues había otras lámparas que indicaban más uso, podía verse el ancho escritorio cubierto de papeles y de volúmenes, todo en aparente desorden. En la esquina derecha de la mesa estaba un cenicero colmado de colillas y de papelillos consumidos.

Un momento permaneció Pompeyo indeciso. Miró hacia afuera, hacia el cielo sereno cuyo nítido azul rayaban transitoriamente de negro algunas golondrinas. ¡Qué dulce paz! Resolvió luego ordenar un poco aquellos volúmenes que llenaban los anaqueles de los armarios, semejantes a mudos reclusos en

cárcel de cristal. Empastados con primor, se alineaban cuidadosamente en su mayoría, ostentando los títulos en letras doradas y policromas como las de los antiguos misales. No era esta una biblioteca completa, pero sí tenía los bastantes tomos para parecerlo, ó por lo menos para dar idea de que su formación la presidió un espíritu inteligente. Tampoco era una simple biblioteca de lujo, como las hay muchas, que, aunque selectas, no sirven sino para decorar las residencias de sus dueños.

Allí se veía el trajín y el uso; el manoseo frecuente y tenaz. Difícil hubiera sido encontrar un sólo volumen intacto. Muchos tenían señales y hasta anotaciones en sus páginas. Como algunos se hallasen fuera de su sitio, Pompeyo los acomodó en debida forma, con solicitud de bibliómano. Concluída la tarea, tomó un libro pequeño, de los que llenaban un anaquel numerado, y fue a hundirse en una butaca, frente a la ancha ventana que parecía recoger toda la viva luz matinal.

El libro en cuestión era una obrita filosófica, especie de breviario moral, de esos que parece que fueran escritos para servir de tónico de la vida. Optimismo, eugenesia, reglas para el bienestar físico y mental: tal era su contenido en resumen. Pompeyo se sorprendió él mismo leyéndolo con extraordinario interés y ávida curiosidad; pero, de repente, pensaba que era paradójico que estuviera leyéndolo: ¡él, que jamás se preocupó de tales cuestiones, y que hasta se reía un poco de ellas!

Leía un capítulo relacionado con la vida sexual,

cuando sintió que alguien entraba en la habitación. Volvió la cabeza y vio que era su mujer.

—Buenos días, Emma—saludó afablemente.

Ella avanzó, grave y tranquila, hasta colocarse ante él, de espaldas a la luz que envolvió su silueta como un halo. El cuerpo fino y arrogante se transparentaba levemente en el peinador, y era como una flor viva, porque se desprendía de su carne limpia, recién bañada, un suave efluvio de narcisos.

—¿No piensas salir?

—Nó; pasé mala noche y me siento enervado. Prefiero quedarme en casa esta mañana.

—¡Quedarte leyendo! ¡Estarte encerrado aquí, dándole más trabajo á la cabeza! Pero, ¿no ves, Pompeyo, que esto es una imprudencia? ¿No comprendes que es absurdo fatigarse y no descansar?

—Ciértamente, Emma.

Como si estuviese de acuerdo con lo que ella decía, ó por complacerla, Pompeyo cerró indolentemente el libro que conservaba abierto en las manos; lo dejó caer en seguida sobre la alfombra, y continuó dirigiéndose a su mujer, que lo miraba con atención:

—Estaba leyendo algo que, en lugar de cansarme, me produce alivio mental.

—Alguna novela seguramente.

—Nó; un libro de buen vivir. Un libro apaciguante y sereno, como sólo pueden escribirlo los sabios ó los hombres que han vivido mucho.

Emma fue a colocarse junto al ancho escritorio, y se puso a revolver papeles nerviosamente. Se le notaba cierta impaciencia contenida, en el gesto y en el

ademán; cierta avidez también en los ojos, no obstante el estudiado disimulo con que procedía. Raras veces entraba en el despacho de su marido, pero cuando lo hacía, su curiosidad se excitaba un poco. ¿Tendría Pompeyo secretos para ella? ¿Cuántas cosas misteriosas guardarían aquellas gavetas y armarios? Le hubiera gustado repasar minuciosamente esa correspondencia acumulada en archivos, y de modo especial la que conservaría con seguridad en cajones disimulados. ¡Ah, los hombres—pensaba—; nunca tienen abiertas por completo para sus mujeres sus almas huidizas! Algún rincón han de dejar sumido en la penumbra, en el inasible misterio, si no es toda su alma la que esconden.

Se apoyó de espaldas contra el borde de la mesa, y se quedó mirando a Pompeyo. Sus ojos inquisidores examinábanlo con hondo interés, como si quisiera sondear lo que pensaba y sentía en ese instante y en todas las horas de sus días. Observó con pena que tenía peor color, que parecía haber envejecido. En la frente, bajo la calvicie inicial, el hondo surco de una arruga alteraba su nitidez. La barba lo afeaba. Bajó un poco la vista, y observó también, con cierta decepción, que había aumentado el volumen de su vientre.

Sin poder contenerse, exclamó:

—¡No te has afeitado aún!

—Ya lo haré, querida; tranquilízate.

—Lo digo porque así, con la barba crecida, los hombres toman un aspecto muy particular. Parecen enfermos, ó aburridos.

—Es efecto de la costumbre de vernos sin ella. Pero, siéntate. ¿No encuentras muy linda esta mañana?

—No he reparado en ello. ¿Para qué? Para mí todas las mañanas son iguales: las claras y las nubladas; todas son lo mismo: ni tristes ni alegres. Y así son las tardes también; y los días, y las noches.

—¿Por qué dices eso?

—¿Y qué quieres que diga? ¿Es que no ves, Pompeyo; es que no te das cuenta de lo que es mi vida hace mucho tiempo? Como vives tan absorbido por tus negocios, y quién sabe por qué otras atenciones, no reparas en mí ni en la insoportable existencia que llevo.

—¡Que no reparo en tí! Pero, por Dios Emma: ¿qué te falta? ¿Qué deseo tuyo ha quedado alguna vez sin satisfacción? ¿Cuándo dejé de ser contigo atento y solícito?

—Nó, nada me falta—exclamó Emma con irónico reconocimiento—, y te estoy muy agradecida. Me abrumas de galanterías y agasajos; me colmas de obsequios y atenciones. Pero, ¿es que supones que la vida es esto nada más?

—La vida es todo lo que se quiere que sea, Emma.

—No siempre. Yo he querido que sea para mí de cierto modo, y no lo he conseguido.

—¡Tú! ¿Es posible?

—Tángo como yo, lo sabes, Pompeyo, pero no te percatas. No sé si es que no te importa, ó que te has propuesto torturarme.

—¡Cállala! No digas cosas absurdas.

Pompeyo encendió un cigarrillo, fumó, y prosiguió tras de breve pausa:

—Diez años llevamos casados, Emma, y en todo ese tiempo te juro que no me ha preocupado otra cosa que tu felicidad y la de nuestros hijos. Esta constante preocupación es la que me da energía para todo, la que me comunica valor para trabajar y luchar alegremente contra los obstáculos de que está erizado el diario vivir. ¿Crees que es posible para un hombre sin un acicate semejante persistir en estos empeños y tener siempre el mismo tesón? Nó, Emma: tú estás en un error; si algo me interesa y me importa en la vida, eres tú, es ese par de muchachos que tenemos. ¿Y cómo podría yo torturarte, si eso sería como torturarme yo mismo? Si pudiera darte algo más de lo que te doy, tuyo sería, Emma, no lo dudes. ¿De qué te quejas, pues? Gracias a Dios, todos los dones de la vida entraron en esta casa: somos ricos; tenemos dos hijos que nos alegran; tenemos la paz, el amor, el porvenir risueño.

—¡El amor!—dijo Emma casi con un gemido.

Pompeyo la contempló con sorpresa, y vio en su rostro tal expresión de desolado dolor que su espíritu se llenó de pronto de una fugaz angustia.

Emma volvió a decir lentamente:

—El amor, Pompeyo, el amor en tí no existe ya sino para los negocios. Ellos son tu verdadero cariño.

Callaron ambos un rato, al cabo del cuál, y como si encontrara la oportunidad de expresar algo que hacía mucho tiempo estaba en su mente, Pompeyo dijo con su habitual tono de calma:

—No es esta la primera vez que te quejas, Emma, de que los negocios me alejan de tí: en repetidas ocasiones lo has manifestado de un modo ó de ótro. Pero, ¿es posible que imagines siquiera que tienen más valor para mí los intereses materiales que el afecto que te debo y que te profeso? ¿No encuentras absurda y contraria a toda ley natural semejante hipótesis?

—Yo no lo imagino, Pompeyo: estoy persuadida de que es así. De tus palabras a tu modo de proceder hay mucha distancia. Puedes darme las explicaciones que quieras. Ahora me dirás una cosa, pero mañana todo continuará lo mismo. Llegado el momento de los negocios, vuelves irremediabilmente a ser el de siempre: un hombre que tiene la cabeza llena de números, de la preocupación de sus ganancias. ¿Qué tiempo le va a quedar para pensar en su mujer, al individuo que no lo tiene para pensar en él mismo? ¿Qué lugar puede haber en su corazón para otra clase de sentimientos, si éste no es suficiente para contener los que inspiran todas esas cuestiones comerciales que tanto te apasionan?

Entornando los ojos un momento, y frunciendo los labios como si mordiera sus propias palabras, Emma prosiguió con cierta vehemencia, apenas contenida la exaltación de su voz por el orgullo y la cólera que parecían temblar entre sus dientes apretados:

—¡Ah, los negocios, tus amados negocios! Sí, son ellos los que te esclavizan, los que te roban a nosotros. Ellos son en realidad tu vida, tu verdadera

mujer, tus hijos. . . Y lo peor de todo es que pareces no darte cuenta de ello. ¿Para qué quiero yo millones? ¿Qué nos importan los millones? ¡Si supieras cómo odio yo tus negocios, cómo los detesto!

—Emma: no te expreses así; reflexiona que no hay razón para pensar de semejante manera. Si no fuera porque te conozco, diría que padeces una obsesión. ¿Qué mal pueden hacernos los negocios? ¿Soy yo distinto acaso de los demás hombres de negocios? Míra: para mí no son lo que crees o supones. Yo tengo qué trabajar, porque el trabajo es para mí una necesidad diaria, imperiosa: si no lo hiciera, me parece que me volvería loco; pero más que todo esto, ya te lo he dicho, quiero los negocios por lo que ellos me dan, por lo que les debo.

—Ya te han dado bastante, Pompeyo.

—Aún pueden darme más; todavía no estoy satisfecho.

—¿Lo ves? ¿Te convences ahora de lo que son en el fondo los tales negocios? Faltaba solamente que tu corazón se llenara de codicia, como el de cualquier judío.

—No busco el dinero por el dinero: bien lo sabes. No tomes por ruin aspiración lo que sólo es la comprensión exacta y necesaria de las realidades de la vida. ¿Qué sería de nosotros si nada poseyésemos? ¿Se te ha ocurrido pensar quiénes seríamos?

—Acaso seríamos más felices.

—¿No eres, pues, feliz, Emma?

Ella replicó, exasperada:

—Pero, ¿qué entiendes tú por felicidad? Segu-

ramente tú lo eres, porque para ello te bastan tus prosaicos negocios.

—¡Emma!

—Sí; déjame que te lo diga otra vez: tus prosaicos negocios; tus preocupaciones vulgares de todos los días.

Lo miraba como desafiándolo, irritada, ganosa de que de los labios de su marido brotaran reproches, palabras ásperas que la hirieran en lo más vivo y hondo, que la permitiesen a su turno darles rienda libre a sus sentimientos contenidos. Pero Pompeyo se limitó a sonreír, y con una voz suave, tranquila, llena de inflexiones cariñosas, le arguyó:

—¡Mis prosaicos negocios dices! ¡Mis vulgares preocupaciones! No sé hasta donde tengas razón, Emma. A mí me parece honradamente que se equivocan los que piensan que los negocios son una ocupación propia de gentes ordinarias. Este es un prejuicio de tántos.

Encendió otro cigarrillo, y, sin cambiar de postura, continuó:

—En todo, aún en las cosas más insignificantes y de aparente materialidad, puede haber idealismo. Un oficio humilde llegará a ser un arte según el espíritu con que se desempeñe. ¿Qué razón aceptable hay para pensar que la del comerciante, por ejemplo, es profesión mezquina y egoísta? Afortunadamente, los tiempos han cambiado, y con ellos el criterio social. El tipo del traficante despreciable pasó ya a la historia, á la leyenda; cómo pasó también el de los aristócratas vagos y vanidosos que consideraban co-

mo signo de nobleza y de distinción no saber leer y no trabajar.

De pronto, y sin quererlo, Pompeyo empezó a hablar con animación inusitada.

—¡Qué pobre idea la que se tiene generalmente de lo que son los hombres de negocios! Hay gentes que los miran con cierto desdén secreto, ó con cierta mala voluntad explicable, y que hasta los comparan con ese tipo de hombre en que Cervantes compendió el sentido común. Para ellas el comerciante, el que mueve su dinero en alguna forma útil y provechosa, es el burgués. Hablan de él despectivamente, y tratan de convencerse y de persuadir a los demás de que es un sér sin espíritu. Hasta dónde son sinceras, nadie puede saberlo.

Se interrumpió un instante, viendo que Emma hacía un movimiento de fastidio, pero prosiguió con calor:

× —El hombre de negocios no es ese individuo vulgar que muchos suponen; tampoco lo es el tendero de la esquina, ni todo el que hace transacciones con mayor o menor astucia. ¡Cuán equivocados están! Hombre de negocios, en su verdadera acepción, es el que posee un sentido humano y social de la importancia del trabajo y del significado económico de la cooperación de fuerzas; el que considera el dinero, no como un fin, sino como un medio ó una palanca para impulsar las grandes empresas; el que pone sus aptitudes y sus recursos al servicio del progreso y del perfeccionamiento de la humanidad. Y para ser todo esto, y muchas otras cosas dignas de admiración

y encomio, no basta creerse tal, ni fundar un almacén ó una fábrica; hay que tener iniciativas, inteligencia, capacidades especiales, y, ¿por qué no?, genio y vocación. El hombre de negocios auténtico necesita educarse y poseer una cultura sólida: jamás lo será un analfabeto; necesita intuición, serenidad, prodigalidad cuando es necesario; necesita talento y cálculo. Y es indispensable también que sea un hombre de mundo; nó el mundano vulgar y superficial cuya tonta frivolidad divierte a las niñas cursis de los salones, sino el conocedor elegante y ponderado de la vida, capaz de captarse la ajena voluntad y de inclinar a su favor la balanza de una negociación, por un brindis oportuno, una sonrisa persuasiva, una frase diestra ó un vigoroso apretón de manos.

Pompeyo se alzó de repente de la butaca, y marchó hacia Emma con el semblante iluminado por la pasión con que acababa de hablar; se le veía en los ojos el brillo de una alegría súbita, como si de improviso le hubiese parecido la vida más bella y más agradable. Tal vez iba a besarla, ó a hacerle cualquiera de sus acostumbradas y frías caricias; mas ella lo contrajo con esta frase seca y familiar:

—Debes ir á afeitarte; supongo que no pensarás estarte todo el día aquí metido. Además, pueden venir visitas.

Tras breve vacilación, Pompeyo respondió aquiescente:

—Es verdad; tienes razón, querida. ¿Sabes si el baño está dispuesto?

—Está listo desde temprano.

Con las manos cogidas atrás, Pompeyo se puso a pasear a lo largo de la habitación, á lentos e irregulares pasos. Dio media docena de paseos, deteniéndose á veces para hacer cualquier observación. Emma comprendía que estaba enervado, indeciso, seguramente aburrido por el pensamiento de que faltaban aún muchas horas para que concluyese aquel día muerto, blanco, de obligada y fatal desocupación.

Parándose de pronto ante ella, exclamó con cierta alegría infantil, y como si encontrara de modo inesperado un medio de salvación:

—Ah, nó; no saldré. Ahora recuerdo que ayer le di orden a Matilde para que venga á casa un rato. Tengo qué tener lista para mañana una correspondencia inaplazable y urgente.

Emma se mordió los labios, sin responder.

—Creo que será cuestión de un par de horas; esto me distraerá—siguió diciendo Pompeyo muy animado—. Y hasta es posible que empleemos toda la tarde.

—¡Pobre mecanógrafa! Me parece que más le gustaría pasarse la tarde con sus amigas, ó en un cine, viendo cualquier película americana. Obligada a trabajar de esta manera, supongo también que le pagarás doble sueldo.

—¡Ya lo creo! Todos mis empleados están bien remunerados. En cuanto a Matilde, hago por ella lo que puedo; creo que no tiene queja de mí.

—Y hasta lo que no puedes hacer. ¡Qué va a tener queja el angelito!

—¿Qué quieres significar con eso, Emma?

—Nada extraordinario, hijo, sino que reconozco tu buen corazón. El vivo interés que demuestras por esa joven, y la protección que le dispensas, son dignos de encomio.

Como si no comprendiera, ó simulara no comprender la intención irónica de las palabras de su interlocutora, Pompeyo dijo con suavidad:

—Sí, me intereso por ella; deseo vivamente ayudarla, y, si es posible, asegurarle un porvenir. Es muy buena muchacha; muy buena y muy inteligente. Si tú lo hubieras consentido, hace mucho tiempo la habría recogido aquí.

Bruscamente, con el rostro encendido y la voz trémula de ira, Emma respondió:

—Eso jamás lo consentiré, Pompeyo. ¡Traer aquí á tu mecanógrafa! ¡A vivir con nosotros! No quiero decirte que estás loco, pero sí te digo que me parece que de algunos meses para acá has comenzado a perder toda noción de la consideración que me debes. ¿Qué te has imaginado? ¿Que voy a llevar mi complacencia hasta tolerar en mi casa a una mujer extraña, sólo porque es tu protegida, ó porque te inspira interés?

—¡Por Dios, Emma, no te alteres! No he dicho que la voy a traer, no he pensado en traerla.

—No has podido traerla; ya estuviera aquí si de tí dependiera la cuestión exclusivamente.

—Tén en cuenta que se trata de la hija de mi mejor amigo. Domiciano Gallegos, su padre, fue más que un amigo para mí: fue un hermano. La antigua y fraternal amistad que nos unió no se alteró un ins-

tante en muchos años. Antes de realizar aquella tremenda resolución que le sugirió su ruina, y sin que yo sospechara sus propósitos, había dado en la manía —sí, casi era una manía— de recomendarme diariamente a su hija. Parecía vivir muy preocupado, y la futura suerte de ésta lo obsesionaba con frecuencia.

Viendo a su mujer muda y sombría, y pensando que lo patético del caso la conmovía, prosiguió con cierta emoción:

—¡Pobre Domiciano! El me agradecerá, sin duda, desde la tumba, lo que haga por esa pobre muchacha. Matilde es una huérfana en toda la significación del vocablo: no tiene parientes, no tiene un sólo allegado, al menos que se tenga noticia. ¿Qué albures hubiera corrido si no velo por ella? Y luego, ¿qué le habría respondido yo á mi conciencia?

A Emma no parecieron convencerla aquella historia ni estas razones: permaneció impasible, ceñuda, con los bellos ojos llenos de furtiva llama cambiante. Al fin dijo, fríamente:

—Sea como fuere, no quiero que tu mecanógrafa vuelva á poner los pies aquí. Afuera, y en tu oficina, puedes hacer con ella lo que te plazca.

—Pero, Emma, ¡qué estás pensando! ¿Qué suposición absurda... ?

—Básta. No hablemos más de este asunto, Pompeyo. Ya sabes mi opinión y mi voluntad al respecto.

Dio unos pasos hacia la puerta, y se volvió para advertirle de nuevo, nerviosa y excitada aún:

—No olvides que el baño está dispuesto. Si alguna cosa necesitas, hazme avisar.

—Gracias—respondió Pompeyo, extrañado de tal solicitud en una mujer irritada.

La puerta de la habitación se cerró de golpe tras de ella, y un eco sutil, tenue, disonante, más imaginario que real, persistió por algunos instantes en el aire del cuarto y en el cerebro de Pompeyo.

## VII

Iban por la carretera, en el automóvil de Rafael, que él mismo manejaba, y que corría cual un pájaro volando á ras de la tierra, mientras a sus espaldas quedaba, cual flotante velo transitorio extendido sobre el camino, larga y espesa nube de polvo. La occídua luz del sol, rojiza y tenuemente dorada, parecía cubrir de una pátina palpitante el vasto paisaje que pasaba a lado y lado de la vía, en fuga ilusoria, como doble cinta proteica que se desarrollase á voluntad de misterioso operador. Era la hora crepuscular, la hora mística de transición hacia la noche, y todo lo que desfilaba ante ellos: las arboledas tupidas de color verde sombrío, los prados tiernos y floridos, las casitas campestres, adquiría la apariencia singular de las cosas borrosas y pasajeras, de las visiones efímeras y melancólicas.

Asido el volante con la siniestra, Rafael Aparicio le explicaba el mecanismo del aparato a Carlos, que iba a su lado en la delantera. Hablaba sonriendo, con vivacidad, con precisión, y su pequeño amigo y discípulo lo escuchaba con profundo interés. Entre tan-

to, en el asiento de atrás, Emma parecía atender la gárrula charla de Graciela, lo que sólo era un acto aparente, puesto que su oído estaba pendiente de las palabras de Aparicio.

No había hablado en todo el trayecto. Recostada en un rincón del vehículo, permanecía sumida en hondo mutismo, con los ojos ligeramente entornados, fijos en el paisaje vespertino. Lo veía, ó mejor dicho mirábalo sin verlo, porque su pensamiento, concentrado y aislado dentro de ella misma, no tenía otra preocupación que el hombre que iba delante y que los llevaba a su arbitrio, como si fuese amo y señor.

Poco después de las cuatro, Rafael había llegado á la quinta, á buscar a Carlos para uno de sus habituales paseos. Estuvo primero en el Club, con amigos, pero sólo permaneció allí corto rato. Se preparaban á partir cuando Emma, a quien había saludado apenas en el vestíbulo, le hizo señal de que esperase.

—Yo también iré—anunció con tono resuelto.

Rafael la miró con manifiesta sorpresa, extraño de aquella decisión imprevista.

—¿Usted, Emma?—dijo, como si su pregunta fuese el trasunto de su propia incredulidad.

—Sí: Graciela y yo los vamos á acompañar esta tarde. ¿No le parece, Rafael?

—No sólo me lo parece, sino que me encanta la idea. Suba usted, Emma. Creo que esta tarde haremos una excursión deliciosa.

Emma y Graciela se acomodaron. A poco, aquélla volvió a hablar:

—Pompeyo salió esta mañana de la ciudad, y

estará tres días ausente, según me dijo. Piense usted, Rafael, en lo que se aburre una, sola, especialmente durante las horas de la tarde.

Dada esta explicación, no volvió a pronunciar palabra en todo el camino; y ahora estaba allí, con los ojos semientornados, simulando escuchar las banalidades de Graciela, mientras su oído se bebía con extraño placer lo que iba diciendo Rafael. Se bebía su voz, su acento, no sus palabras, porque apenas atendía a su sentido. Ella misma asombrábase en ciertos momentos, de encontrar una voluptuosidad nueva, un timbre inédito y acariciador, en esa voz que le era tan familiar y que tantas veces había escuchado con afecto y con simpatía, pero sin emoción.

De repente, cuando pasaban ante un prado abierto, en cuyo fondo y á no larga distancia se erguía una colinita, exclamó dirigiéndose á él:

—¡Qué lindo paraje! ¿Quiere usted que nos tengamos un momento aquí, Rafael? Subiremos hasta esa loma, y miraremos el paisaje.

—Como usted guste, Emma.

Paró suavemente el automóvil, y, después de caminar unos metros, comenzaron á ascender la pequeña eminencia.

—Deme usted el brazo—rogó ella—; he perdido el hábito de estos ejercicios, y creo que sola no soy capaz.

Se volvió hacia su hijo, para decirle:

—Dale tú la mano a Chela, Carlos.

Pero ya ellos iban adelante, enlazados, muy con-

tentos de la inesperada ocurrencia, y llevaban casi ganada la cuestecilla.

Subieron despacio, en silencio, cambiando apenas de cuándo en cuándo una frase trivial, o cualquier fútil observación. El viento vespertino soplaba allí con cierta violencia, muy tenaz, y hacía un ruido ronco y tenue de moscardón. Rafael percibía la respiración de Emma, pausada y profunda, que levantaba su pecho con rítmico vaivén, y procuraba ajustar sus pasos á los de ella, lentos y acompasados.

—¿Se cansa?—dijo él deteniéndose un instante.

Ella sonrió; jadeó un poco; luégo, mirándolo en los ojos, respondió alegremente:

—Un poquito. Soy muy floja, ¿verdad?

—Ya estamos cerca. Apóyese bien en mí.

Emma se prendió de nuevo á su brazo, y continuaron. Ahora Rafael Aparicio la sentía más cerca de él, casi pegada a su costado, y se percataba de que el contacto de su flanco, duro, tibio y carnosos, le producía una sensación involuntaria de voluptuosidad áspera y punzante. Su nariz, dilatada ligeramente, aspiraba con delectación secreta el conocido perfume de narcisos que se desprendía de sus ropas y de su cuerpo.

Cuando llegaron a la cima, tendieron la vista en torno y sus pupilas se llenaron del vasto panorama circundante. La penumbra crepuscular lo llenaba ya, comunicándole aspectos confusos, lineamientos borrosos, tonos grises y agónicos en que empezaba a zozobrar la faz cromática de los campos.

Emma, como si un sentimiento religioso la do-

minara súbito, se sumió durante algunos minutos en muda contemplación. ¿Quería recordar? Acaso aquella visión le traía memoria de paisajes análogos contemplados en el pasado, en circunstancias parecidas a ésta, pero en las cuales no estaba su alma transida por ninguna amargura, por ningún torcedor angustioso, ni anegado su corazón en sentimientos oscuros é inconfesables.

Aún tenía cogida en su diestra una de las manos de Rafael, que oprimió bruscamente, por un movimiento instintivo e irreprimible, obligándolo a que se volviera con vivacidad hacia ella.

—¿Tiene usted frío, Emma? ¿Quiere que regresemos ya?

La había sentido temblar, como si el aire vivo la crispara con su penetrante caricia. Ligera palidez le cubría las mejillas. Vio en seguida, que sus ojos tenían una expresión lejana, vaga, doliente, como si persistiera en ellos el recuerdo de un triste paisaje remoto.

—Sí, regresemos—repitió, respondiéndose él mismo, porque Emma permanecía callada y grave.

Bajaron, y emprendieron la vuelta. Cuando llegaron á la ciudad las luces estaban encendidas ya. Graciela y Carlos saltaron los primeros del automóvil, y Rafael le ofreció su mano á Emma para que descendiera.

Ella la oprimió de nuevo, lo miró con cierta ansiedad, y, demorándose un momento para que se adelantaran sus hijos, exclamó con voz natural, pero que tembló ligeramente:

—Venga esta noche á las diez, Rafael; haremos un poco de música.

Las horas que faltaban, Emma las pasó metida en su habitación. Una inquietud insólita le llenaba el espíritu, como cuando se tienen preocupaciones abrumadoras ó se está bajo el dominio de tenaces ideas. Abrió por completo las ventanas, para que el aire fresco de la noche penetrara en el aposento, y fue a sentarse en una poltrona. No quiso hacer luz, para pensar mejor, si era posible que pensase en aquella situación y con aquel hervidero que era en tales momentos su cabeza, colmada de desordenadas imágenes y de cosas contradictorias y fantásticas. Su mente obstinábase en evocar con febril empeño toda esa serie de pequeños sucesos pasados, que constituyeron en los últimos años su vida sentimental, y que no fueron más que larga cadena de penas y decepciones, en la que cada eslabón representaba una pequeña herida recóndita.

Esa espantosa soledad de su corazón, ¡cuán larga había sido! ¡Cuán callada y rebosante de infinito tedio! Ella misma no se explicaba de dónde pudo sacar fuerzas bantantes para soportar la prolongada tortura. ¿Por qué Pompeyo no comprendía el estado de su alma, y si lo comprendía, por qué la sacrificaba egoístamente?

Bien sabía él que lo amaba, y bien sabía también el rico tesoro de ternura y de excelsa pasión que escondía en su pecho, y del que era dueño y señor ab-

soluto, y regidor arbitrario, como que ella no tenía otra voluntad que la súya, ni otro mayor orgullo que haberse impuesto espontánea y conscientemente esa sumisión absoluta á su dominio. Ahora, como muchas veces, Emma se preguntaba por qué Pompeyo, siendo ella tan completa mujer, parecía no verla ni sentirla a su lado, ni encontrar halagos en su belleza y en su amor. Recordaba de nuevo su calma afectuosa, sus frías caricias, sus frases comunes y habituales, que jamás tenían el estremecimiento de la emoción ó el temblor del deseo, y que si alguna vez lo tenían era algo fugaz como el fuego fatuo é inconsistente como las nubecillas que se forman al capricho de las volubles corrientes atmosféricas.

¡Cuánto habían sufrido en silencio sus sentimientos! Su amor, desdeñado é incomprendido; así el menos ella lo creía de buena fe. Su orgullo, lleno de las heridas que dejan en la sensibilidad femenina mil pequeños detalles sin importancia aparente. Su fina susceptibilidad de mujer inteligente, tánto más delicada cuanto mayores son la educación personal y la cultura mental de la persona con quien se trata.

Emma se consideraba llena de agravios. Cansada al fin, desencantada, anegado en obscuro hastío su ánimo triste, llegó a experimentar la sensación dolorosa y angustiante de que su amor por Pompeyo languidecía poco a poco, por falta de correspondencia y sobra de incomprensión, dejando su lugar á un horrible vacío afectivo, que parecía ser indiferencia y que a ratos semejaba ser odio.

Y ahora, no sabía si por fuerza de las circuns-

tancias ó por ley del destino, una fuerza loca y ciega la empujaba hacia Rafael, el amigo, el hermano casi. Sola en aquel desierto, volvió los ojos hacia él, como se pueden volver hacia el oasis ó hacia las cisternas cristalinas. ¿Lo amaba? No sabía decirlo con certeza, no se atrevía a confesárselo a sí misma. Cuando Rafael Aparicio llegaba a la casa, lo que sucedía con frecuencia, llevando allí una nota alegre y jovial, un soplo de vida que alteraba la monotonía familiar, sacudiendo el pesado sopor de esa atmósfera quieta, á Emma le parecía que su pobre existencia cambiaba un poco, agitada por ráfagas de júbilo. Lo esperaba siempre con secreto anhelo, y lo recibía con creciente afecto.

¡Qué bueno y constante amigo! Movida por esa amistad fraternal y por esa confianza que le inspiró, le había confiado sus penas, sus decepciones, sus angustias. Le mostró su corazón llagado, con el impudor que sólo un grande amor ó una gran desesperación pueden justificar. Y así, en ese trato, en esa íntima comunicación de dos espíritus, ambos ó alguno de los cuáles padece, fue naciendo el cariño irregular, fraudulento y pecaminoso, que poco a poco, de chispa que era se iba tornando en llama y en incendio. Avida de compasión y ternura, su temperamento apasionado la impulsaba hacia Rafael, y al calor de ese sentimiento nuevo le parecía que para su vida se abría una puerta libertadora.

En vano, por virtud y escrúpulos, luchó largo tiempo contra aquella pasión que la arrastraba furiosa y fatalmente hacia su desenlace irremediable. Mu-

chos días, en lucha sin tregua consigo misma, lucha en que se debatían con exasperado encono los sentimientos más contrarios, la resistió valientemente, hasta que vencida y desfallecida, acabó por entregarse a su propia derrota espiritual, que era tanto como entregarse á su definitiva derrota.

Su natural debilidad la inducía a justificarse ante sí, á disculparse. Juez de sus actos, quería absolverse por anticipado de toda culpa, y lavar en las aguas de su perdón la falta que presentía y que ya su intención había cometido muchas veces. Era tan frío este pensamiento, tan lúcido, pero tan hijo a la vez de su ofuscamiento, que se estremeció y llenó de vergüenza.

¿Vendría?—pensó de pronto con viva inquietud y singular volubilidad, echando a un lado las cavilaciones que la asediaban con impertinencia de moscas.

Se levantó y fue hasta el salón, volviendo en seguida. Eran apenas las nueve y media. Carlos y Graciela se habían acostado ya. Por la solitaria avenida pasaba de tarde en tarde nada más algún vehículo veloz, que iluminaba un instante con cruda luz un trayecto de vía, y alteraba el silencio con su breve alarido.

Empezó a arreglarse con cierta excitación, sentada ante la ancha luna de su tocador. Sentía la necesidad imperiosa de estar muy bella, y para aumentar su seducción se acicalaba prolijamente. Con movimientos lentos, morosos, como si estudiase y meditase cada detalle, iba puliendo su faz, facción por facción, línea por línea, y ponía en ello un empeño de

artista. Sabía bien que su belleza no necesitaba artificios para brillar, pero hallaba placer en acicalarse, pensando que era por él y para él. ¿No tiene hasta cierto aspecto de sacrificio ese fervor con que la mujer enamorada se prepara y dispone para ofrecerse al hombre que ama, para ir hacia él rendida y trémula de pasión generosa y oblativa?

Aunque sentía una íntima fruición, una obscura alegría orgánica que sacudía casi dolorosamente sus entrañas, no lograba apartar de sí aún los escrúpulos tenaces; escrúpulos confusos, contemporizadores, cada vez más indecisos y débiles. Observó que estaba nerviosa, que la dominaba un prurito de sobresaltarse de repente. Fue un momento hasta el comedor, a tomar una copa de vino, y volvió al salón con el rostro encendido por el soflama. Ahora el calorcillo parecía estimularla, y se sintió más animosa.

Pasadas las diez, sus sentidos aguzados percibieron un rumor confuso que venía del lado de afuera, de la avenida solitaria. Oculta tras el cortinaje del balcón, vio llegar á Rafael Aparicio en su automóvil; observó cómo, ya en el andén, se detenía un momento para mirar á lado y lado, cual si escrutara los alrededores; y cómo, finalmente, se dirigía con paso tranquilo hacia la quinta.

Tuvo la intención y el deseo de salir a su encuentro hasta el vestíbulo, ó siquiera hasta el descansillo de la escalera interior, pero prefirió esperar allí donde estaba. Cuando Rafael Aparicio ganó el umbral del salón, se quedó un instante inmóvil y de pie, esperando que ella notase su presencia.

Por cálculo, ó por ocultar su impaciente ansiedad, Emma se había reclinado sobre un diván, de espaldas a la puerta, y simulaba estar distraída o absorta en hondos pensamientos.

—¡Emma!—dijo él al fin, persuadido de que no se había percatado—; muy buenas noches.

Y como ella se volviera con aire de brusca sorpresa, y contestara su saludo con una frase amable y cordial, avanzó sonriendo a ocupar asiento á su lado.

—Nó, siéntese aquí en el diván, Rafael; estará más cómodo.

Se encogió para hacerle campo, y agregó en seguida en tono de broma:

—Además, estará mejor junto a mí.

—Ya lo creo, Emma; estaré deliciosamente.

Tras de corto silencio, ella volvió a decir:

—Ha sido usted puntual, y se lo agradezco. ¡Quién sabe si tuvo qué faltar esta noche a algún compromiso, ó abandonar alguna agradable reunión de amigos, por complacerme!

—¿Qué hubiera importado? Usted sabe muy bien, Emma, que para mí es más interesante estar un rato con usted que con el mejor de mis amigos. En cuanto a los compromisos—añadió con festiva confianza—¡que se vayan al diablo!

Emma repitió con extraña insistencia:

—¡No sabe cuánto le agradezco! Esta noche me he sentido más sola que nunca, más triste. No puedo ocultarle el tedio que me abrumba, Rafael. Su presencia es un consuelo para mí, su compañía me alegra de veras.

Temió acaso dar libre curso a su secreta emoción, porque se contuvo y dijo:

—¿Quiere tomar alguna cosa? ¿Le preparo una taza de té?

—Nó, no se moleste; prefiero un poco de licor.

Emma salió, y volvió al cabo de un rato con una bandeja que colocó sobre una mesilla. Mientras servía en las copas, de pie bajo la velada luz del salón, Rafael Aparicio la contemplaba en silencio. Su cuerpo, alto y arrogante, envuelto en un elegante peinador, se destacaba con toda su gracia estatuaría y con todo su vigor juvenil. Adivinó bajo la tela fina las formas espléndidas, acusadas fugazmente por los movimientos que hacía. Una belleza melancólica, de encantadora atracción, triunfaba en su rostro grave y triste, donde se percibía la vaga sombra del sufrimiento.

Rafael pensó con cierta pena en esa contenida tortura, y lo conmovió la idea súbita de que la mujer que tenía ante sí pudiese ser una de tantas víctimas del arbitrario destino. ¿No era aberrante y absurdo que espíritus de selección como aquél vivieran muriendo en lento y callado suplicio sentimental? ¿No era estúpido que un sér que merecía todas las venturas, se consumiera obscuramente en la infelicidad y el hastío?

A su piedad por la mujer atormentada, por la pobre y confiada amiga que le había descubierto su alma llena de angustia, se unió de repente un vivo interés por su belleza poco común y por las singulares maneras que ahora empleaba. ¿No la había mirado

bien en tanto tiempo, ó era que en ese momento se le presentaba con una personalidad nueva y desconocida? Le pareció muy femenina, y mucho más seductora que de costumbre. Encontraba en sus gestos, en sus ademanes todos, un encanto que la hacía irresistible, como si de su cuerpo volase, cual impalpable fluído, el efluvio de rara fascinación.

Al ofrecerle ella la copa, y hallarse un instante sus miradas, se turbó vagamente. Sonrieron sin saber por qué. Luégo se dio cuenta de que cierto malestar lo asaltaba.

Bebieron. Mientras Emma, con la copa en los labios, sorbía despacio su contenido, un líquido que parecía oro disuelto, sus ojos se fijaban tenaces en Rafael. Cruzó una pierna sobre la ótra con brusco desenfado, y de improviso, con la faz encendida y los párpados un poco entornados, exclamó tratando de sonreír:

—¿Qué diría usted, Rafael, viéndome ejecutar alguna locura?

Como él no respondiera al punto, perplejo por la inesperada pregunta, continuó animándose:

—Sí, una locura cualquiera. Hay momentos que siento irresistibles deseos de romper este vivir monótono, tan igual todos los días, y de hacer algo que no sea lo de siempre. Quisiera ser una muchachita traviesa, una niña sin experiencia ni conocimiento, para poder lanzarme en alguna aventura. Debe de ser cosa muy interesante cometer una calaverada, ¿verdad?

—Depende de la calaverada que sea—replicó Aparicio—. Hay muchas especies.

—¿Cuál cree usted, Rafael, que es la más atractiva para una mujer?

—La del amor, sin duda.

Emma le ofreció otra copa, y bebieron de nuevo. El licor parecía poner ya su chispa dorada en las bellas pupilas, é iluminar con interna luz sus mejillas tersas.

—Había pensado en que tocáramos un rato esta noche, pero he desistido. Hallo más placer en que hablemos, Rafael; gozo más escuchándolo. Además, ahora me ocurre también lo que me pasó la otra tarde: tengo el pulso un poco inseguro. Hasta me parece que tengo algo de fiebre.

Su cuerpo tembló violentamente, en forma tan ostensible, que Rafael se alarmó. Miró por instinto hacia los balcones, que estaban abiertos, y por donde entraba una ligera brisa, fría y punzante.

—Talvez ese aire... —advirtió solícito—. ¿Quiere que corra las cortinas?

—Nó, no haga usted nada. Fue un escalofrío no más, que ya pasó. Si lo que siento es calor, sofocación... Talvez es efecto del licor... Perdóne, Rafael. Pero, ¿quiere hacerme un favor? Disminuya un poco la luz. Me molesta la vista ese fulgor tan vivo.

Obedeció Aparicio maquinalmente, y volvió junto a ella. El salón había quedado sumido en una penumbra vaga en que se confundían los objetos. La débil luz de la lámpara amortiguada brillaba apenas, con brillo de puntito de fuego, semejante a esa lla-

ma agónica de las lamparillas votivas de los templos. En cambio, un resplandor tenue, pálido, el de las estrellas que poblaban la noche, entraba desde lo alto, dándole a la estancia apariencia misteriosa, de sosiego y de ensueño.

El largo silencio que guardaron después y la semi-obscuridad los había cohibido; experimentaban ambos el peso abrumante de esa situación extraña y difícil. Pero Emma rompió a reír, deshaciendo todo embarazo.

—¡Qué cosas las mías, Rafael!—exclamó en seguida—. Nos hemos quedado casi en tinieblas, como en el cine. ¿Qué pensará usted de esto? Sin embargo, me parece que no está tan oscuro como creí al principio. Al menos las conveniencias han quedado a salvo. Yo lo distingo bien a usted: los ojos, la boca...

Siguiendo el tono de broma, Rafael afirmó:

—Y yo la veo a usted ahora mejor que nunca.

Volvieron a callar. El sintió luégo, de repente, que ella cogía una de sus manos, reteniéndola con suavidad; que el cuerpo tibio, impregnado de un exquisito olor de narcisos, se aproximaba más al súyo. Percibió su respiración anhelosa, semejante a un jadeo. Y oyó de improviso su voz quebrada, suplicante, dolorosa como gemido de agonía, que murmuraba con apasionado temblor:

—No puedo más, Rafael; no puedo más contener este sentimiento que me empuja hacia tí... Te amo... Hace mucho tiempo que te amo con toda mi alma...

Echóle bruscamente los brazos al cuello, enla-

zándolo con frenesí, con vehemencia loca; ciñéndose a él en ímpetu desesperado y sollozante.

—¡Emma! Pero... ¿es posible?—exclamó Aparicio, todavía con un resto de serenidad y de dominio de sí.

Vencido por la turbación, no podía pensar en analizar ó examinar las circunstancias en que se hallaba. Una embriaguez profunda, como la que ha de producir un vino fuerte y maravilloso, se apoderaba de él, exaltándolo. Veía junto a su rostro el de Emma, transfigurado por una luz recóndita, encendido de belleza y de amor; rostro en el que los ojos lucían con un fuego intenso y hondo y se entreabría cual misteriosa flor nocturna la boca bermeja, húmeda y expuesta tentadoramente para la caricia. Adhiriéndose a él con fuerza inaudita, sentía a su costado el cuerpo tenso y cálido, impregnado de penetrante fragancia y cuya carne palpitaba con tal vehemencia que parecía una entraña estremecida. Durante algunos instantes pensó que todo aquello era un sueño nada más, una inefable y loca ilusión de sus sentidos falaces, que empezaban a naufragar en el mar voluptuoso de tan imprevistas delicias.

—¡Sí, te amo, Rafael!—oyó que ella balbucía otra vez dulcemente, con acento de súplica desfallecida, mientras su cuerpo se doblaba hacia él en actitud de ofrecimiento y de supremo abandono.

Perdida al fin la noción de la realidad, y arrebatado por la pasión súbita que prendiera en su alma la chispa sensual, buscó enardecido la boca de Emma para besarla. La besó largamente, como en un trans-

---

porte de loco goce, pareciéndole, ¡ay! que nunca había besado así labios de mujer; y á ella, que jamás la habían besado de tal manera los quemantes labios de un hombre. Por eso, aquel primer beso de su pecado fue al mismo tiempo dulce y acerbo, embriagador y cruel, pero de tal frenesí, que tuvieron la sensación de que en él se fundían su exasperado amor y sus remordimientos oscuros.



## VIII

Los días que siguieron a aquella noche que no habrían de olvidar, porque dejó honda huella en sus almas, tuvieron la intensidad magnífica de toda gran llamarada. Abrasados por la pasión recíproca que los consumía, semejante á fuego voraz, y hundidos en la demencia de ese amor que tocaba con las fronteras del delirio, sólo pensaban en el momento voluptuoso de los encuentros, cada uno de los cuales era como renovado éxtasis sensual.

Pero si esto ocurría en el mundo anímico, en el ignorado y secreto santuario de sus íntimos sentimientos, en lo exterior, que es la vida aparente, nada había cambiado. Rafael Aparicio continuaba frecuentando la casa como de costumbre, siempre jovial y afable, y siempre deseado y recibido con afecto cordial. Era el amigo de confianza, el viejo amigo cuya opinión se tiene en cuenta en los asuntos familiares, y que ahora, por disposición del destino, tenía qué representar la comedia de la lealtad con todo el carácter de un histrión trágico de la vida.

Por lo que tocaba con Emma, no parecía sino

que, de modo curiosamente paradójico, la ardorosa pasión que la dominaba se convertía en rara tranquilidad. Tal vez la satisfacción de esa sed de amor, contenida durante tanto tiempo, prestábale el sereno gesto con que seguía siendo la misma mujer, sin que ningún detalle sospechoso denunciase ante su marido la simulación de la verdad. Pompeyo sólo pudo notar, no sin cierto alivio, que había prescindido por completo de sus habituales recriminaciones y de gran parte de sus testimonios íntimos de esposa.

Una noche, acaso por anormal capricho, ó porque quisiera justificar mejor ante ella misma su conducta con una nueva comprobación del desvío de Pompeyo, intentó ejercer sobre él su antigua influencia amorosa; recobrarla, mejor dicho, puesto que la tenía perdida totalmente. Se habían quedado juntos en el salón, y era hora bastante avanzada. La conversación fue lánguida, limitándose Emma a escuchar la mayor parte del tiempo cuanto su marido decía, casi todo relacionado con los eternos temas de negocios y con noticias de la política.

Al levantarse, para retirarse a sus aposentos, Emma fingió no poder andar por causa de imprevisto calambre.

—¿Qué ocurre? ¿Te sientes mal?—inquirió Pompeyo con atenta solicitud.

—Nó, no vale la pena; se me ha dormido un pie. Dame tu brazo y acompáñame hasta mi alcoba.

Le ofreció aquél su apoyo, y fueron despacio hasta las habitaciones privadas. Cuando se despedían,

ella lo retuvo para decirle bruscamente y con tono un poco nervioso:

—¿Por qué no te quedas?

Añadió con mimo insinuante, ante la estupefacción silenciosa de Pompeyo:

—Quédate. Hace mucho tiempo que no pones los pies en este aposento.

El dudó un segundo; pero respondió en seguida con suavidad:

—Nó, no es posible; no me siento bien. Perdónna, querida.

Le tomó entre ambas manos la linda cabeza, y después de mirarla en los ojos con cierta ternura contenida, estampó en su frente un beso rápido y helado, que la hizo estremecer.

—Te deseo buena noche. Duérme bien, y descansa.

Emma lo vio alejarse á paso lento, cansino, con su vientre desarrollado y su naciente calvicie que lo afeaban. Pensó con involuntaria tenacidad en lo que había envejecido aparentemente. Al pasar bajo una lámpara suspendida del techo, la viva luz artificial acusó un momento el color enfermizo de su semblante: un color terroso que denunciaba la lucha del hombre con la dispepsia.

Entró a su aposento, y se acostó tranquilamente. Ahora no sentía rencor por Pompeyo, sino piedad confusa y cierto desprecio. Más vivo que nunca renació en su alma, en cambio, el sentimiento de su pasión, oculta para todos; de su amor profundo y tiránico, y tan loco que la había llevado a saltar el foso

de las leyes morales y á representar por su parte la comedia de la fidelidad conyugal. Ella también era un histrión, pero un histrión bello y triste que encarnaba su propia vida dolorosa, y que, como el bufón de circo, tenía su máscara de risa, su careta de felicidad para presentarse ante el mundo.

Los encuentros furtivos, las citas en las horas propicias, aunque no frecuentes porque la prudencia los obligaba a tomar precauciones, eran esperados por ella con tan honda ansiedad y con tan ardiente anhelo que parecían ser la primera cita y el primer encuentro de amor. Esperaba a Rafael con el alma llena de una emoción recóndita que la conturbaba, y se estremecía al sentir el rumor de sus pasos ó el eco de su voz anunciándolo como campanada de gloria.

—¿Me amas, Rafael?—preguntábale ávidamente en las dulces horas de deliquio, en que sus ojos se cerraban con somnolencia voluptuosa, semejantes a dos náufragos en mar de delicias, y su carne toda parecía morir con lenta y divina agonía bajo las caricias torturadoras—. Sí, dime que me amas, porque necesito tu amor entero para esta soledad de mi vida, para este horrible abandono en que está mi corazón sediento de ternura y de cariñosos halagos.

Y Rafael contestaba con dulce mimo, en el transporte de su alegría sensual y de su embriaguez amorosa:

—¿Cómo no amarte, Emma, si eres tan bella y si has sufrido tanto? Además, has sido tan generosa al ofrecerme esta dicha con que jamás soñé, en que

nunca me atreví ni me hubiera atrevido a pensar . . .

Ella insistía, exigente, ganosa de escuchar otra vez las palabras cálidas y tiernas cuyo ardiente sabor de vino soleado la emborrachaba.

—Vuélvelo a decir, Rafael; dime cien veces que me amas y no te canses de decirlo. ¡Si supieras todo el bien que me haces y toda la felicidad que me das!

A veces su gozo se extremaba de tal suerte, que sus ojos se humedecían. Rafael Aparicio hallaba entonces un agudo placer en enjugarlos con sus labios, con el caliente pañuelo de sus besos, y su cabeza se llenaba del pensamiento de que era amor y dolor, voluptuosidad y tortura, lo que bebía en esas lágrimas vertidas como en holocausto sobre el ara de sus amores clandestinos.

Se había metido a esa aventura no supo bien cuándo ni cómo, porque desde el primer momento perdió la noción del tiempo y el sentido preciso de las circunstancias que vinieron rodeándolo á todas horas. Acaso no tuvo lugar de pensar en lo que iba a hacer fatalmente, cuando, lanzado ya por el declive de los sucesos irremediables, la misma fuerza de su pasión desbordada de improviso continuara empujándolo con su poder avasallador. Pero, ¿á qué pensar en esas cosas? Si la vida le brindaba su copa colmada de alegría; si se empeñaba el destino en ofrecerle a su juventud ese racimo dionisiaco: uvas henchidas de vino de oro y fuego, y flores frescas y vistosas cargadas de capitosa fragancia; ¿por qué negarse a recibirlo?

Sin duda, la vida era cruel presentándole en tal forma sus ricos licores y sus fastuosos frutos. Miel en

vaso de amargos bordes, perfume en cáliz de fondo emponzoñado. Mas la vida no hay qué discutirla ni analizarla demasiado, so pena de que se nos desvanezca en las manos.

En aquellos últimos días de julio los calores de la estación habían arreciado, poniendo sobre la ciudad un pesado velo de sopor. Era más de media tarde. En su despacho de negocios, Pompeyo Mendoza estaba sentado ante la mesa, sobre la que se veía numerosos papeles. Al frente, sentado también, un señor de aspecto extranjero aguardaba en silencio á que Pompeyo tomara alguna decisión.

—No puedo resolver nada por el momento— dijo éste al fin, persuadido de que no estaba allí lo que buscaba—. Me hace falta un documento, pero estoy seguro de que lo tengo en casa, entre mi correspondencia privada.

El ótro hizo un movimiento involuntario.

—Me gustaría, señor Mendoza, que el negocio quedara cerrado esta misma tarde.

—Oh, sí, a mí también me interesa.

Pompeyo tocó el timbre, y á poco se presentó en el despacho su secretaria, que había salido mientras tenía lugar la conferencia.

—Oiga, Matilde; hágame el favor de ir a casa inmediatamente con esta boleta para mi esposa. Regrese en seguida, que quedamos aquí esperándola.

Escribió con rapidez algunas líneas en una hoja de papel, y se la entregó. Luégo, mientras la secretaria se disponía a salir, volviose hacia su interlocutor, para continuar la conversación.

Siempre atenta al cuidado de su persona, como toda mujer joven, Matilde se arregló de prisa el semblante; se puso el sombrero con cierta graciosa coquetería; estiró los pliegues de su falda. Por último, tras de guardar la esquila entre la cartera, se encaminó con ágil paso a la calle.

De ahí a la quinta de Pompeyo Mendoza había una distancia apreciable, pero la canícula se había apaciguado. Al bochorno de las ardientes horas, sucedió una temperatura tibia muy soportable. Y esto, y el pensamiento de que el jefe esperaba su vuelta con impaciencia, talvez para celebrar alguna negociación de importancia, la hacían apresurar la marcha alegremente.

No le agradaba mucho la idea de tener qué encontrarse con la mujer de Pompeyo, a quien no veía hacía algún tempo. La inequívoca hostilidad con que ella la acogía siempre, hiciéronla comprender que una antipatía oculta, de causas misteriosas, prevenía en su contra el ánimo de Emma. Adivinó que no la quería; más aún, que la detestaba con toda su alma. No quiso torturarse la mente tratando de buscar los motivos de esa aversión que le parecía injustificada en todo sentido; y aunque ella sí sentía por la mujer de su protector un afecto sincero, creyó que era lo más prudente no volver á su casa.

Iba, pues, con cierto temor, imaginando por anticipado el recibimiento frío y casi ofensivo, y disponiéndose a contestar con un silencio humilde cualquier posible frase despectiva. ¡Tántas había escuchado ya de labios de Emma!

Al llegar á la quinta vaciló un momento ante la cancela. ¿Habría visitas en la casa? Hubiese preferido que la señora estuviera sola. Después entró resueltamente, ascendió la gradería, y llamó en el vestíbulo con golpes suaves y discretos.

Transcurridos unos minutos, y como no respondieran, repitió la llamada. Un silencio completo le contestó ahora también. Observó entonces que la puerta estaba apenas ajustada, pues había un resquicio entre sus batientes mal unidos. ¿Debía volverse de allí? ¿Y aquella respuesta que seguramente Emma tenía qué darle y que Pompeyo esperaba con tanta urgencia?

Talvez ella se hallaba muy adentro en sus aposentos, dormida ó abstraída en alguna lectura, por lo que no había oído la llamada de afuera. Decidiéndose de improviso, Matilde avanzó hasta el salón principal, y allí aguardó breves instantes. Hizo ruido con un cristal, para llamar la atención; tosió dos ó tres veces. Nada. Nadie. La casa parecía estar desierta.

Un vivo sentimiento de curiosidad se apoderó de ella. Nunca, en las varias ocasiones que le tocó ir allí, había pasado de aquel salón; sólo una vez entró en el despacho privado de Pompeyo. ¿Qué tenía de particular que satisficiera su ardiente y repentino deseo de conocer esas habitaciones por las cuales sentía cierto respeto religioso y cierto cariño ingenuo, puesto que eran el santuario, el íntimo lugar de recogimiento de su protector?

Inquieta y ávida recorrió algunas estancias, en todas las cuales reinaba la misma soledad. Todo el

mundo estaba afuera, sin duda. Ya se disponía a salir, para regresar de nuevo a la oficina, cuando, al pasar ante la puerta cerrada de una habitación, la sorprendió un rumor sospechoso. Se detuvo para escuchar. De dentro venía tenue murmullo de voces entrecortadas, de suspiros, de apagadas y nerviosas risas, como si dos o más personas hablasen pasito y con cierto temor, de cosas divertidas y alegres.

Hondamente intrigada, y sobreponiéndose a la natural repugnancia, Matilde se inclinó para mirar por el ojo de la cerradura. La estrechez del orificio sólo le permitía ver parte de una sala pequeña, especie de recámara ó recibidor de confianza, a juzgar por su decoración. Sobre un velador había un servicio de té y una botella con copas. Empujó entonces la puerta con gran cautela, y sintió que cedía. Un grueso cortinaje, recogido a lado y lado, pendía del dintel, hacia la parte interior.

Avanzando un poco la cabeza, pudo ver ahora, sin que su presencia fuera notada, el resto de la habitación. Hacia la derecha, en un rincón, había un gran sofá. Sentados en él, y abrazados estrechamente, Emma y Rafael, olvidados en apariencia de cuanto les rodeaba, se entregaban con frenesí á los más ardientes transportes.

Un estupor profundo había paralizado a Matilde. Inmóvil, con la boca entreabierta y los ojos dilatados de asombro, miraba la escena inesperada, pareciéndole que todo aquello era una atroz mentira ó una ilusión infame de sus sentidos. Pensó en Pompe-

yo, en el hombre que veneraba, y á su dolor se juntó una inmensa piedad.

¿Qué iba a hacer ahora? Las ideas se le atropellaban confusamente, llegando y huyendo como luces que se encienden y se apagan, y los sentimientos luchaban en su corazón como en un estadio. ¡Qué horrible verdad acababa de descubrir! ¡Cuán odioso secreto le confiaba la casualidad!

Se apartó de allí, volviendo a cerrar cuidadosamente la puerta, y abandonó la quinta. Cuando estuvo en la calle se puso a andar maquinalmente, de prisa, llena de un violento deseo de llegar pronto a la oficina. No veía nada de lo que ocurría en torno suyo; las casas pasaban a su lado semejantes a sombreros desmesurados; se cruzaba con las gentes sin darse cuenta cabal de que existían. La realidad no tenía sér para ella en esos momentos; sólo había una realidad solitaria y terrible, y espantosamente abrumadora, y era lo que sus ojos habían mirado. No sentía rencor contra Emma, ninguna prevención le guardaba, pero la indignaba la traición, el fraude inaudito. No se explicaba cómo podía ser posible engañar a un hombre de las condiciones de Pompeyo, todo generosidad y nobleza, todo desprendimiento.

El péndulo de su voluntad oscilaba febrilmente entre el deber de hablar y la necesidad de callar. Si sellaba sus labios, ¿no se hacía cómplice de la falta? ¿No seguiría cayendo el escarnio sobre su bienhechor? Y si hablaba, ¿no era como convocar en aquel hogar, hasta entonces aparentemente dichoso, los fu-

nestos signos de la desgracia? ¡Qué odiosa verdad acababa de descubrir, Dios Santo!

Así, en esta zozobra cruel, avanzaba Matilde, sin saber aún con certeza lo que á Pompeyo iba a decirle. Casi se sorprendió de verse al fin ante la puerta de la oficina. Su agitación era tan viva que temió que fueran a oírse las palpitaciones de sus arterias. Vaciló un segundo, llevándose las manos al pecho; después entró resueltamente.

—¿Me trajo el documento, Matilde?—preguntó Pompeyo al verla.

No pudo responder al punto, porque la emoción la ahogaba. Se había quedado parada en el umbral, mirando alternativamente a los dos hombres que la contemplaban extrañados. Sonreía por instantes, con un tic nervioso, mientras en sus manos volteaba incesantemente la cartera.

Pompeyo repitió su pregunta.

—¿Me trajo el documento? Pero, ¿qué le ocurre, Matilde? ¿Se siente mal? ¿Ha tenido alguna indisposición?

Ella habló al cabo, con la voz un poco alterada.

—Don Pompeyo: hágame el favor de salir un momento conmigo; necesito decirle algo.

Pompeyo Mendoza se excusó con su visitante, que presenciaba aquella escena sin comprender, y levantándose siguió con cierta precipitud á su secretaria. Una gran ansiedad se advertía en la expresión de su rostro. Detuviéronse en una habitación contigua, especie de archivo de negocios, y durante un minuto se contemplaron en silencio.

—¿Qué pasa? ¿Qué tiene qué decirme?

Matilde sintió que un brusco acceso de cobardía y de angustia le llenaba el ánimo indeciso; poco faltó para que estallara en llanto impetuoso.

—¡Don Pompeyo! ¡Ay, don Pompeyo!

Una mortal congoja parecía sacudirla hasta las entrañas. Temblaba, y su pecho se movía con jadeo de intensa agitación.

—Háble. ¿No ve que estoy ansioso? ¿Le llevó la esquela a Emma?

—Fui hasta su casa, don Pompeyo.

—Y el documento, ¿no pudieron hallarlo? ¿O lo trae usted ahí? Pero, ¿qué le sucede? ¿Por qué me mira de ese modo, Matilde?

De repente tuvo la intuición de que pudiese haber ocurrido algún accidente, y palideció. Se acercó más a su secretaria, y, cogiéndola por los hombros mientras la miraba fijamente en los ojos, la interrogó con acento estremecido:

—Dígame, Matilde: ¿ha pasado algo en mi casa? ¿Mi mujer...? ¿Mis hijos...?

—Nó, don Pompeyo; pero... misía Emma...

—¿Qué? Háble usted pronto. ¿Qué?

—Es que no me atrevo; no tengo valor, don Pompeyo, para decirle esto.

—¡Dios mío! ¡Emma! ¿Qué desgracia puede haber ocurrido?

Entonces Matilde, sin poder contenerse más, y como si cada palabra fuera un ascua en su lengua, balbució con voz rápida y entrecortada, y en tono tan bajo que apenas pudo Pompeyo oírla:

—Misiá Emma . . . allá . . . en un saloncito . . . con don Rafael . . . Yo no pude entregarle la boleta . . . y me vine corriendo para avisarle . . .

—¡Oh!—exclamó Pompeyo medio sofocado.

La soltó bruscamente, y se quedó un instante perplejo, aturdido, mientras la secretaria lo contemplaba de hito en hito, aterrada de su revelación.



## IX

El golpe fue tan imprevisto y brutal, que parecía haberlo aniquilado. Ya Matilde empezaba a arrepentirse de lo hecho, cuando, reaccionando con brusca decisión, Pompeyo recobró el dominio de sí. Dio unos paseos cortos y febriles, y luego, de repente, sin pronunciar una palabra más, buscó un arma entre los cajones de un armario y tomó su sombrero.

Intensa y horrible palidez le daba a su rostro aspecto más enfermizo aún que el habitual, cuando entró de nuevo al despacho, donde su visitante aguardaba.

—Excúseme usted—le dijo con precipitación—; vuelvo en seguida. No pudieron hallar el documento, y yo mismo voy a buscarlo.

Sin esperar respuesta de aquél, se lanzó fuera de la oficina, y subiendo en el automóvil que esperaba á la puerta, le dio al chofer una orden breve é imperiosa.

—A casa; pronto.

Durante el trayecto, recorrido a la mediana velocidad que permitían los reglamentos de tránsito ur-

bano, cayó en una especie de pasmo producido por la intensidad de la cólera. Se había reclinado en un ángulo del asiento, y permanecía allí inmóvil, con el ceño frucido sombríamente y los labios apretados y sin color. Bajo su apariencia calma una rabia reconcentrada se agazapaba en su interior, lista a estallar, y su explosión iba a ser terrible sin duda. Era un silencio amenazante y de mal presagio el súyo. En esos momentos de aguda y dolorosa tensión no quería ni podía analizar las graves circunstancias en que se hallaba, por el querer del proteico destino. Sólo tenía la sensación, acaso la idea fija y fatal, de que su voluntad y su deber lo impulsaban derechamente a matar, a bañar en un mar de sangre la tragedia grotesca de su ridículo.

Por instantes, y como si alumbrase su obscuridad una pobre chispa de luz, quería tener esperanza haciéndose la ilusión de que Matilde pudiera haberse equivocado. ¡Es cosa tan natural y fácil incurrir en error! Pero... ¿y si era verdad? ¿Si efectivamente Emma y Rafael lo engañaban? ¡Ay, su mujer en la que siempre tuvo ciega confianza; su mejor amigo! En su desconcierto sentimental, todo esto se le hacía monstruoso y absurdo, y lo hería doblemente.

A medida que avanzaba, su ira y su indignación crecían, amenazando desbordarse. Una vez llevó la mano al bolsillo, y sintió que se crispaba sobre la culata del arma. Se le nubló la vista un segundo. Ah, ¿por qué no andaba ese automóvil? Era indispensable llegar, necesitaba llegar pronto; su angustia homicida y su exasperada sed de inmediata venganza, encon-

traban lento el andar del vehículo que hacía pocos minutos apenas había salido.

Cien metros antes de llegar a la quinta ordenó al chofer que lo aguardase allí, y él siguió a pie su camino. Marchaba como galvanizado, a paso ligero, ávido y temeroso a la vez de ver con sus propios ojos el cuadro de la traición. ¡Qué deseo tenía de abrirle un cauce de hechos atroces á ese contenido turbión de dolor y de rabia que llevaba dentro, y que lo ahogaba y exaltaba! ¡Qué loco anhelo de imponer con su propia mano un castigo ejemplar y tremendo á los culpables de su cuita!

Inesperadamente sintió cierta fatiga, algo semejante a un cansancio físico y mental que lo enervaba extrañamente. Reaccionó en seguida con fuerza. Ante la cancela de la quinta se detuvo un momento, esperando talvez descubrir un detalle cualquiera que delatase la presencia de Rafael; no vio su automóvil por allí cerca. Sus ojos se alzaron hacia los balcones, como pretendiendo inquirir lo que había más allá de ellos, tras los cortinajes y en el interior enigmático. ¡Ah, seguramente estaban allí, úno en brazos de ótro, como los había visto Matilde, entregados a su pasión clandestina, mientras que él, confiado y tranquilo, se inclinaba como un galeote sobre su escritorio de trabajo! Pompeyo regresaba casi siempre tarde á casa, a eso de las siete habitualmente, y podían por lo tanto permanecer juntos sin zozobras. Pero, ¿dónde estaban los ótros, los demás moradores de la quinta? Con seguridad a Carlos y á Graciela los había enviado Emma a pasear, ó se los llevaron parientes o

amigos á pasar la tarde en sus casas. Es tan sencillo y fácil arreglar las cosas cuando se necesita. En cuanto á la servidumbre, entregada a sus faenas domésticas y hundida en las habitaciones de servicio, con darle una orden bastaba para que permaneciese alejada.

Pompeyo Mendoza pensaba en todo esto velozmente, con una lucidez y una frialdad de que él mismo se asombraba. En aquel momento la avenida estaba desierta. Bruscamente empujó la cancela, y atravesando el vestibulo subió rápidamente a los aposentos superiores. Ahora lo impelía un ímpetu ciego, lo bastante contenido, eso sí, para no delatarse, dando lugar á que se pusieran en guardia.

Nadie había en el salón; la casa parecía estar sola, según era el silencio y la impresión que daba de transitorio abandono. Recordando las palabras de su secretaria, avanzó con suma cautela, escuchando en las puertas. Creyó oír un rumor de voces, y se detuvo. Ay, sí, ya estaba allí; ya estaba ante la prueba insospechable y horrible de su propio escarnio. A la súbita emoción que lo asaltó se unía un dolor confuso y una especie de pasmo que lo clavaba en el suelo, lo mismo que a un muñeco al que se le dañaron los resortes. Hizo un movimiento como para abrir las hojas con rabia, y presentarse de improviso en actitud dramática á la pareja delincuente; mas sus brazos volvieron a caer pesadamente a lo largo de sus costados. Tornó a escuchar, y creyó oír el chasquido tenue de un beso, que hizo correr un escalofrío por su cuerpo. Ahogando en su garganta una blasfemia, y sintiendo que todo se derrumbaba dentro de él, sacu-

dido con brutal violencia, asió con mano crispada la pistola, mientras con la ótra empujaba suave y trémulamente uno de los batientes, que cedió sin ruido. Apenas entreabrió lo bastante para poder mirar.

—Ah—exclamó palideciendo, y con voz que fue como un soplo.

Seguramente Emma y Rafael no habían cambiado de actitud desde que los viera Matilde: continuaban sentados en el sofá, unidos estrechamente y entregados por completo á su deliquio.

Pompeyo miraba todo aquello como si contemplase algo fatal y terriblemente irremediable. Veía de medio perfil el rostro de Emma, y le pareció descubrir en él una expresión de gozo torturado, de placer doliente y extrañamente místico. El transporte amoroso parecía hacerla sufrir. Estaba a la vez seductora y horrible. En cuanto a Rafael, era un hombre como otro cualquiera: un hombre que se olvidó de todo para vivir y beber su copa de alegría.

Pasado el fugaz impulso homicida, Pompeyo sintió que sus dedos aflojaban el arma, la que estuvo á punto de caer; que sus miembros languidecían como por repentino colapso. A su atonía inicial y a su ímpetu pasajero y sanguinario sucedió un gran deseo de abandonarse a los acontecimientos, de entregarse pasivamente al destino. ¡Matar! ¿Para qué matar? ¿Iba a cambiar con ello su suerte?

Estaba allí como un poste, y se daba cuenta con horror de que no quería hacer nada. Una calma espantosa le daba cierta vis escultórica a su faz que ensombrecían tormentosamente el entrecejo plegado

por el dolor, la boca fruncida por el desengaño. De poder ver su propia imagen, se habría compadecido él mismo.

¿Para qué matar? Pompevo se sorprendía de haber tenido por un momento aquel inútil propósito. Pensó desolado que la felicidad es una bella ficción que el hombre se crea, y que una vez rota es difícil y casi siempre imposible reconstruirla. Y luego, ¿quién era el verdadero culpable de lo que ocurría? Volvió la vista hacia atrás, sobre el camino de su existencia pasada, y lo vio lleno de sus propias faltas. Nó, no estaba ciego; ahora veía con acusadora claridad la larga tropa de sus culpas, de sus omisiones, involuntarias tal vez pero culpas en todo caso. ¿Qué fue él con su mujer, de algunos años á esa parte? Ay! seguramente él la había empujado inconscientemente, sin propósito ni voluntad, á esa sima imprevista en que ahora la veía desplomada, y de cuyo fondo ominoso y obscuro ya no podría salir nunca más.

¿Hasta dónde tenía derecho para reprocharla? ¿Podía su egoísmo implacable y cruel, causa de aquella espantosa realidad, echarle en cara la traición? ¡Qué necio había sido, y cuán ciegamente olvidó que la que estaba a su lado era una mujer, un sér sensible y frágil que, como la flor, necesita continuos cuidados, atenciones muy delicadas, y se resiente vivamente cuando se le abandona ó menosprecia! Ahora comprendía con extraordinaria lucidez toda la razón de las quejas de Emma, de sus protestas manifiestas y tácticas, de su permanente inconformidad con esa vida a que la condenó sin deliberación, no por falta de

afecto como ella lo creía erróneamente, sino porque las circunstancias y los sucesos así lo habían ido disponiendo.

¡Emma suponía que no la amaba, que en su corazón no quedaba ya ni un pobre rescoldo del antiguo cariño! Talvez ella también, cansada de desamor, herida de abandono, sintió apagarse en su alma la llama del amor luminoso y santo, para ser sustituida por el oscuro fuego de una pasión fraudulenta, de esas que cuando abrasan sólo dejan cenizas trágicas y sabores acres de muerte. ¡Qué horrible equivocación habían sufrido ambos: ella pensando que el amor de su esposo era un bien perdido, y olvidado él por completo de que su mujer tenía un corazón y de que se encontraban apenas en la mitad del camino de sus vidas! Pompeyo pensó que el momento que estaba viviendo no podía ser más desolado.

Pero, ¿era él realmente culpable? Llevándose maquinalmente las manos a la cabeza, tuvo la rara sensación de que algo impalpable, pero de tremenda pesadumbre, gravitaba sobre él, sobre su destino, abrumándolo con irresistible poder. En vano luchará la criatura humana contra la ley de su síno, inútilmente se rebelará contra lo que está escrito en el libro de la fortuna. Suerte adversa ó propicia, dichosa ó infeliz, la de cada mortal ha de cumplirse, cualquiera que sea la senda que busque.

Se vio a sí mismo, como ante la luna de un armario, y por primera vez se reconoció. Sí, allí estaba él, en el fondo malévoló y sincero del espejo fiel que era su propia conciencia, sin que nada pudiera

tergiversar su figura. Vio a un hombre desnudo, pálido, de frente contraída y de mirada dura y desconfiada; de vientre excesivo y de piernas cortas. Un hombre en cuyo cráneo, como a través de una vitrina o de un acuario diminuto, se veía bailar como peces vivos infinidad de guarismos enloquecidos. ¡Cuánta cifra, cuánto número palpitante y maligno! Todo esto parecía reírse de él, del pobre y dispéptico hombre de negocios que sacrificó a su sed de dinero y á su ambición de utilidad, lo mejor de la vida: el amor, la verdadera dicha, ese dulce y divino tesoro que todos buscan ansiosamente y que muchos dejan escapar á poco de tenerlo en las manos.

Aspero sabor de amargura le llenó el paladar, y su garganta pareció secarse de repente. Sintió sed, tedio, fatiga; un desaliento obscuro que salía de lo hondo de su sér y que corría por su cuerpo enervándolo desagradablemente. Se apoyó un segundo contra el marco de la puerta, mientras cerraba los ojos para dejar pasar la transitoria flaqueza física. Después, casi a continuación, le pareció que su alma se anegaba en una onda turbia de desencanto.

Todo había muerto; todo cuanto fue ilusión o señuelo de su existencia, acababa de derrumbarse, como en una catástrofe silenciosa. Allí, a pocos pasos, tras de los batientes de aquella puerta, estaba la verdad presente, la sentencia viva de lo que iba a ser su destino en lo sucesivo. Histrión sin suplente de la tragi-comedia propia, en adelante tendría qué desempeñar su papel de pobre hombre sin ventura, y acaso mofarse de sí mismo simulando la felicidad. ¿Para

qué matar, si era inútil? ¿Para qué representar una farsa más, si todo era vacío en él, si le parecía incluso como si no existiese ya?

Sus hombros se alzaron lentamente, con un movimiento desolado de pavorosa indiferencia, de desprecio de él mismo, de su mujer, de su amigo, de todo. Después, sin ruido, a quedos pasos como vino, se alejó de allí cual si nada hubiese pasado. Iba con la cabeza caída, abatido el ánimo, y triste bajo la pesadumbre de su síno.

El trayecto que lo separaba del lugar en donde había dejado el automóvil, lo recorrió maquinalmente, casi sin darse cuenta de ello. Subió, y sin decir palabra se desplomó sobre el asiento. El chofer tuvo que preguntarle dos veces si había qué volver a la oficina.

—Sí, a la oficina—respondió Pompevo, con voz que parecía ser un eco de la de su mecánico.

Vio pasar a su lado la ciudad como una sucesión de cosas confusas. Los edificios, las gentes que desfilaron con el afán de sus preocupaciones, los otros vehículos, todo era para él en esa hora opaca de aplanamiento moral, acaso de cobardía, un mundo sin sentido y sin significación. Fantasmas que no le interesaban ya. Se había reconcentrado hoscamente, a rumiar sus pensamientos sombríos, sus sentimientos desolados, y esto lo alejaba pasajeramente de la vida exterior.

El ligero sacudimiento de la llegada lo hizo reaccionar en seguida. Recordó que alguien lo esperaba en el despacho, para definir un negocio, y recuperó de pronto su calma habitual. Casi sonreía cuando se en-

contró con Matilde, que iba de una sección a ótra con unos papeles en la mano.

Al verlo, ella se quedó inmóvil, mirándolo con extrañeza, como si hubiera esperado ó supuesto que él vendría de otro modo: no con aquel aire indiferente y tranquilo que mostraba, sino descompuesto, más viejo aún, y con las pupilas llenas de un fuego fatal y trágico de muerte. ¿Qué pudo haber ocurrido en la quinta de su jefe y protector? ¿Qué iba a suceder más tarde? La perplejidad de Matilde la paralizaba en una actitud de incertidumbre, en que ni hablaba ni se movía. Se sintió cohibida y un poco recelosa. Sin embargo, en sus ojos se leía la interrogación, el vivo y angustiado anhelo de saber, de conocer pronto la verdad inquietante.

Por fin, comprendiendo ó adivinando los sentimientos que la dominaban, y echando una mirada investigadora á todos lados para persuadirse de que nadie había por ahí, Pompeyo exclamó en voz baja y rápida, acercándose a ella y acentuando enérgicamente las palabras:

—Matilde: usted debe de haberse equivocado; en casa no había nadie de afuera.

—Pero, don Pompeyo... yo le juro... estoy segura de...

—¿De haberlos visto?—replicó él sonriendo con extraña y simulada incredulidad—. Ya le he dicho que fue un error suyo. Sus ojos debieron de engañarla. Es tan fácil que nuestros sentidos se ilusionen.

Tras de corto silencio, y viendo que ella bajaba la cabeza sin atreverse a responder, la golpeó suave-

mente en un hombro, mientras decía con benevolencia paternal:

—No se preocupe más de esto, Matilde. Si me dio un pequeño disgusto, ya todo pasó y queda olvidado. Tranquilícese usted.

La secretaria sonrió, aquiescente, llena de oculta compasión por el hombre que le hablaba de tal manera. No sabía qué pensar en definitiva de todo aquello. Sí, era evidente: allí, como en el pasaje clásico de marras, "no había ocurrido nada". Tanto mejor. El destino, ó la suerte, intervinieron acaso felizmente, para evitar la catástrofe, impidiendo así la ruina de una vida. Se alegró de que su bienhechor hubiese llegado tarde para comprobar su desgracia. ¡Ay, y pensar que por culpa de ella misma estuvo a punto de comprobarla!

Siguió su camino, en tanto que Pompeyo se dirigía á su despacho. Al entrar, y como el caballero que lo aguardaba se volviese hacia él con aire inquisidor y con visible impaciencia, díjole con mucha cortesía y con la naturalidad más perfecta:

—Vamos á tener qué aplazar este negocio para mañana, si usted no tiene inconveniente. No pude hallar hoy los papeles. Le suplico que me disculpe.



## X

Tres meses habían pasado, durante los cuales Emma y Rafael se entregaron tan completamente a la corriente de su pasión que parecían uno y ótra estar amando por primera vez en sus vidas. Contra las dificultades, y á pesar de ellas, siempre hallaron el medio de celebrar sus entrevistas y de ver transcurrir horas inolvidables en la intimidad dulce y confiada de su mutuo amor, tanto más voluptuoso cuanto más expuesto y clandestino. Se amaron con frenesí, con delirio, con loco anhelo de gozo, presintiendo talvez cada uno en lo secreto de su alma que aquella aventura sentimental, por lo mismo que tuvo tan inusitada vehemencia, iba a ser como esos días cortos de invierno, en que brilla el sol un momento con intensidad, ó como esas candelas de fiestas, que arden violentamente pero que muy pronto se apagan.

En sus ratos de soledad Emma había pensado melancólicamente, durante aquellos últimos días, en el romance pasional que alteró la calma monótona de su existencia sin color, sin ilusiones y sin alegría, y que, ya consumado, le dejó en el espíritu una satis-

facción triste, semejante al sabor de ceniza que queda en los labios después de los incendios. ¡Qué hondo y desolado estupor llenaba ahora su pobre alma! ¡Ahora que ya era tarde, y que nada podía deshacer lo hecho, porque los pasos que se dieron quedaron para siempre grabados en el camino, y porque las acciones humanas escritas quedan con tinta indeleble en el libro de nuestras vidas!

Miraba hacia atrás, a lo largo de esos pocos meses de su locura romántica, de su drama pasional, y por sobre el recuerdo voluptuoso de los minutos de abandono y de fugaz placer, se alzaban, con aire pálido de fantasmas, las sombras lívidas y silenciosas de sus remordimientos oscuros y de su decepción torturante. Ahora se preguntaba con pueril asombro, qué la había empujado hacia los brazos de Rafael, y cómo fue posible que se engañara respecto de la naturaleza de sus propios sentimientos una mujer como ella, que, gracias a Dios, siempre, hasta la hora fatal de la caída, conservó claro el entendimiento y agudo y vigilante el instinto.

Lo horrible, lo que la espantaba más que todo, era la comprobación de que no había amado jamás á Rafael. Un error lamentable la condujo hacia él; y la llevaron también motivos de ligereza, de capricho, de vanidad. Su mente turbada y su corazón herido por las apariencias conjuradas en contra de ella, por la soledad conyugal, por la proximidad del hombre fascinador que parecía suplantar á su propio marido, fueron los consejeros locos que la impulsaron ciegamente por la senda a cuyo final halló el abismo en

que se encontraba caída. Cierto es que era mujer apasionada y ardiente, en plena juventud aún; pero ¿qué podía justificar, no siendo el amor, esa aventura erótica que rompió la línea recta matrimonial, para tirarse por la curva peligrosa de la infidelidad? ¡Y ella que creía amar con toda su alma a Rafael, y que pensó hallar en este cariño fraudulento la perdida alegría de su pobre vida, consuelo para sus ocultas penas, y también dulce compañía espiritual para su soledad desolada!

¡Todo fue ilusión, espejismo lleno de falacias! A pesar de su fama de hombre galante y afortunado, en Rafael nada extraordinario ni misterioso había descubierto. Cumplido el anhelo que los juntó, apaciguada con los días la fiebre en que se consumieron los leños de sus deseos, una calma extraña les adormeció los sentidos. Se llenaron de vacío sus almas, de tedio sus corazones angustiados. Y tras de todo esto, Emma sintió aterrada y transida de mortal congoja, que, por lo mismo que no había muerto en realidad, revivía más poderoso y fuerte su amor por Pompeyo.

¿Qué le esperaba en adelante, a lo largo de esa otra existencia que despuntaba en forma tan paradójica, y que iba a ser, sin duda, un continuo oscilar de esperanzas y de ternuras, de angustia constante y de sed de sosiego, de vergüenza y de anhelos pasajeros de justificarse a gritos? Había de seguir viviendo con el peso de su secreto, con el recuerdo triste de su desilusión y con la carga abrumante de sus remordimientos ladrando siempre allá en su interior como perros que van a morir pero que no se mueren jamás.

No se veían ya sino de tarde en tarde, y cada vez las entrevistas eran más frías, más cortas. Pero ninguno se atrevía a romper francamente el lazo que los unió con fuertes ligaduras, y que sólo necesitaba un pequeño esfuerzo para quedar deshecho. No tenían valor para decirse la verdad, para pronunciar las palabras desnudas y terribles que brotaban en sus cerebros pero que al llegar a sus labios se apagaban súbitamente como ascuas en el agua. ¿Cómo decírselas, por otra parte?

Rafael Aparicio comprendía con horror que había cometido una villanía, tanto más culpable porque fue a esa aventura sin amor; porque se dejó arrastrar a ella por debilidad, acaso por simple pasión sensual, y también un poco por absurda piedad que ahora deploraba. Comprendiendo que la llama de ese falso amor se extinguía velozmente, que se enfriaba el ardor de los primeros días de exaltación, que todo fue, en una palabra, fiebre pasajera y superficial, había comenzado a alejarse, con mil pretextos, de toda ocasión que pudiese reanimar ó prolongar la disparatada situación en que estaban.

No convenía, sin embargo, que se alejase de casa de Mendoza, ni del amistoso trato que siempre había tenido con la familia; y esto para evitar conjeturas y para prevenir posibles sospechas, por lo mismo que no existía motivo aparente de desavenencia. Así, pues, Rafael siguió frecuentando, como de costumbre, la residencia de sus amigos, y siendo el mismo Aparicio que ellos conocían desde años atrás, alegre, cordial, afectuoso y un poco frívolo.

En uno de los comedores del Club se encontraba esa tarde, almorzando con dos de sus íntimos. Estaban en la sobremesa, y hablaban de deportes, que era uno de sus temas favoritos. Aquel día Rafael dejó el lecho después de las doce, porque había pasado la noche íntegra en alegre reunión de compañeros y de muchachas de alto bordo galante. Eran casi las tres ya, y estuvieron en la mesa más de una hora.

Se levantaron al cabo, y se encaminaron a la terraza, a tomar café y á fumar. El copioso almuerzo y algunas copas de licor que tomó lo habían sumido a Rafael en un estado de eupepsia que casi tocaba con la somnolencia, por lo que durante largo rato permaneció callado escuchando la alegre charla de sus amigos. Los oía, o mejor dicho escuchaba sus voces como si fuesen un lejano rumor, grato y apaciguado por la sordina de la distancia. Por fin el café y nuevas copas lo despabilaron.

El día era magnífico; uno de esos días maravillosos en que el aire adquiere extraordinaria transparencia y parece que todas las cosas, absorbiendo intensamente la luz, se convirtieran en la luz misma. Sobre la ciudad flotaban velos de sopor. Flotaba también, impalpable é inmóvil, la gran sombra azul proyectada por un cielo sin nubes, terso y brillante como el esmalte nuevo.

Para sacudir mejor la modorra Rafael Aparicio había ido hasta uno de los anchos pretils, y contemplaba desde allí el panorama luminoso de una parte de la ciudad; veía las personas que se movían; escuchaba los ruidos confusos y distantes. Sus ojos se fija-

ron de pronto en una avenida colmada de transeúntes y recorrida sin cesar por raudos vehículos. Eran gentes que iban al Hipodromo, a presenciar las últimas carreras de la temporada. Recordó que estaba comprometido con sus amigos los Mendozas á acompañarlos esa tarde, y que el espectáculo comenzaba a las cuatro. Volviéndose hacia sus interlocutores les dijo:

—¿Qué piensan hacer ustedes de este resto de día?

El que estaba más próximo respondió, señalando con gesto malicioso a su compañero:

—Yo no tenía programa; pero, justamente, Enrique acaba de invitarme á un bonito número. Se trata de algo muy divertido, con muchachas de buen humor.

—¿Quieres venir con nosotros?—preguntó el llamado Enrique—. Te aseguro que no te aburrirás.

Rafael recordó la fiesta de la víspera, reunión que fue una verdadera orgía y que se prolongó hasta el amanecer. Aún sentía la fatiga de los excesos á que se entregaron aquella noche, en medio de loca embriaguez de júbilo, de música y de mujeres, todo ello dorado por el licor y por la ilusión nocturna. Hizo un gesto displicente y como de hastío.

—Gracias; espero que se diviertan bastante—respondió—. Yo tengo un compromiso esta tarde.

Después de que se marcharon sus amigos, se quedó un rato más en la terraza, tendido sobre una silla de extensión. Sin proponérselo, se puso a pensar en Emma y en su situación presente. Varios meses lleva-

ban ya, entregados a esa loca pasión que, como todo lo que ardió con mucha vehemencia, comenzaba á extinguirse, ó casi se había extinguido ya. Ah, ¿quién iba a pensar que todo acabase de esa manera triste, y que llegaría el momento en que la decepción y el tedio se alzarán como alto muro de piedra entre ellos? Rafael no sabía explicarse por qué llegó el cansancio tan pronto, siendo Emma, como lo era, mujer de tantas gracias y de tan fuerte atractivo. Verdad es que su desencanto no fue propiamente físico y material, pues ella mantenía su poder sexual, lo que le habría permitido retenerlo hasta que quisiese. Hubo algo más hondo que los alejó, y que por ser anímico ninguna fuerza de otro orden podía contrarrestar, y fue ese sentimiento obscuro, abrumador y terrible que sobrecoge el espíritu cuando caemos en la cuenta de que hemos cometido un error enorme, tanto más grave y desesperante cuanto menos reparación tiene.

Emma fue la primera que, comprendiendo su equivocación, y persuadida de que buscó extraviadamente un amor donde sólo debió hallar siempre una amistad, se retrajo ostensiblemente y fue sustituyendo sus arrebatos de ternura con la fría intimidad de los cariños que languidecen. Esto le permitió a Rafael obrar con más libertad, y de cierto modo lo disculpaba. Así iba apartándose, no del trato social con ella ni de las viejas relaciones lícitas, sino del comercio sensual de su recíproca pasión, sin que mediara jamás entre ambos un reproche, antes bien guardando cada uno en lo secreto de su alma la alegría de sentirse libres sin atreverse á confesárselo.

Sí, cada uno había tenido su gran parte de culpa: ella insinuando esa aventura, por ofuscación, por incomprensión, y también por fatal debilidad de su condición de mujer; él aceptándola tras de poca lucha y sin mayores escrúpulos. ¡Ah! ¿Por qué se burla así el destino, de los hombres? ¿Por qué se complace en jugar con sus cosas más sagradas y valiosas?

Lo que más exasperaba a Rafael era que no tenían valor de decirse todo eso; de mostrarse, tras el pecado, la herida triste de su desilusión, la llaga tumefacta de sus remordimientos. ¿Cómo explicarse tales cosas? Por un tácito acuerdo preferían, pues, callar, sin romper por completo la cadena que los unía en su oculta complicidad.

Sacudiéndose, arrojó por fin estas cavilaciones de su cabeza, y algunos minutos después estaba en el Hipodromo con los Mendozas. El ancho estadio se carreras se hallaba literalmente colmado de espectadores. En los palcos, en el *turf*, a todo lo largo de un gran trecho de la pista, se apretaba la muchedumbre con vibrante movilidad de ola contenida. Un fragor sordo, semejante al del mar, salía de los grupos, hecho de innumerables voces, de gritos, de exclamaciones y de risas. Bajo la tarde, ardiente y luminosa como un ascua blanca, fundíanse en delirio cromático los vivos colores del paisaje y de los vestidos femeninos.

Desde el palco donde se hallaban, Pompeyo y Rafael observaban con sus anteojos el movimiento del campo y los preparativos de los *jockeys*. Emma, en cambio, no parecía prestarle atención á lo que ocurría en torno de ella. Miraba más lejos, hacia el hori-

zonte, con ese mirar vago e inestable que nada encuentra digno de interés. A sus lados, Carlos y Graciela, alborozados, palmoteaban por cualquier incidente y hablaban entre ellos como cotorras.

La pasión deportista de Rafael Aparicio se mostraba, como siempre que ocurría oportunidad, en la mal contenida emoción con que iba siguiendo todos los incidentes hípicas de la tarde y en el entusiasmo con que comentaba las cualidades de las bestias y la destreza de los jinetes. Hacía gala con desenfado de sus conocimientos y de su pericia en esta materia, y hasta parecía tener cierta intuición feliz para adivinar los resultados de cada carrera. No le iba en zaga Pompeyo en afición por el espectáculo, y en cierta seguridad erudita para emitir juicio y para combinar las apuestas. Aquel día, sin embargo, estaba de malas para el juego: había perdido tres apuntes, lo que lo tenía algo excitado y con cierta nerviosidad quisquillosa.

—Creo que ésta será la mejor carrera de la tarde—opinó Rafael dejando de mirar el campo con el antejo y sentándose como para descansar un momento, pues hacía rato estaba de pie—; conozco esa yegua que va á salir ahora, y me parece que no pierde. ¿La ve usted? Es un animal de raza auténtica, por el que apostarí confiadamente ciento contra diez.

—¿Se refiere usted á la que monta el *jockey* de divisa verde, y que está en este instante entre un caballo negro y otra yegua de color azafrán?

—La misma. Yo juego por ella. ¿Quiere combinar esta apuesta?

La carrera, en efecto, se anunciaba como la más sensacional por la fama de los cuadrúpedos y de sus corredores. En los palcos, en la gradería y a todo lo ancho del campo, un gran revuelo de inquietud y de expectativa conmovía al público, impaciente y ávido de presenciar el número culminante del espectáculo. Ya el día declinaba, anunciándose el crepúsculo con tonos rojizos en el horizonte. Un fresco y largo soplo de aire comenzó a azotar las tribunas y a sacudir el follaje de los árboles que parecían despertar de un prolongado sopor de siesta.

Efectuada la carrera, y calmado un poco el clamoroso vocerío con que numerosos espectadores acogieron su resultado, Rafael Aparicio se volvió triunfante y alegre hacia Pompeyo para decirle:

—¿Ve usted? Lo que yo le decía, Pompeyo. Esa yegua es única. Usted no tuvo confianza en ella, fue contra ella, y ha perdido.

—Que sea enhorabuena—respondió Mendoza afectando fría indiferencia—. La verdad es que así lo esperaba. En el juego todo es imprevisto, y ya me estoy acostumbrando á perder.

Sin percatarse del tono sutil y ligeramente ronco con que fueron pronunciadas estas palabras finales, Aparicio rompió a reír. ¿Cómo era posible acostumbrarse a perder? Aquello le hacía gracia, tanto más porque lo decía un hombre de negocios habituado a liquidar siempre ganancias. Emma, por el contrario, que hacía rato escuchaba la conversación y que de tiempo atrás anotaba con secreta inquietud los más pequeños matices de la voz de su marido, per-

cibió el tenue acento de ironía y de reproche con que éste hablaba. Hasta le pareció que hablaba exclusivamente para ella.

Sintió que su corazón latía un momento con violencia, y que su faz se cubría de esa palidez brusca que producen los sobresaltos de temor súbito ó de emoción repentina. Pero se serenó en seguida. Poco después, y como queriendo ahuyentar por completo todo resto de turbación, se puso a mirar con negligente curiosidad hacia los palcos vecinos, llenos de gentes varias. Su mirada tropezó de repente con la de Matilde Gallegos, que se encontraba en uno de ellos, acompañada de una señora de edad y de un joven, y que la contemplaba también con extraña fijeza. La expresión de los ojos de la muchacha le produjo cierto malestar, y apartó la vista de ella; mas volvió después a observarla, ahora con disimulada atención y muy de soslayo.

Recordó que Pompeyo le había contado que Matilde vivía con una señora; pero, ¿quién podía ser el joven que las acompañaba? No le fue antipático ni desagradable su aspecto. Era mozo de fisonomía atrayente y de aire afable y modesto; un niño casi, a juzgar por su frescura de cutis y por su gesto perennemente risueño y aparentemente libre de preocupaciones. La forma en que hablaban y las miradas que cambiaba con Matilde hacían suponer que los unía grande amistad ú otro sentimiento más íntimo.

Como observase que Pompeyo, que había vuelto a sentarse a su lado, los miraba también, sonriendo con benevolencia, se llenó de sorpresa; dirigiéndose en

seguida a él, mientras le indicaba el grupo con una señal discreta, inquirió capciosa, sin poder quitarle a su voz un déjode burla y de intención malévola:

—¿No es tu mecanógrafa?

—Sí—respondió Pompeyo concisamente.

—¿Quién es el joven que la acompaña?

—Es el novio. Parece que se casarán muy pronto. Matilde me ha hablado ya de este asunto.

Las anteriores noticias las dio Pompeyo con sosegada calma, con su acostumbrada suavidad, lo mismo que si refiriese cualquier suceso común y cotidiano, y esto le producía a Emma rara impresión de asombro y desconcierto. ¿Por qué no le tembló la voz á Pompeyo al decir aquello? ¿Por qué podía aceptar ese noviazgo con semejante frialdad? ¿No amaba, pues, a Matilde? ¿No era—y este pensamiento parecía quemarle el corazón—su amante secreta?

Emma sintió que la cabeza se le iba. Reaccionó. Miró un segundo a Rafael que, absorto en seguir la carrera final, no se ocupaba de nadie, y sonreía con risa cruel de triunfador gozoso e indiferente. Miró después a su marido, y una emoción recóndita le anegó el espíritu; una obscura emoción en que se confundían, torturándola, la amargura de su desilusión, sus sueños inútiles, su pobre amor solitario y su esperanza temblorosa y cobarde, humilde como la luz de esas lamparillas que arden en los templos aldeanos.

## XI

Afuera caía sutil llovizna; la nocturna brisa que soplaba enfriaba el ambiente y hacía mover con tenue murmullo las copas de los árboles enfilados a lo largo de la avenida. Por los gruesos cristales de los balcones cerrados podía verse el persistente polvillo de agua, ilusoriamente suspenso en el aire, y que, al herirlo la luz, brillaba con súbitos destellos de menuda pedrería. Un suave rumor como de melopea lejana, lento, tenaz, monótono, llegaba hasta el salón, produciendo extraña sensación de soledad y adormeciendo los sentidos con su soporífero són de cantinela interminable.

Sentada en el círculo luminoso que proyectaba una gran lámpara de redonda pantalla, única que se veía encendida en la estancia, Emma Sandoval leía ó simulaba leer en el pequeño volumen que tenía entre las manos. El entreabierto peinador de seda y encajes dejaba adivinar, más abajo de la garganta espléndidamente mórbida y desnuda, la blancura lechosa del nacimiento del descote, donde la luz ponía reflejos pálidos de mármol vivo. Cruzadas indolentemente, las

piernas finas y vibrantes se animaban a ratos con brusca movilidad de cosa nerviosa, y volvían luego a su quietud hierática de escultura.

En la zona menos iluminada, que le permitía estar en una especie de indecisa penumbra, Pompeyo Mendoza se paseaba a lentos y acompasados pasos, con los brazos atrás y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Una ancha bata oscura le envolvía el cuerpo, hinchándose como la vela de un velero hacia la parte del abdomen.

Parecían hallarse en la intimidad, y, sin embargo, ¡cuán lejos estaban uno de otro! Más allá de sus cuerpos vivientes, que mantenían próximos la apariencia y el hábito, se alzaban, lo mismo que dos torres solitarias, sus almas sin fe y sin esperanza, y también sin amor ya, porque todo lo habían perdido en esa catástrofe silenciosa en que los hundiera el destino.

Largo rato hacía que reinaba el silencio allí; silencio horrible y pesado en el que, no obstante, unas voces inateriales parecían gritar, de modo semejante a esos naufragos que claman en la noche y entre la tempestad, sin que nadie pueda escucharlos. ¡Qué espantoso y cruel alarido el de las almas laceradas, que quisieran decir su secreto y que no pueden hablar; que sienten la torturante cobardía de mirar la verdad de frente; que desfallecen bajo el despotismo abrumador de consideraciones humanas y sentimentales, grávidas como piedras de sepulcro!

Emma cerró el libro de repente, al oír el campaneó ronco y áspero que anunciaba la media noche.

Parpadeó un momento, y dirigiéndose en seguida a Pompeyo con solicitud:

—¿Necesitas alguna cosa?

El se volvió con brusquedad hacia su mujer, como si su voz lo hubiera asustado por lo imprevista. Acaso lo sacó de honda abstracción esa frase breve, familiar, cuya trivialidad le recordaba la realidad del momento y que él no esperaba sin duda, abismado como daba muestras de hallarse en sus cavilaciones.

Respondió al cabo de un rato:

—Nó; gracias; no necesito nada ahora.

Siguió otro silencio largo y embarazoso, durante el cual casi creyeron percibir el ritmo de sus respiraciones. Afuera seguía cayendo con rumor de salmodia lejana la persistente llovizna. Emma se levantó para hacer más luz, y volvió a sentarse.

—¡Qué noche!—dijo—. Me fastidia esta lluvia interminable, porque me destempla los nervios. Llover, y no acabar nunca. Prefiero un aguacero corto y fuerte, que tonifica, y que alegra el ánimo en lugar de entristecerlo.

—Cuando se piensa en dormir, esto es indiferente—replicó Pompeyo deteniéndose y con involuntaria destemplanza.

Tras de una pausa, agregó:

—La verdad es que no me había dado cuenta de que llovía.

—Así vives de preocupado—reprochó Emma—; así te mantienes de sumido á todas horas en tus inacabables cálculos. Tengo la seguridad de que habías olvidado por completo que yo estoy aquí.

Como viese que Pompeyo no parecía prestarles atención alguna á sus palabras, pues volvió á pasearse sin responder, hizo ademán de levantarse para retirarse a su alcoba; pero él la detuvo con un gesto.

—No te recojas todavía—le rogó, suavizando cuanto pudo la voz—; tengo qué hablarte de un asunto.

Sorprendida, y un poco sobresaltada también, Emma lo miró con ojos interrogadores; su corazón latió ansiosamente. Después, viendo la calma de su marido, se tranquilizó. Hasta tuvo el aplomo de preguntarle con tono de queja irónica:

—¿Algún nuevo negocio acaso? ¿Otros miles de pesos de utilidad?

—Depende de cómo se le mire—respondió Pompeyo sin inmutarse—; pero no es precisamente un negocio. Se trata sencillamente del matrimonio de Matilde.

—Ah.

—El novio me ha hablado, y ambos desean que se efectúe á la mayor brevedad.

—A propósito—dijo Emma, curiosa—: ¿quién es ese muchacho? ¿A qué familia pertenece? ¿Es de aquí?

—Nó, es extranjero. Hace tres años se radicó en el país, donde trabaja con provecho. Se llama Martín Halske. De sus antecedentes poco ó casi nada se sabe, pero parece ser buena persona.

Emma miró con cierta extrañeza a su marido.

—¿Nada se sabe de sus antecedentes? ¿Y me dices que el matrimonio va á celebrarse pronto?

—Sí; dentro de un mes. Halske lo tiene todo preparado. Pero . . . ¿qué hay de particular en esto? ¿Por qué te sorprende de tal modo?

—¿De particular? Nada, hijo—contestó Emma con tono de falsa indiferencia—. Cuando a tí te parece bien, así será.

—A mí no me parece ni bien ni mal que Matilde se case, y que lo haga con el que su voluntad le aconseje; me parece simplemente ventajoso. Nada mejor que un matrimonio para una muchacha huérfana y sola como ella.

—Suponía—explicó Emma—que ella tendría interés en saber con quién se casaba.

—Ah, sin duda que debe tenerlo; y yo también; y tú; y todo el mundo. Es cuestión de suma importancia eso de averiguarles los antecedentes a las personas, sobre todo cuando no tienen dinero. La sociedad ha sido siempre celosa en este sentido. Hoy, no sé si por fortuna ó por desgracia porque jamás me he preocupado de inquirirlo, esa sociedad ha reducido sus exigencias, persuadida acaso de que las uniones se facilitan cuando menos obstáculos encuentran para su realización. ¡Hay tanta joven qué casar, y cada día crece tanto su número!

Pompeyo calló un momento, y prosiguió luego con mucha animosidad:

—Vivimos en otro tiempo y con otras ideas, en que no están ya de moda los escrúpulos exagerados. La vida y sus necesidades tiránicas han impuesto hábitos nuevos. Se piensa más en el porvenir, y nos preocupamos seriamente del mejoramiento de la raza.

Llega aquí un extranjero, por ejemplo, y pone sus ojos en alguna de nuestras muchachas casaderas. Pues es cosa hecha. Como los extranjeros, y de modo particular los de ciertas nacionalidades, son terriblemente inclinados al matrimonio, se les abre las puertas de par en par y se les estimula en toda forma. Nadie piensa en pedirles el pasaporte ni en identificarlos. Basta que cada uno sea un buen ejemplar para el cruzamiento. Los más apreciados son los que tienen el pigmento bien claro, blanco y rosado, los cabellos del color del maíz y la pupila zarca. Estos se cotizan muy alto entre las familias.

Emma rompió a reír, a su pesar.

—¿Ríes? Pues es la verdad práctica. Tanto como yo, sabes tú que es así. Y lo más curioso de todo es que algunos tipos de afuera han sabido explotar a la maravilla tan dichosa disposición. Ni siquiera se recatan en manifestar sus intenciones. Te podría citar casos de pretendientes ó aspirantes, ó mejor dicho, de inmigrantes, que afirman con el mayor desenfado que lo que persiguen es la dote ó la herencia futura. ¿Quién ignora, por otra parte, las tragedias familiares que han motivado algunos de estos casamientos? Maridos que despojan a las mujeres, y se largan dejándolas abandonadas; maridos que luégo resultan ser casados; maridos á quienes, cuando menos se espera, piden las autoridades de su país, para juzgarlos; maridos, en fin, que tenían aire de condes, ó por lo menos de personas decentes, y que luégo se pone en claro que en su tierra eran mozos de hotel, zapateros, ó sujetos de mala vida y de ocupación equívoca.

Emma escuchaba ahora a Pompeyo con atento interés.

—Sí—continuó éste con cierto sarcasmo depreciativo—, tal es nuestra condición de pueblo frívolo y pagado de apariencias. Un pobre y honrado muchacho del país es desplazado fácilmente por cualquier inmigrante rubio, y si se enamora de la hija de un ganadero ó de un acaudalado introductor de zarzas, se piensa por lo menos que es un sér inferior ó que quiere remediar su penuria. En nuestra tierra se ha llegado a creer que los muchachos del país son enemigos del matrimonio, por lo cual las jóvenes tienen qué buscar sus maridos entre los extranjeros. Nada más falso. Los muchachos nuestros tienen orgullo, aprecian su dignidad. Los de las ciudades temen, por otro lado, que la frivolidad de las mujeres y su terrible afición al lujo conviertan el matrimonio en una tragedia.

—Sin embargo, Pompeyo...

—Adivino lo que vas a decirme. Sí, cómo no; hay extranjeros casados aquí, y que son modelos de hombres de familia. Algúnos hasta vinieron con capitales y empresas, y demostraron ser personas de importancia. Otros se casaron con muchachas pobres. A tódos se les estima y se les quiere. Pero éstos son los menos. El mal no está en las excepciones, sino en la regla general.

Durante algunos minutos Pompeyo Mendoza siguió paseándose en silencio. Se detuvo al fin ante su mujer, y, con las manos entre los bolsillos de la bata, le dijo:

—Martín Halske es un buen muchacho. No se tienen informaciones de él, pero se ha comprobado que en tres años que lleva aquí su conducta ha sido ejemplar. Con su trabajo ha hecho un capitalito. Yo tengo la seguridad, por lo que lo he tratado y observado, de que es efectivamente lo que parece: un mozo excelente. Por lo demás, si la sociedad quiere más referencias, que se tome el trabajo de buscarlas. No creo que las buscará. Yo digo lo que es la sociedad, pero poco me cuido de ella. Un buen marido para mí será siempre el hombre honrado y laborioso, y nada más. Por eso creo que Martín Halske es el hombre para Matilde; y como se quieren de veras...

—¡Felices ellos!—suspiró Emman de pronto.

—Me ha dicho Matilde que desea que yo sea su padrino. Le prometí que tú y yo la apadrinaremos. Supongo que no tendrás inconveniente.

—¿Inconveniente?—respondió Emma tras de breve vacilación—. Nó, ninguno.

Se advertía, no obstante, que le producía muy poco entusiasmo aquel compromiso, aceptado seguramente por no contrariar á su marido. Su fácil aquiescencia agradó a Pompeyo, quien, con súbito buen humor, empezó a exponer algunos detalles de la sencilla fiesta familiar que proyectaban. En su voz suave y tranquila se percibía una alegría infantil y un mal velado sentimiento de ternura recóndita, lo que acabó por mortificar a Emma, excitando sus naturales celos de madre.

—Veo que estás muy contento—observó—; parece que se casara tu propia hija.

—Ya te he dicho que Matilde es como otra hija para mí. Hago de cuenta que fuera la hija de un hermano.

—¿La quieres tanto como a nuestra Graciela?

—Nó, eso no—afirmó Pompeyo vivamente—; á Graciela la quiero más que a nada en el mundo. Tanto la quiero, que no podría darte la medida.

Emma sonrió. En medio de su secreta tristeza fueron tales palabras como bienhechor rocío para su alma lacerada profundamente. El tono con que las había pronunciado Pompeyo, y en el que le pareció sorprender súbito temblor de ternura, suscitó en ella dulce emoción. Amaba también a sus hijos entrañablemente, y era feliz de poseerlos y de sentirlos existir a su lado instante por instante, como dos flores vivas y maravillosas que embellecían su mundo y que reclamaban cada día sus amorosos cuidados. ¿Por qué era tan desgraciada, sin embargo?

—¡Cuánta falta me va a hacer Matilde!—dijo Pompeyo después de un rato de mutismo—. Es una secretaria irremplazable. Creo que me costará mucho trabajo encontrar otra señorita de sus condiciones.

—¿Y por qué no consigues un secretario?—insinuó Emma.

—Lo mismo me da, es igual—aseguró Pompeyo con indiferencia.

Dio otro paseo, y agregó en seguida, bromeando:

—Cuando Carlos sea hombre, y si no persiste en sus inclinaciones á ser aviador, lo nombraré mi secretario.

Sonó nuevamente el reloj, recordándoles la realidad del tiempo. ¡La una! Pero no hicieron caso; talvez ni siquiera tuvieron la plena conciencia de la hora. Los retenía allí, como fuerza misteriosa, el confuso anhelo de escuchar, cada uno de labios del otro, palabras que delatasen los pensamientos ocultos; y los retenía también la obscura esperanza de algo que ellos mismos no podían precisar. ¿No vivían, pues, huyéndose sus almas, como si se temieran ó desconfiaran recíprocamente, llenas de un terrible recelo que les paralizaba los labios para toda verdad?

Pompeyo, en quien el nombre de su hijo despertó nuevamente los sentimientos paternos, y que parecía poseído de repentina necesidad de hablar, reanudó su discurso sin dejar de recorrer la estancia á pasos lentos y parejos:

—Nó, Carlos no será aviador, Carlos seguirá mi camino; yo lo educaré para que sea un hombre de negocios completo. Ningún oficio, ninguna profesión ofrece las ventajas y seguridades de ésta. Los padres tenemos el deber de velar por el porvenir de los hijos, y nada hay más importante y delicado que prepararles la carrera que han de seguir, ni más grave que indicarles la ruta. En esto de trazar el destino de nuestros hijos nos incumbe gran responsabilidad, por lo mismo que contribuimos activamente á labrar su felicidad ó su desgracia. ¡Qué horrible cosa debe ser, Emma, sentirse uno responsable de la desventura ó del fracaso de su propio hijo, y tener la conciencia de que nos debe su infortunio! ¡Ah, es algo espantoso sin du-

da! ¿Qué consuelo puede haber en el mundo para semejante amargura?

Su voz se hizo ligeramente ronca cuando continuó:

—¡Los hijos! ¡Cuántas gentes hay que no se dan cuenta cabal de lo que significa tenerlos! Y como el destino suele ser caprichoso y sin entrañas, no es raro ver en el mundo las cosas más absurdas y paradójicas: personas á quienes la naturaleza se los negó cruelmente, sin ellas merecer tan duro castigo porque sin duda hubieran sido padres ejemplares, y personas á quienes en cambio las abrumba de virtud prolífica, pero que, acaso por la misma razón, miran con indolencia el grave compromiso que contraen con la humanidad, de responder por esos hijos. ¡Qué insensatas son estas últimas!

Como si su ternura se exaltara de improviso, Pompeyo Mendoza se acercó á su mujer, que lo miraba estupefacta, y con tono más grave todavía, y singularmente extraño, pronunció estas palabras:

—A los hijos todo se lo debemos, Emma: la alegría que nos causan y el estímulo que nos ofrecen para vivir y luchar. La misma mujer, de quien se dice que por ella se hace todo en el mundo, no es sino una precursora de ese grande amor á los hijos; cuando amamos á la mujer, amamos en ella, y á través de ella, la misteriosa promesa de su fecundidad, la criatura que ha de venir. Hay hombres egoístas que piensan que los hijos son los deudores de los padres, como si ellos hubieran solicitado venir á la vida y como si la vida fuese un gran beneficio; pero no piensan en lo

que significa para una criatura humana esa infinidad de padecimientos y dolores que le están reservados. ¡Cuántos niños nacen todos los días, como por mandato de una ley fatal, condenados de antemano, desde su existencia intrauterina, á un vivir miserable, físico o moral, porque quienes los engendraron jamás tuvieron en cuenta otra cosa que sus instintos sensuales ó la ciega función fisiológica! Sus padres los echan á la vida llenos de taras, ó sentenciados a la indigencia, ó predispuestos hasta para el crimen acaso, y sin embargo, ¡hay quienes pretenden todavía que deben darles las gracias por el gran regalo que les hicieron con tirarlos al mundo!

—Nó—prosiguió Pompeyo con cierta violencia de fanático—: los hijos son sagrados. A ellos todo se lo debemos: nuestra propia felicidad incluso; nuestra vida misma, aunque ella nos pese, ó nos sea un bien inútil. ¿Por qué han de caer sobre las cabezas de los hijos los pecados de los padres? ¿Qué culpa tienen ellos de nuestros errores?

Al escuchar las últimas palabras Emma palideció; tuvo un instante de zozobra angustiosa; pero permaneció callada y tranquila. Pompeyo se dio cuenta, de pronto, de que una sombra de tristeza obscurecía su bello semblante; observó también que sus labios se arqueaban tenuemente y sus párpados se caían con visible expresión de cansancio.

Súbitamente rió.

—Oh—dijo—: talvez estoy hablándote de cosas que no vienen á cuento. Perdóna, Emma. Veo que esto te fatiga y te aburre. ¿Qué nos importan los hi-

jos ajenos? ¡Nuestro deber es para los propios, y los nuestros no tienen nada que temer felizmente. Por lo menos, en lo que toca con su porvenir. A propósito: en estos últimos días he efectuado nuevos negocios con magníficos resultados; he tenido buenas ganancias.

Había, en efecto, vuelto al torbellino de los negocios; desde varios meses atrás era otra vez el hombre activo y calculador que se multiplica sin cesar para atender personalmente a sus numerosos compromisos y que se entrega con furia al vértigo voluptuoso de las operaciones bursátiles. Despachaba en sus oficinas, asistía a las juntas comerciales, visitaba sus dependencias; por la noche, de regreso al hogar, iba cansado y con algo menos de salud, pero satisfecho porque había sumado unos pesos más a la cifra creciente de sus utilidades.

Emma no dijo una palabra. Durante un minuto sus manos se entretuvieron en jugar con el bibelot que estaba sobre el velador inmediato. En seguida se puso de pie. Bajo la viva luz su fina silueta se destacaba con gallardos contornos. Podía adivinarse, a través de la tela ligera del peinador, la carne tibia y blanca, con toda su elasticidad de cosa viviente y tensa. Pompeyo sintió que llegaba hasta él un olor penetrante e incitador que lo turbó ligeramente. La miró un segundo con atención, sorprendido él mismo del pasajero interés que le inspiraba y que le hacía verla en ese instante como mujer nueva ó distinta. ¡Hacia tanto tiempo no la veía, ni se percataba siquiera de que seguía siendo mujer!

Ella fue hasta el balcón y miró afuera. La llu-

via había cesado al fin. Sin quererlo, y como conducido por mecánico instinto, pues nada tenía qué hacer ni decirle ya, Pompeyo la siguió. Se estuvieron un rato en silencio, uno junto á otro, contemplando la vía solitaria bajo la noche, en la que se reflejaba la luz de los faroles sobre el húmedo pavimento.

Bruscamente, Emma se apartó de allí, volviéndose hacia él.

—¿Te vas?—dijo Pompeyo con ese tono trivial con que se pronuncian las frases de todos los días.

Pero esta vez no pensó en detenerla.

Emma recordó de improviso una noche remota, muy semejante a ésa, allá en los primeros días de su matrimonio, y se enterneció. Seguramente, Pompeyo recordaba también. Un perfume, una tonada, un ademán perdido, son suficientes á veces para despertar la memoria olfativa, auditiva o visual. Quiso insinuarse, atraerlo, aprovechando el minuto de emoción fugaz. ¡Ay, si volviera el amor; si fuera posible hacer arder de nuevo la pasión antigua!

Fijó en su marido una mirada dulce, rendida, llena de suplicante tristeza y á la vez de angustiada esperanza. Pompeyo no la había vuelto a besar hacía mucho tiempo. Emma deseó su beso. Aproximándose más, le puso las manos sobre los hombros, y trémula, lo mismo que una colegiala tímida, alzó hacia él su rostro bello y doliente, en ofrecimiento sin palabras.

Mas en vano esperó la ansiada caricia, porque Pompeyo, grave y tranquilo, la rechazó suavemente, mientras decía:

—Vete á descansar, que es muy tarde. Buenas noches, Emma.

## XII

El día había sido muy caluroso. Sobre la ciudad, abrumada durante largas horas por implacable canícula, flotaba un vaho ardiente y sutil, luminoso y blanco, semejante a ese vapor impalpable que se alza de las llanuras asoleadas. Fina capa de polvo obscurecía el verde pálido de los árboles y los paramentos exteriores de los edificios, dándole al piso de las calles, que aún no barría la brisa del atardecer, apariencias de cosa reseca y mucho tiempo abandonada.

Impaciente, acaso aburrido, Rafael Aparicio se paseaba con indeciso andar por el aposento principal de aquella apartada casita donde se hallaba en expectativa desde hacía una hora, y que ofrecía curioso aspecto intermedio entre quinta urbana de recreo y sencilla residencia rural. La casita estaba, en efecto, un poco aislada del resto de la edificación, y aunque no podía decirse que se encontraba ubicada en el campo, tampoco había lugar para considerarla como parte de la ciudad propiamente. Más bien parecía hecha á propósito para estar en la soledad, pero sin encontrarse aislada del todo del resto del mundo.

Interiormente, reunía todas las comodidades deseables; un ojo experto habría comprobado al punto, sin mayor análisis, el propósito que se tuvo de hacer allí un retiro agradable y elegante, talvez un pequeño santuario para la meditación ó el amor. Así lo indicaban de manera inequívoca los innumerables detalles de arte y de lujo que se veía por dondequiera, y cierta inconfundible atmósfera de voluptuosidad y recogimiento que todo lo envolvía como en velos tenues de fantasía y de ensueño. Las alfombras donde se apagaban los pasos, las luces difusas del ambiente, el color de los muebles, la decoración y el peculiar aspecto de intimidad, daban en conjunto una sensación de muelle indolencia y de gusto refinado y muy vigilante.

Allí, en esa casita de su propiedad, que desde afuera no permitía sospechar su escondido encanto, era donde Rafael Aparicio celebraba, lo mismo que en oculto templo un hierofante apasionado por la liturgia los ritos de un culto, sus reuniones más íntimas con amigos de su predilección, y las dichosas citas á que daban lugar sus frecuentes aventuras galantes. Muchas bellas mujeres le dieron á ese recinto el fugaz prestigio de su presencia. Muchas noches transcurrieron allí en alegre reunión de hombres cordiales y espirituales, persuadidos unánimemente de que la vida es un soplo efímero y un frágil tesoro que debe gozarse con intensidad y con jubilosa gratitud.

Emma le había prometido que vendría; le exigió, mejor dicho, que la esperase aquella tarde en que iba a tener lugar su última entrevista, el encuentro

que pondría término para siempre al clandestino amor que los unió como un lazo triste, en hora de ciega ilusión y de voluptuoso extravío. Ella quiso que se vieran así, lejos de su propia casa, en sitio discreto donde pudieran hablar y permanecer tranquilos, porque le repugnaba ya volver a recibir a Rafael sola en su misma morada; y éste no encontró paraje más a propósito para la cita final que ese semi-chalet excéntrico que sumaba todas las condiciones y que ofrecía incluso cierta faz poética como para escenario de despedidas. Quizás pensó él, por otra parte, que al proceder así le daba un testimonio de delicadeza y una muestra más de su habitual galantería.

A pesar de todo, no estaba satisfecho; sentía el vivo escrúpulo de recibirla en aquel lugar que fue testigo mudo de locas orgías y bajo cuyo techo se estremecieron convulsas y sensuales, pálidas de lujuria, tántas mujeres cuya belleza física amó un instante, y que luégo pasaron como esos meteoros brillantes que describen su parábola de luz en la profundidad de la noche. Sí, le mortificaba de veras, por una especie de probidad amatoria, y porque era hombre que sabía estimar en su justo valor á cada mujer, tener qué aguardarla allí mismo donde ótras se ofrecieron á sus caricias con mayor ó menor amor, pero ninguna con ese espíritu de torturado sacrificio y de ofuscado dolor con que cayó Emma en sus brazos. Ahora lo comprendía claramente, deslumbrado por la claridad con que brillaba el alma desnuda de ella, crucificada sobre el madero de su tragedia.

No encontró, empero, otro punto más a propó-

sito por su soledad y por su situación especialísima, hasta donde no alcanzaba a llegar el oleaje del tránsito. En medio de su nerviosa impaciencia y del involuntario fastidio que se le enroscaba al ánimo como hiedra tenaz, y no obstante su frivolidad aparente, Rafael sentía una tristeza vaga que lo punzaba y le hacía mucho daño. Más que nunca lamentaba esa locura de su vida, locura absurda é inútil que le permitió embriagarse hasta el éxtasis, pero que le dejó tan amargo sabor de remordimiento. ¿Cómo fue posible no haber adivinado que en el fondo de aquella copa dorada y brillante, de bordes dulces y bermejos, porque Emma fue copa de ilusorio amor que le brindó el destino para que bebiera en sus labios el vino de un placer inédito y mortal, se ocultaba traidoramente la verdad de su propio engaño y de su común error?

Tarde lo comprendieron ambos, pero fue Emma la de la dura expiación. Rafael, que leyó en su alma como en abierto libro, la comprendía y sentía por ella el respeto que inspira toda desgracia inmerecida. Sabía que el destino la empujó, y que ella, pobre mujer al fin, no pudo luchar contra la ley de su destino.

Dejó de pasearse cuando escuchó un rumor apagado que venía de afuera y que cesó de repente ante la puerta de la casita. Con precauciones, para que no advirtieran su presencia los que llegaban, levantó un visillo y escrutó la vía pública. Era Emma. Observó que pagaba al chofer rápidamente y que lo despedía, casi sin mirarlo. Después sintió pasos ligeros que se acercaban.

Como si no tuviera otra preocupación que el

motivo que la traía, ella exclamó agitada, no bien vio a Rafael que salía á su encuentro:

—¡Qué mortificantes son estas cosas! Tuve que tomar, por prudencia, un automóvil de plaza para venir.

A primera vista, yendo por la calle, no habría sido fácil reconocerla. Venía vestida rigurosamente de negro, como las viudas, y el espeso velo que caía del ala de su sombrero le ensombrecía el rostro, mixtificándolo.

Ya en la sala de la casita, y después de sentarse con visible gesto de fatiga, se puso a mirar con extrañeza la escena que la rodeaba. La pálida luz del atardecer, apaciguada por la semi-clausura de la habitación, tenía allí tonos difusos, matices melancólicos muy parecidos a los de la luz de los otoños. La sorprendió el decorado sibarítico, y su fino instinto femenino la hizo sospechar la verdad de cuanto allí pasaba. Fijó por un momento en los de Rafael sus ojos interrogadores y llenos de reproche, pero los apartó sin decir palabra. En seguida sonrió con visible amargura.

Por su parte Aparicio, que en cualquiera otra circunstancia se hubiese limitado á alzar los hombros, ó á sonreír también con aire fino y despectivamente burlón, tratándose de distinta mujer, explicó con acento grave:

—No he podido hallar lugar más propio y menos expuesto. Créame, Emma, que lamento recibirla aquí, donde talvez no le agrade, pero puedo asegurarle, en cambio, que nadie se impondrá de su veni-

da. Además, esta casa permanece ordinariamente sola y cerrada, por lo que suponen que ninguno la habita.

—Es una casa de duendes, seguramente—dijo Emma con seriedad, y como con cierto tono de ironía.

Rafael rompió á reír. El comienzo, un poco fúnebre, de la conversación, les producía extraño malestar. Fue, pues, motivo oportuno aquella frase semi-burlesca, para sacudir el encogimiento penoso que los dominaba.

—Los duendes se sentirán muy orgullosos de recibir su visita, Emma—exclamó con acento frívolo y regocijado—; y como yo debo ser el duende mayor... Pero permítame que le haga los honores del caso. Parece usted cansada y nerviosa. ¿Quiere tomar un poco de licor?

Ella no contestó por el momento. Rafael salió a traer copas y una botella, que colocó sobre la mesita central, mientras Emma se despojaba del sombrero y del velo. Se veía, en efecto, que una grande excitación nerviosa la poseía, haciendo temblar por instantes sus párpados y sus labios y comunicándoles particular movilidad a sus manos.

Bebieron, y Rafael observó que una roja llama le encendía las mejillas pálidas, con ese fuego de trasluz de las lámparas que arden bajo pantallas de alabastro.

—No le hubiera dado esta cita—advirtió ella al fin, devolviendo casi llena la copa—si no es por el vivo deseo que tengo de que todo concluya. Es necesario ponerle punto á esta comedia, Rafael.

—¿Comedia dice usted?

—Sí, me parece que de algún tiempo para acá solo hemos estado representando una triple farsa. Estamos engañándonos los dos recíprocamente, y estamos engañando a Pompeyo.

—¿Qué quiere usted significar?

—Bien me comprende. Yo le suplico, Rafael, que en esta entrevista tratemos de ser francos y sinceros. Me repugna seguir haciendo este papel embustero de esposa fiel, y á la vez de amante apasionada.

—¡Oh!—dijo Aparicio, algo mortificado y con simulada galantería—: no me halaga mucho, en verdad, saber que su cariño para mí sólo fue vana ilusión. Tuve la ingenuidad de creer que usted me amaba de veras, Emma.

—Lo amé en un principio, y hasta pensé que iba á amarlo siempre. La vida ha sido tan triste para mí en los últimos años de mi matrimonio. Yo tenía necesidad de afectos más íntimos, de amor, de una gran ternura que me resarciera de tántas penas y que fuera como una luz en la obscuridad de mi vivir. Por esto, y porque tuve la esperanza de encontrar en usted lo que mi marido no quería ó no podía darme ya, no vacilé en sacrificarlo todo á mi pobre anhelo. Pero cuán tristemente nos hemos equivocado, Rafael.

—¿Está usted muy arrepentida, Emma?

—Jamás me arrepentiré de la ilusión que sentí. Lo que me tortura es otra cosa: el remordimiento de haber hecho un sacrificio inútil, el hastío de tener qué recordarlo siempre. No puede imaginar la amar-

gura que me llena el ánimo, ahora cuando ya las cosas son irremediables.

Tras de breve pausa, Emma continuó:

—Yo sacrifiqué a mi sueño mi deber y la fé que á Pompeyo le debía. Sentía sed de afecto, ansias locas de amor, y sólo quise pensar en que era una mujer, y en que tenía, por lo tanto, pleno derecho para vivir. No he podido concebir la vida sin sentimientos, sin cariños profundos. Creí que en usted iba a hallar lo que tánto deseaba mi alma, y un momento lo hallé en verdad ó me pareció que lo encontraba. Después...

—¿Después?—repitió Rafael con hondo interés.

—Me di cuenta con horror de la situación en que había caído. Puedo decirle estas cosas, Rafael, porque antes de ser su amante he sido su amiga. ¿Recuerda que una tarde, hace muchos días, le hice confidencias como sólo se le pueden hacer a la persona en quien se tiene absoluta confianza? Entonces le abrí mi alma sin reparos, le mostré mi corazón desnudo, para justificar mi conducta y para que conociera mi angustia. Hoy vuelvo a abrírsele, Rafael, por última vez, para decirle también con toda sinceridad lo que siento y para que se dé cuenta de lo que sufro.

—¿Qué pudiera yo hacer por usted, Emma? Si en mis manos estuviese desandar el camino y hacer retroceder el tiempo...

Durante largo rato permanecieron callados. Emma se levantó al fin, y aproximándose despacio al balcón, cuyos visillos estaban corridos, levantó uno de éstos levemente y se puso a mirar hacia afuera.

Una luz melancólica brillaba en sus ojos, como si en ellos se reflejara el paisaje desolado de lo que era su vida triste colmada de sueños irrealizados.

Aparicio, que no se había movido de su sitio, la contemplaba entre tanto, sumido en silenciosa zozobra. Sin duda, aquella que veía ante él, vuelta de espaldas, de pie é inmóvil, era una mujer excepcional; una extraña mujer de alma sensitiva y huidiza que, á pesar de la intimidad, no llegó a conocer jamás completamente. Tenía la sensación inequívoca de que todo había muerto, todo cuanto fue un bello y ardiente sueño de amor acariciado con loco frenesí durante días cortos y efímeros; y de que entre ellos se tendía, profunda y medrosa como las aguas estancadas bajo un follaje lúgubre, la balsa dormida de su recíproco desamor. ¡Ay!, no podía engañarse; ni ella lo amaba ya, ni él la amaba. Acaso no se amaron nunca de veras.

Se volvió de repente hacia donde estaba Rafael, quien pudo sorprender en sus ojos una humedad furtiva que le temblaba en las pestañas, como el rocío sobre las hojas. Habló lentamente, con acento que enronquecía un poco súbita irritación y en que se notaba el tono sutil de extraño desprecio por sí misma.

—No sé qué pensará usted de mí, Rafael, pero le aseguro que no me interesa saberlo. Tal vez piense lo mismo que yo: que soy una pobre mujer digna de lástima, y víctima de mi propia frivolidad. Mi conducta le parecerá, sin duda, tonta y ridícula. A mí también me lo parece. Pero si he venido...

—Nó—interrumpió Rafael—: no diga usted

eso, Emma. Usted no es ni puede ser una mujer frívola.

Ella prosiguió sin hacer caso de sus palabras:

—Si he venido no ha sido precisamente para decirle estas cosas. Quería despedirme nada más, y ponerle término á unas relaciones que no tienen ya razón de ser, ni de continuar existiendo. La excitación en que estoy me ha hecho hablar demasiado, talvez mucho más de lo que debía.

—¿De suerte—dijo Rafael—que usted ha venido simplemente a darme un frío adiós, y á alejarse en seguida como si lo pasado fuese sólo una sombra? No tengo ningún derecho para reprocharla, Emma, ni la reprocharía aunque lo tuviese, pero permítame que encuentre esta despedida cruel y un tanto despectiva. Yo hubiese preferido que la sintiera.

—Despectiva nó—replicó Emma—: y si ella puede ser cruel no es culpa de nosotros. Cruel ha sido el destino, que se burló de usted y de mí, que nos hizo juguetes de su capricho. ¿Acaso usted me amó nunca de veras, Rafael?

Ante el mutismo de éste, que era un reconocimiento tácito de la verdad, siguió diciendo con amargura:

—Yo no lo reprocho tampoco. Muchas veces pensé que es mejor que haya sido así, porque sentiremos menos este desenlace. Ahora deseo pedirle únicamente que nos apartemos por completo. Su presencia en casa sería para mí una acusación permanente. Prométame, Rafael, que no volverá a poner los pies en ella.

—¿Y qué pensará Pompeyo? ¿No teme usted que mi alejamiento, mucho más extrañable cuanto más inmotivado, pueda despertar suspicacias? Hace tantos años que los visito y que cultivo su amistad.

—¿Qué importa?—replicó Emma con fina intención sarcástica—. Ocurren tantas cosas inesperadas. Pompeyo pensará que usted es un mal amigo, pero acabará por conformarse.

—Bien; si tal es su deseo, Emma.

—Sí, se lo ruego, y no lo tome á mal, Rafael. Es el último favor que le pido, y que jamás habré de olvidar.

—¿Pero no he de volverla á ver nunca? ¿Me obliga usted a que renuncie á todo, incluso el recuerdo de la amistad?

—Mi resolución es irrevocable.

Rafael se levantó entonces, dando un suspiro, y fue á su turno hasta el balcón. Durante un minuto contempló el paisaje vecino, sin interés y casi con displicencia. Atacado de súbito fastidio, se puso á silbar por lo bajo una tonadilla de zarzuela, que estaba de moda y que se le vino maquinalmente á los labios. Volviéndose al cabo hacia su interlocutora, y como si nada de particular hubiese ocurrido entre ellos, comenzó a hablar con gran desenfado y ligereza, de cosas banales, y á contar historias frívolas del momento. Oyéndolo, se hubiera supuesto que trataba de divertir á su visitante, ó de aturdirse él mismo con su propio relato.

Se interrumpió de repente para preguntar:

—¿Quiere tomar otra copa, Emma?

Pero ella, que lo oía con cierto asombro, y que lo miraba a la vez, perpleja y medio fascinada, respondió disponiéndose para partir:

—Nó, muchas gracias. Debo marcharme ya.

Le rogó en seguida a Rafael que le sujetara con el alfiler el velo al sombrero, y éste accedió con toda soltura, tal cual si estuviese habituado á estos menesteres. Se había colocado detrás de ella, ambos de pie, lo que le permitió por un momento ver la fina piel de su nuca, de turgente é incitadora blancura, y sentir como hálito embriagador la tibia fragancia que despedían su cuerpo y sus cabellos. ¡Ah, ese perfume de nardos y de narcisos que tan conocido le era!

La besó de repente, con deseo brusco y sensual, de que luégo se avergonzó. Emma permaneció impasible, grave, y sin darse por entendida de aquella caricia inesperada.

—Voy á recorrer a pie un corto trayecto—dijo tranquilamente—; más adelante tomaré de nuevo un carro de plaza.

Añadió, tendiéndole la mano:

—Adiós, Rafael. Séa usted bueno, como siempre, y no olvide la promesa que me hace.

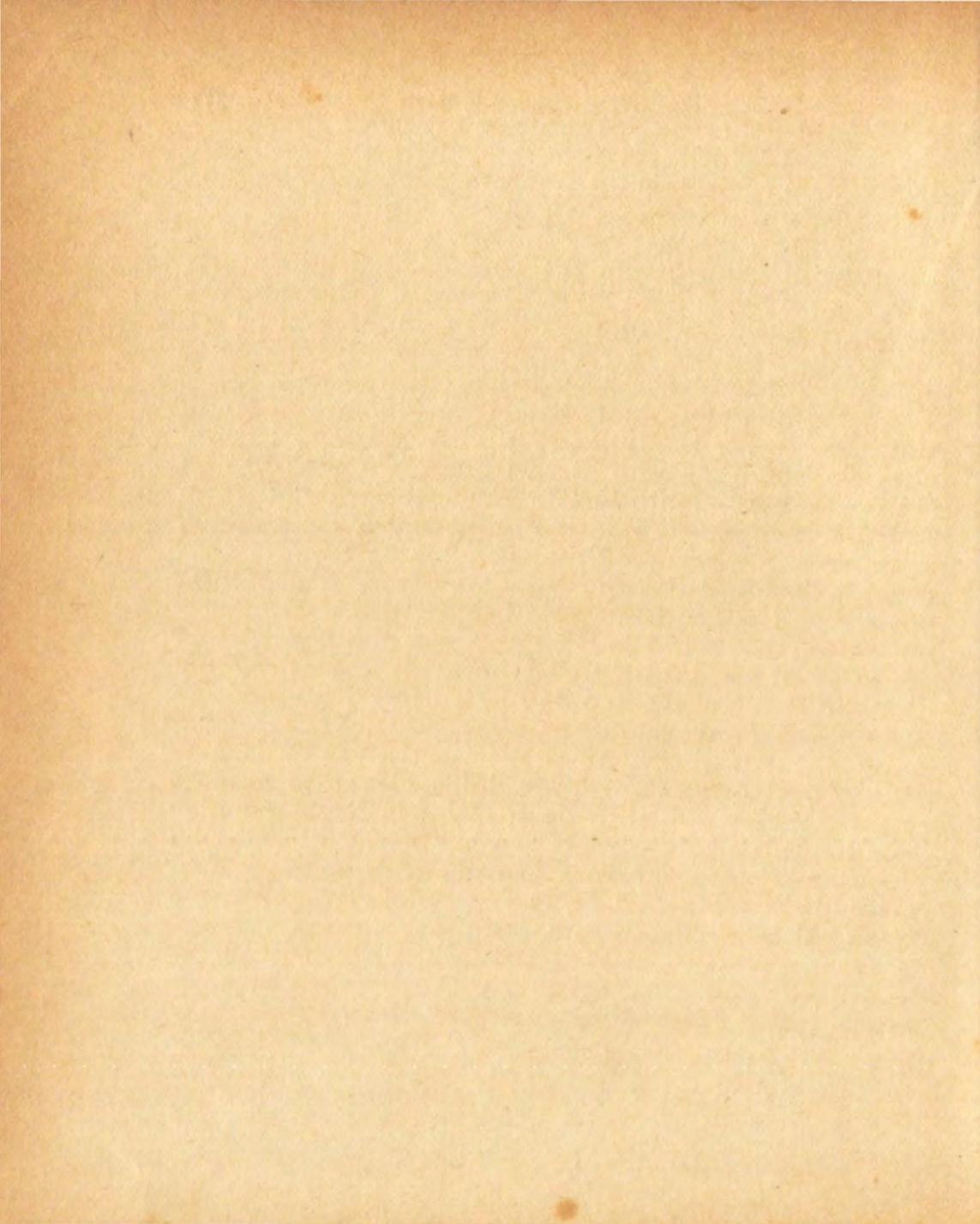
—No la olvidaré, Emma.

La acompañó hasta el vestíbulo, sin llegar a la puerta exterior, y volvió á subir lentamente, lleno á su pesar de la preocupación transitoria de aquel erótico episodio. No podía sustraerse a involuntaria pena, y al sentimiento de vaga y punzadora tristeza que despiertan en el ánimo toda separación, toda despe-

dida y todo rompimiento amoroso, cuando no los motiva el odio ó el mortal hastío.

Al verse nuevamente en la vía pública, Emma apresuró el paso. Caminaba con agilidad, como con cierta ingravidez de su cuerpo, y con un aire tan furtivo que su silueta enlutada daba la impresión de ser una sombra que se extravió y que iba huyendo de la luz que la delataba.

¡Ah, qué alivio tan grande sentía ahora su pobre alma atormentada! Ingenua y pueril alegría le henchía el corazón, como la vela que infló el viento en el mar, dándole la ilusión de que acababa de libertarse. Allá atrás, hacia donde no quería volver a mirar, se quedaba un recorte de su pasado, esa locura sentimental de unos días que fue como una escapatoria por los peligrosos campos de la experiencia clandestina. ¿No había sido ella semejante a esas colegialas traviesas y curiosas, que en las horas de imaginación y de tedio abren el postigo de su clausura, para lanzarse al fascinador misterio de afuera? Ya había regresado, felizmente; y, sin ruido, se metía otra vez en la morada protectora, colmada de dulce silencio y de grata paz. El pensamiento de su falta la hacía temblar levemente; pero le parecía también, y esto le causaba bienestar físico, que rota la cadena de su pecado, y quemada su voluntad en el fuego del renunciamiento, se había purificado un poco.



## XIII

A la ceremonia del matrimonio de Matilde Gallegos, su mecanógrafa, con el joven extranjero Martín Halske, quiso darle Pompeyo cierta importancia inusitada, no como acontecimiento social sino como suceso de familia. Parecía haberse propuesto asignarle a aquella ceremonia un puesto de categoría afectuosa entre los hechos de la casa. Por esto revistió cabalmente la mencionada ceremonia un carácter notorio de cosa íntima, discreta y selecta, y un aspecto muy halagüeño para los esposos, de fiesta de hogar.

Pues si parecía que Mendoza estuviese casando su propia hija, según fueron el alegre entusiasmo de que hizo gala y el minucioso cuidado que puso para que cada detalle del acto revistiera apariencia fastuosa de prodigalidad y de ostentación. El limitado número de convidados se asombraba ante esta especie de liturgia de la riqueza, que se les ofrecía caprichosamente como espectáculo reservado, y que se les presentaba con cierta faz de excentricidad.

Se hacían comentarios. Casi ninguno podía ex-

plicarse el motivo para que Pompeyo le otorgase á esa boda de una simple empleada de sus oficinas, la atención y el cuidado que se justifican sólomente cuando se trata de algún miembro de la familia. Los que estaban bien enterados de los antecedentes, eran los menos, y se daban el risueño tono de hacer del asunto algo así como secreto de confianza.

Alguien había preguntado:

—¿La novia hace parte de la familia?

—Es como si lo hiciera—respondió Pompeyo, evasivo y ambiguo.

Desde ese instante así fue considerada por todos. No lo fue, no podía serlo, empero, por Emma Sandoval, que asistía a la fiesta como madrina, abroquelada en una actitud enigmática, de esfinge impenetrable. Vestida con sencillez severa, desprovista de todo lujo que pudiese atraer sobre ella la atención, cabía suponer que su propósito era pasar inadvertida como cualquier convidado de esos que por su insignificancia hacen más bien en las reuniones un papel decorativo y opaco.

Entre la discreta alegría de la fiesta nupcial, representaba su persona la nota grave y señorial, á la que se atemperaban tácitamente todos los concurrentes. Hablaba apenas lo indispensable, y acogía con sonrisa sin color, de fina y desdeñosa ironía, los parabienes que le daban algunos creyendo que en realidad la desposada era algo muy suyo.

¿Qué se había propuesto Pompeyo—se preguntaba interiormente—, con hacerla asistir á esa ceremonia que no le interesaba y que bien sabía él que,

por el contrario, sólo podía serle desagradable y repulsiva? Pero su marido no parecía preocuparse en ninguna forma de lo que ella pensase ó sintiese, y hasta se habría sospechado que procuraba ostensiblemente no darse por enterado del gusto ó del disgusto de su mujer.

Aquella noche, durante la cual se efectuaba el acto religioso y social, Pompeyo Mendoza daba la impresión de haber vuelto á los dichosos tiempos juveniles. La artificiosa y casi violenta alegría que derrochó infatigablemente desde las primeras horas, lo hacían retroceder de modo ilusorio diez ó veinte años en su vida. Nadie recordaba haberlo visto tan satisfecho y regocijado como en esa ocurrencia que ofrecía todos los aspectos de un acontecimiento casero, y que, por motivos desconocidos, conmovía tan sensiblemente el tranquilo remanso de su existencia aparente.

Estaba muy alegre, sí, o parecía estarlo; y él mismo se hubiera jurado que ese júbilo de que hacía gala nada tenía de simulado. Hasta cierto punto era verdadero, como que lo justificaba su afecto paternal por Matilde Gallegos; mas de allí en adelante era tan postizo y forzado, que á ratos creyó desfallecer en la representación de semejante comedia. Dos ó tres veces tuvo qué sobreponerse á su propia debilidad, para no decaer de manera notoria en el sostenimiento de la ficción.

El tenaz retraimiento de Emma, y su extraña palidez, lo desconcertaban; y una amargura punzante y honda le anegaba el ánimo en cada ocasión que comprobaba el indisimulable desvío de Matilde

hacia su mujer. Las observaba á ambas con vigilante persistencia, y así pudo sorprender el desdén de la úna por la mecanógrafa intrusa, y la elocuente extrañeza con que la ótra, como si permaneciera aún bajo el dominio del estupor, miraba á la dama mundana y gran señora que pasaba, ante los ojos de tódos, como la dichosa y fiel compañera del hombre a quien Matilde debía tántos beneficios. ¿No delataba esa actitud un sentimiento de invencible desprecio por Emma Sandoval, y acaso también de lástima y conmiseración por él mismo?

Lo que su protegida pudiera pensar de él y de su mujer, le producía una sutil tortura. ¿Qué opinión le estaría mereciendo esa inexplicable conducta suya, que acaso su criterio sencillo de muchacha sin experiencia y sin complicaciones hallaba absurda y pusilánime? Desde la memorable tarde en que Matilde descubrió por una fatal casualidad la traición de la esposa y del amigo, y en que él, para resolver sin escándalo tan terrible situación, fingió poner en duda los hechos, no había dejado Pompeyo de sentir cada día el torcedor martirizante de su escarnio y la pesadumbre cruel de que Matilde lo supiese.

Esto, sin duda, contribuyó para que extremase sus bondades con ella, aun a riesgo de alimentar las sospechas de su mujer, y para que la abrumara con las demostraciones de su afectuosa protección, tratando así de borrar de su ánimo todo sentimiento despectivo y de provocar su gratitud como razón que lo disculpase.

¡Ay, cuánto le costaba ese amor a sus hijos, por

los que todo lo sacrificaba estoicamente, incluso su dignidad de varón!

Su anhelo de aparecer alegre lo había llevado á beber sin medida, por lo que estaba un poco ebrio. Con tódos quería tomar una copa, y para tódos tenía una frase efusiva y cordial. Casi llegó a creer de veras que era efectivamente feliz. El mal color de su rostro lo sustituía ahora un soflama vivo, sanguíneo, alcohólico, parecido al que produce la insolación ó la erisipela. Sobre su incipiente calva ponía el sudor acuoso y fulgurante brillo, y una humedad que él enjugaba frecuentemente con el pañuelo, acompañando este acto de un gesto desolado y casi fatalista.

A quienes tenían oportunidad de fijarse con detención en la figura que hacía con su abdomen un tanto excesivo de hombre aparentemente sedentario, dando ligeros traspiés, y balanceándose con suave vaivén risible si se estaba quieto y de pie, les causaba sorpresa verlo en tal situación, por lo mismo que era cosa sabida su mesura y templanza.

En un momento que habían quedado solos, Emma le reprochó aquella falta de sobriedad.

—Has bebido demasiado—le dijo con cierto tono incisivo y rijoso de mujer secretamente irritada—; no veo la necesidad de entusiasmarse hasta tal punto por el sólo motivo de que se case una empleada de tu almacén.

—¡Vaya!—exclamó Pompeyo, condescendiente—; procuraré no beber más, porque mi mujer me lo exige. En cuanto al motivo para que beba, hija, sólo yo lo conozco.

Hablaba con voz pastosa y un poco difícil de beodo apacible, y sonreía afablemente, con sonrisa zozobante y viscosa de hombre á quien se le ha extraviado la conciencia.

—Claro que sólo tú puedes saber por qué haces estas tonterías—replicó Emma—: pero guárdate tus motivos, que no quiero saberlos.

—Ni yo habré de decírtelos, mujercita mía; puedes estar segura de ello.

—¿No te das cuenta de que estás haciendo el ridículo? Un hombre como tú no tiene derecho a exhibirse de este modo ante el público.

Al oír esto, Pompeyo Mendoza pareció hacer un esfuerzo para comprender. Aunque tenía la mente un poco nublada, no había perdido el conocimiento, y se daba cuenta cabal de lo que hablaba y oía. De repente su sonrisa se trocó en una mueca oscura, y replicó, sarcástico:

—¿Que no me doy cuenta de que estoy haciendo el ridículo? ¡Pues no faltaba más! Hace mucho tiempo que estoy haciendo el ridículo, y tú no lo habías advertido.

—¿Qué dices?—exclamó Emma con el rostro demudado—: ¿qué quieres decir?

Pompeyo volvió a reír de nuevo.

—Nada de particular, hija; que desde que comenzó la fiesta estoy bebiendo, y me encuentro en esta situación, sin que te hubieras percatado de ello. Al menos nada me habías dicho.

La tomó por un brazo con suavidad, y echó a

andar con ella hacia el ambigú. Por el camino iba hablando, alegre y locuaz, y muy optimista.

—Tú también debes tomar una copa; una copita nada más. Te librarás de esas preocupaciones que parecen atormentarte, y estarás más contenta. ¿Para qué pensar en cosas tristes en un día como éste?

—Lo que quiero es marcharme. Vámonos. Me parece que hemos estado bastante tiempo aquí.

—¿Que nos vamos á dónde? ¿No estamos en nuestra propia casa?

—Dejemos estos salones. Retirémosnos, sin que se den cuenta, á nuestras habitaciones privadas. ¿Acaso son indispensables tu presencia y la mía? La fiesta seguirá su curso, y yo podré descansar porque me siento fatigada.

Pompeyo no quiso acceder esta vez. No quería marcharse. Tampoco quería que Emma se marchase. Pero al fin convino en que ella se fuese.

—Véte, sí, que bien me doy cuenta de que no te diviertes. Esto no puede divertirte. Yo me quedaré aquí hasta que todo concluya.

No bien se hubo alejado, él volvió a perderse entre la alegre concurrencia. Deseaba beber más, aturdirse; prolongar por algunas horas la dorada mentira de esa felicidad que tódos envidiaban, y que él se complacía en ostentar como un velo suntuoso sobre la invisible lacra de su oculta tragedia.

Emma se dirigió a sus habitaciones privadas. La constante tensión nerviosa producida por el esfuerzo de simulación, había sobreexcitado sus sentidos primeramente, produciéndole después un relajamiento

que casi la insensibilizaba. Confuso dolor le oprimía la frente, cual ceñida diadema de áspero metal, y sus miembros se adormecían, laxos, cansados, lo mismo que si a su cuerpo se enroscase con avidez de parásita la hiedra estupefaciente de prolongada fatiga. A ratos creía desfallecer.

Cerró la puerta del aposento, y se desplomó vestida tal como estaba, sobre el ancho y fastuoso lecho. En seguida se levantó para disminuir la luz de la lámpara, cuyo intenso resplandor hería sus ojos vivamente. Y se volvió a tumbar, con gesto de infinito abandono.

No supo con certeza cuánto tiempo permaneciera así, en aquel estado de semi-inconsciencia que na era ni la vigilia ni el sueño. De allá lejos, de los salones iluminados y ruidosos, donde se alzaba el coro dichoso de la alegría nupcial, llegaban hasta allí, hasta el santuario de sus cosas más íntimas, los ecos inciertos de las voces, de las risas, de los cristales que chocaban, todo envuelto como en un velo ideal en la música adormecedora de las orquestas.

¡Ay! ¿Por qué le hacía tanto daño esa música? ¿Por qué la torturaba así el loco rumor de ese júbilo mundano, que en cualquiera otra ocasión le habría sido indiferente? Honda amargura y lancinante tristeza le llenaban horriblemente el ánimo, anegando todo su sér en desolada melancolía. ¡Cuán sola le parecía estar en aquella casa, en medio de los regocijados ruidos, y tan cerca de aquellas gentes de las que la separaban únicamente pocas habitaciones!

Sufría; entre la felicidad que despuntaba a no

muchos pasos de allí, con el bello alborear que el amor le presta a todos los idilios que nacen y que se realizan con ventura, Emma no podía hallar otra cosa que motivos para su pesadumbre; no por envidia, sino por comparación dolorosa. Muchos detalles de esa noche le recordaban su pasado, haciéndola pensar en lo que fue su vida risueña de otros tiempos. ¿Qué era hoy esa vida? Sombra no más, doliente escombros que apenas calentaba el sol amarillo y sin calor de los recuerdos que se van disolviendo. Ya ni tenía recuerdos casi, porque hasta su evocación, que era causa de renovadas penas, le colmaba de temores el alma.

Un gran suspiro, semejante a un sollozo, hinchó su garganta. Quiso apartar de sí los pensamientos atormentadores. Cerró los ojos, como queriendo dormir. . . . En aquel momento la puerta que comunicaba con la alcoba de Graciela se entreabrió, asomando por entre sus hojas una graciosa cabecita.

—¡Mamá!—dijo la niña con voz dulce y tenue.

Entró, y viendo que no le contestaba se aproximó cautelosamente hasta el lecho.

—¿Estás dormida, mamáita? . . . Yo desperté hace un rato, y no he podido volver a dormir. Me aburría y me daba un poco de miedo. Pero, ¿por qué estás tan quieta? ¿Por qué no respondes?

Inclinándose sobre el rostro de Emma, Graciela la besó suavemente sobre la frente pálida. Aquella frente ardía y estaba cubierta de leve y húmedo vapor. El contacto de los labios de su hija la hizo estremecer, despabilándola por completo.

—Ah, ¿eres tú, Chela, amor mío? ¿Por qué has venido? ¿Por qué te has levantado?

—No podía volver a dormir, mamá. Déjame quedar contigo esta noche.

—Quédate, pues; acuéstate aquí a mi lado, y duérme.

Minutos después, vencida por su pesado sueño de niña, Graciela dormía profundamente. Emma se incorporó sobre los codos para verla dormir. La contempló largo rato, con ternura, con angustiada cuita. De repente, poseída de brusco arrebató, se abrazó a ella llorando convulsivamente, y se puso a besarla con frenesí. Graciela no se movió siquiera: su sueño era hondo y confiado bajo la protección materna, amorosa y segura como el ala del ángel cristiano.

## XIV

Algunos días después se hallaba reunida toda la familia en el comedor; las cuatro personas que componían la pequeña familia. En torno de la tabla circular, sobre la que caía como suave lluvia la luz de una gran lámpara suspensa, y en la que no quedaban ya más que restos de vajilla, permanecían sentados de sobremesa los esposos Mendoza, uno frente a otro, y entre ambos, á lado y lado de cada cual, sus hijos Carlos y Graciela. Largo rato hacía que no hablaban.

Para entretenerse, y mientras Pompeyo bebía minuciosamente, paladeándolo á sorbitos, el contenido de su taza de café, Carlos se puso a fabricar figuras con migas de pan. Modosita, atenta y curiosa, Graciela seguía la operación con vivo interés. Emma, entre tanto, y no sabiendo qué partido tomar, cogió una manzana del frutero y comenzó a mondarla despacio, á la vez que observaba a hurtadillas a su marido. Una desagradable tensión parecía existir entre ellos, involuntaria, terrible, fatal; desde mucho tiempo atrás la vida familiar venía perdiendo gradualmente ese grato encanto que le prestan la intimidad

y el mutuo y confiado afecto. Casi no se reía ya en aquella casa; se decía a veces cosas extrañas, y se comprendía bien que un velo glacial había caído sobre las almas.

Las imprevistas y ruidosas explosiones verbales de Carlos y Graciela, que rompían de pronto el pesado malestar, sonaban como algo hueco y pasajero, que no encontraba eco en el gélido ambiente, y que los impresionaba tristemente.

Ya no podían disimular, ni ante sus propios hijos, Pompeyo esa frialdad desolada en que estaba envuelto su espíritu, como en sudario de hielo, y Emma ese tedio desesperado y esa pena recóndita que la roían mortalmente, agravando su tortura. Y de tal suerte vencían a Pompeyo sus sentimientos, y a Emma su callada pesadumbre, que Carlos y Graciela se quedaban en ocasiones mirándolos, sin comprender, y se miraban luégo entre ellos, asombrados y compungidos.

Para disipar sospechas del ánimo de su mujer, y para que no fuese á nacer en sus hijos el conocimiento de la horrible verdad, Pompeyo Mendoza se quejaba de cuándo en cuándo de su mala salud, y procuraba reaccionar con esfuerzo heroico contra su invencible escepticismo. En realidad, su salud iba de día en día en alarmante retroceso, y esto era una disculpa aparente; parecía haberse propuesto acabar con ella desde que volvió a entregarse con furia al torbellino de los negocios. Tal vez buscaba ahora no sólo calmar su insaciable sed comercial, y satisfacer como siempre ese perenne anhelo de voluptuosidad bursá-

til que lo poseía como un vicio, sino ahogar además en el aturdimiento de la lucha y en el fragor de las preocupaciones mercantiles, el dolor moral que llevaba en el alma como llaga incicatrizable.

Trabajar, consumirse sin tregua en la caldeada faena que impone al hombre de negocios el permanente cuidado de sus intereses: tal era el opio que necesitaba, hoy más que nunca; tal el anestésico reiterado que le adormeciese los recuerdos tenaces y el pensamiento intoxicado de su obscura, pobre y pequeña tragedia sentimental. Trabajo: olvido; trabajo: bálsamo; trabajo: licor letal y libertador. ¡Cómo bendecía ahora esos negocios que lo mataban y lo vivificaban á la vez, que lo envenenaban y lo salvaban! Gracias á ellos, á todo esto, tenía un motivo para poder vivir, una razón plausible para continuar existiendo.

Ya se había dicho muchas veces, pensando en ello, que no culpaba del todo a su mujer. Por esto se resignó, y por sus hijos, a sobrellevar con estoica grandeza, con callada serenidad, la abrumadora carga de su escarnio. Con fiero y bárbaro sentido de equidad, se condenó él mismo a la expiación de la culpa que él no cometió, pero en la que el destino feroz quiso que tuviera su parte como cómplice involuntario y como responsable de omisión. Ah, cómo nó: por esto su mano no se había levantado, ó cayó de nuevo inerte cuando airada se levantó, para castigar la ofensa tremenda; por esto su corazón flaqueó en ese dramático momento en que los hombres imaginan lavar con sangre los ultrajes que les infiere á la fe

conyugal la liviandad de las mujeres, asociada en conubio simoniaco con la ajena y codiciosa sensualidad.

Una de las bolitas de pan fué á dar de repente contra el ojo izquierdo de Graciela, quien, al sentirse herida, se movió en la silla con brusquedad.

—¡Ah; grosero!—dijo sin poder contenerse, y con un tonito melindroso de damisela ofendida, a tiempo que se llevaba las manos a la parte afectada.

Consternado por lo que acababa de hacer, y lleno de bochorno por su involuntaria torpeza, Carlos se había quedado mudo y atónito, mirando alternativamente á sus padres y á su hermana. Una ola de sangre le saltó a las mejillas desde el primer momento, y se estaba allí, encendiéndose y apagándose cual una llama, á compás de su transitoria turbación.

Pompeyo fingió no haber reparado en el pequeño incidente, absorto como estaba en darle un vistazo al periódico que acababa de traerle una de las criadas; Emma, en cambio, concediéndole cierta importancia a la cosa, exclamó en són de regaño:

—Fíjate más en lo que haces, Carlos. ¡Qué ordinariéz! Si no te gustaran esos jueguitos tontos, no habrías lastimado a Chela.

—No tuve la culpa, mamá.

Miraron á Graciela, y vieron que aún tenía las manos puestas sobre los ojos, como tapándose; un pucherito lleno de gracia, entre llanto y risa, le daba tal aire de encanto pueril a su tierno rostro de niña, que más que un gesto de dolor semejaba el súyo la cómica expresión de una mascarita.

Tódos rompieron a reír de improviso, incluso Pompeyo que había concluído por interesarse en el minúsculo conflicto. Los visajes de indecisa consternación de Carlos, y las desoladas muecas que hacía Graciela, adquirieron por fuerza de las circunstancias un aspecto tan divertido, que la tensión reinante desapareció por algunos minutos.

Cuando la hilaridad terminó, Emma dijo:

—Vé á darle un beso á Chela, Carlos. Conténtala.

—Nó—replicó Graciela—; no me contento si no me regalas la caja grande de juguetes.

—¡Mi aerodromo! ¡Mi campo de aviación!— exclamó Carlos casi escandalizado—. Pero si ese no es juguete para mujeres.

—Quédate con los avioncitos, y dame todo lo demás.

—Te lo prestaré un rato, si quieres; armaré el aerodromo para que lo veas funcionar.

Como Graciela insistiese en querer ser la dueña del curioso aparato, en lo que había sin duda cierto prurito mujeril de imponer su capricho y de mortificar un poco á su hermano, acaso para desquitarse del golpe en el ojo, que aún le escocía, Carlos apeló como recurso supremo á las razones caballerescas.

—No puedo darte ese juguete, Chela. Recuerda que es regalo de Rafael.

Al oír este nombre, Emma se estremeció. Pompeyo hizo un movimiento vivo, que disimuló en seguida doblando con mucha calma el periódico, que

colocó sobre la mesa, mientras decía con afectada tranquilidad:

—A propósito: hace bastantes días no viene Rafael por aquí. ¿Qué le habrá ocurrido? No he vuelto á verlo por parte alguna. Me extraña esta ausencia tan prolongada.

—Rafael se ha olvidado de nosotros—afirmó Carlos con tono de reproche melancólico, y seguramente encantado de que su padre interviniera tan oportunamente en la conversación.

—Cuando él vuelva, te dará otra caja grande de juguetes—insistió Graciela, terca—; yo misma le diré que te traiga una nueva, para que repongas la tuya.

Luégo, como si la preocupara en extremo la vuelta de Rafael Aparicio, y empeñada en llevar la persuasión al ánimo de su hermano, preguntó ingenuamente:

—¿Verdad, mamáita, que Rafael vendrá pronto a vernos?

Emma, que había continuado jugando distraídamente con la manzana que tomó del frutero, sufrió una leve sacudida. Palideció. Durante algunos instantes se estuvo con la cabeza inclinada, sin responder, tal cual si no hubiese oído las palabras de su hija. Pero contestó al fin, con indiferencia:

—No puedo decirte nada, Chela. Rafael no viene hace días, y no sabemos por qué.

—Porque nos ha olvidado—repitió Carlos—. ¡Qué mal amigo es Rafael! Se lo he de decir en su

propia cara. Porque no está bien que se vaya de esa manera, sin decir adiós y sin haberle dado motivo.

Pompeyo observó en són de guasa, molestando a su pesar por aquella charla inofensiva pero de una significación oculta que sólo él y su mujer podían apreciar:

—Talvez tú le has dado motivos, Carlos, y no caes en la cuenta de ello. Lo habrás ofendido en alguna forma, y Rafael está sentido contigo por eso.

—Nó, papá, nó—replicó Carlos, asustado, y tomando en serio la intencionada broma—; yo nada le he hecho, te lo aseguro.

—Examína bien tu conciencia; acaso no te acuerdas.

—Te digo que nó, papá.

—Entonces tienes razón, hijo, en quejarte. Pero no te quejes, que esto no es propio de hombres. Un amigo es un dón de Dios, quien, en sus inexcrutables designios, nos lo da y nos lo quita. Cuando nos priva de él será seguramente porque hemos dejado de merecerlo. Hay qué resignarse, por consiguiente.

—¿No volverá, pues, de veras?—inquirió Carlos con pena.

—¿Quién puede saberlo?

Después de estas palabras se produjo un largo silencio en el comedor. Tódos los allí presentes, hasta la pequeña Graciela, parecían hallarse bajo la impresión triste de un mal suceso familiar.

La campana de un reloj les recordó el tiempo, súbito.

—¡Las ocho!—exclamó Pompeyo con sobresalto.

Le anunció en seguida a su mujer que tenía que ir a una de sus acostumbradas juntas de negocios, y que regresaría tarde probablemente. Esto último lo dijo con displicencia, por hábito, acaso por justificar con ironía una ausencia de que nadie le pedía cuenta. Nunca le había importado, en efecto, volver á una hora ú otra, ó no volver; y lo acostumbrado era que Emma no se enterase de esto jamás. Por su parte, ella llegó a perder por completo la preocupación de su regreso, la inquietud de su transitoria separación. ¡Cuán distinto ahora, al cabo de los días, de esos primeros años de vida conyugal, tan bellos y dichosos; de esos dulces primeros meses en que lo esperaba velando junto a la lámpara, adormecida por sus sueños, y en que la despertaba muchas veces el tibio calor de sus besos apasionados y la grata música de su voz, tierna y acariciadora como fresca brisa nocturna!

Cuando se hubo marchado, Emma se fue al salón con sus hijos. Su malestar y su nerviosidad, estimulados por la conversación de sobremesa, la habían hecho caer en una mudez sombría y poco agradable. Encendió todas las luces; se movió sin objeto preciso para una parte y otra. Finalmente, y mientras Carlos y Graciela se sentaban ante una mesita, entregándose con gozo infantil a las delicias de un juego de salón, ella se dirigió al piano, cerrado durante largo tiempo, y se puso á golpear tenuemente sobre el teclado, con infinito gesto de tedio.

El aire de la noche era tibio y suave como aire

de primavera; cargadas de las vivas emanaciones que despiden la tierra y la vegetación en esas horas sin sol, llegaban á ratos ráfagas imprevistas que agitaban los cortinajes, lo mismo que si fueran móviles manos, y que adquirían por momentos cierta sutil resonancia musical. La obscuridad que afuera lo envolvía todo, y que apenas rompían con el fulgor limitado de sus luces los faroles callejeros, parecía quedarse incrustada, como cuadro de sombras, en el marco de los balcones abiertos completamente.

Un jarrón colmado de rosas descansaba sobre la tapa del piano, entre un bibelot de bronce y una fotografía de Pompeyo, de vieja fecha. La luz de las lámparas se proyectaba sobre ella con vivo fulgor, destacando la imagen con acusadas líneas de relieve. Emma se puso a contemplarla en silencio, con absorta y fija mirada, cogida en la palma de una de sus manos la fina barbilla, y el codo puesto sobre el clave, que parecía haber quedado sonando largamente, hasta disolverse el sonido en una nota inmaterial, de imaginaria existencia.

Así permaneció mucho tiempo. La callada contemplación del retrato, y la sugestión de la hora, debieron de ejercer en su ánimo invencible influencia sentimental, despertando los recuerdos románticos y haciendo vibrar las cuerdas más íntimas de su sensibilidad. Ahora la dulce emoción del ensueño ponía en su frente vaga sombra melancólica, y bajaba sus párpados, donde la luz parecía temblar como lampo agónico en obscuro crepúsculo violeta.

Pensamientos confusos y zozobrantes, recuerdos

torturadores del pasado dichoso y lejano, dolor de la realidad presente. Esto era su alma transida por el sentimiento de su pobre existencia que fracasó, de sus ilusiones hechas pedazos, de su esperanza convertida en pálido fantasma inasible.

Pensaba, recordaba, soñaba... A ratos era tal la fuerza de la evocación, tan intenso el ilusorio conjuro, que su pecho se henchía de suspiros y se llenaba su carne de hondos temblores misteriosos.

Sacudiendo de pronto, con brusca energía, la avalancha de recuerdos y sentimientos, se enderezó sobre la banqueta del piano, quedando un instante erguida y tensa cual un arco. Lentas, pausadas, como si buscaran con tiento la nota esquivada y fugaz, sus manos recorrieron el clave en todo sentido, tratando de aprisionar el aire de una tonada que quería recordar.

La recordó en seguida, sin mucho esfuerzo, y se puso a tocarla con ardor casi febril. Era una canción de añoranza, tierna y quejumbrosa, que le gustaba mucho en otro tiempo y que tenía un estribillo desolado como las despedidas y las decepciones de amor. La aguda tristeza en que su alma se anegaba, y esa obscura y cruel angustia que sobrecoge á los que sufren en la soledad, tenían necesidad de expresarse en alguna forma sensible que las aliviase; por esto encontraba ella en aquella música doliente, que casi era una lamentación, tan eficaz desahogo para su pena.

Embriagada por su propio dolor, que le producía una voluptuosidad obscura y penetrante, no pensaba en ponerle fin á la gemebunda tonada, y hería,

hería sin descanso y como con místico arrebató, con sus dedos nerviosos y ágiles, el sonoro teclado, al que parecía haberse transfundido todo su sentimiento. Bajo el efluvio armonioso, semejante a rocío ideal que cayese dulcemente sobre las cosas, la noche se llenaba de una extraña vida ilusoria. No lo advertía en realidad, pero creía soñar en su pasajero delirio evocador que un sortilegio maravilloso convocaba a su alrededor las sombras tristes de sus preocupaciones, los fantasmas de sus alegrías muertas, los espectros lívidos de sus tedios inconfesables, confundidos únos con ótros en loca y fantástica danza, en que iban y venían lo mismo que en las lúgubres rondas de una pesadilla.

Pero su dolor se fue adormeciendo. Poco á poco, su ánimo cayó en el remanso de una serenidad pasiva y resignada, en la que persistía únicamente la conciencia estoica de su desdicha. Su pecho se volvió a colmar de suspiros; tornaron a caer sus párpados, como sombra azul, sobre la evasiva luz de las pupilas, turbias de llanto contenido. Y bajo sus dedos, que entorpeció repentina laxitud, fueron desvaneciéndose las notas, hasta morir en un silencio profundo é impresionante en que parecía que todo hubiese cesado, incluso el ritmo del propio corazón.

Se quedó un rato más allí, inmóvil, desmadejada en la actitud de abandono indolente que revela renunciamento ó derrota; los brazos caídos e inertes, inclinada la cabeza sobre el pecho, y juntas y encozadas las piernas, que se pegaban en las rodillas con

un aspecto trágico de embequecimiento y humildad.

Saliendo al cabo de su desfallecida actitud, se puso lentamente de pie y fue hasta uno de los balcones. Eran casi las once ya. Había dejado de soplar la brisa temprana, y el aire tenía ahora esa inmovilidad que se asemeja a la respiración contenida; quietud de balsas por las que no pasa un hálito de viento; de follajes en que se durmió el aura inquieta y voluble que columpia los nidos y arranca murmullos de los árboles. Del corazón de la ciudad llegaba un latido débil y confuso, el de los últimos rumores que cada vez se hacían más tenues y raros y parecían más distantes. Todo empezaba a caer en ese silencio hondo y misterioso que preside el sueño del mundo, y bajo cuya influencia los sentidos adquieren tal sensibilidad que se tiene la impresión de vivir una existencia metafísica.

Abstraída como se hallaba por lo que ocurría en su alma, Emma no había reparado más en Carlos y Graciela. Volviéndose de improviso hacia el centro del salón, vio que dormían, la una con la cabeza echada hacia atrás en el respaldo de la silla, y el ótro inclinado sobre la mesa, hundida la frente entre los brazos recogidos.

Sonrió, y acercándose a ellos los llamó dulcemente para llevarlos a sus lechos.

—¡Chela! ¡Carlitos!

Despertaron sobresaltados, y como si les causara extrañeza verse de pronto en aquella actitud desacostumbrada. El pesado sueño llenaba aún sus ojos, por lo que permanecían en una semi-inconsciencia

que les daba a sus movimientos cierto automatismo risible y á sus palabras sonoridad vaga y sin sentido.

Media hora después, en la soledad de su alcoba, con las ventanas abiertas, lo que le permitía ver desde el amplio lecho sobre que se hallaba tendida supinamente, una franja de cielo obscuro y profundo, lleno de luces estelares, se abismaba de nuevo en el hirviente pozo de sus pensamientos implacables. Desasosegada y todavía con la impresión de la pasada hiperestesia, le era imposible dormir, pero ni siquiera tranquilizarse. La vida seguía siendo para ella un cruel interrogante. ¿Qué significación iba a continuar teniendo esa existencia suya, cada día más colmada de tedio, y en la que las horas habrían de ser fatalmente una procesión tétrica? ¡Ay, su engaño; su horrible y mortal engaño de mujer que se equivocó, como un mal médico, en el diagnóstico de sus sentimientos enloquecidos, en la auscultación de su corazón dislocado; que creyendo engañar por un exasperado y tiránico fallo de su destino, resultó engañándose ella misma!

Volviéndose de improviso hacia un lado, de tal suerte que ya no veía la franja de cielo sino la sombra de su alcoba, se encogió con brusco movimiento, y agarrando el extremo de la sábana con sus manos crispadas de pronto, se puso á morder convulsivamente la tela, mientras de su garganta salía un zollipar hondo, estertoroso y lastimero, que llenaba la habitación con un ruido triste de agónico jadeo. Así, á ratos sumida en comatosa inmovilidad, a ratos sacudida por los violentos espasmos de su dolor solitario y sin con-

suelo, vio aparecer la fría y pálida luz del alba que la saludaba como una amiga piadosa. Cansada, se durmió entonces profundamente.

## XV

Y transcurrieron otros días, más días. Semejantes á candelas efímeras en larga y cerrada noche, se sucedían con monótona precisión, encendiéndose y apagándose, brillando un momento como las luciérnagas, y dejando luego la realidad de una sombra más densa y más profunda. Nada hay tan desesperante y horrible como los días inútiles, las jornadas muertas que son como aguas arremansadas é inmóviles en que se refleja el mismo paisaje inmutable, ó como esas calmas espantosas del desierto y del mar, en las que parece que todo se sumió en el vacío y que hasta la esperanza tenaz hubiera dejado de existir. Para Emma, así eran ahora sus días: inútiles, vacíos, muertos; así pasaba para ella el tiempo: con su interminable procesión de tediosas horas, las unas iguales a las ótras, vestidas con idéntico capuchón, silenciosas, grises. Seguía preguntándose con obstinada cavilación qué significado tenía su vida, qué razón justificaba su existencia, ese frágil juguete que rompió el destino, y que ella estaba arrastrando como manto suntuoso en apariencia pero irrisorio en verdad. Ah, todo el

mundo continuaba creyendo que era una mujer feliz, y sólo ella sabía cuál era y en qué consistía su pobre dicha.

Por lo que á Pompeyo tocaba, éste se había encerrado en tan glacial indiferencia, que Emma hubo de llegar a la persuasión de que era como la fuente que se cegó por completo, como la puerta cerrada y condenada á perpetuidad. Aquello no tenía remedio posible: ni volvería a manar el agua, ni se apartarían más las selladas hojas. Inexorable, frío, ostensiblemente flemático, su marido seguía observando, á pesar de todo, la misma conducta correctísima y un poco paradójal que caracterizaba todos sus actos. Era, como siempre, el hombre apasionado por los negocios, afectuoso y providente para la familia, y cuidadoso en todo momento de su lenguaje y sus maneras. No quería alterarse por nada, ni siquiera por razón de su mala salud habitual; tampoco hubiese sido capaz de alterarse ya, según estaba de hecho su espíritu á esa condición de invariable calma, y porque fue sincero consigo mismo cuando, analizando tranquilamente la situación, llegó todas las veces al convencimiento de que procedía bien aceptando los hechos cumplidos, ó por mejor decir, inclinándose ante ellos sin dejar por esto de condenar su aspecto culpable.

En la falsa creencia de que ella nada más era la poseedora de su secreto, Emma sentía crecer su tortura y aumentar su pesadumbre. No se separaba ya de su mente la dea implacable de que, aunque había cortado de un tajo mucho tiempo atrás el lazo criminal que la unía con Rafael, el otro hombre que

creyó amar, continuaba no obstante siéndole infiel á su marido, y seguiría siéndolo indefinidamente, mientras éste ignorase la oculta traición, y viviera, por lo tanto, en la fe de que su mujer no lo había engañado. Para ella, esto era lo más horrible: ser lo que no era, y tener qué simularlo. Una especie de irritada probidad moral anegó su espíritu, llenándola de escrúpulos insoportables y de remordimientos tiránicos; y no se daba cuenta, en medio de sus zozobras y angustias sentimentales, de que era el amor, el hondo cariño que regresaba por caminos absurdos, lo que motivaba tal estado de alma.

Sí, lo quería; había vuelto á amarlo como antes, después que pensó, en hora de ofuscación, que de la pura pasión antigua sobrevivían únicamente sombra y cenizas: sombras de recuerdos y cenizas de amor. Por esto precisamente la atormentaba el pensamiento continuo de su falta, el fantasma vivo de su pecado. ¿Qué podía esperar? Nada. Si sabiéndola pura, Pompeyo se había apartado de ella, arrebatado por otros sueños é ideales, por otras preocupaciones apasionantes, acaso por otras causas que ella ignoraba, ¿cuál sería su conducta cuando supiese que lo traicionó, y que por largo tiempo añadió a la traición el escarnio horrible de la mentira, de la simulación? Sin duda la despreciaría. Pero podía matarla también. Entre los hombres, por tradición y por instinto se ha llegado á la conclusión de que hay qué matar para reparar estas faltas. Nada se ha establecido con fuerza de código, pero es lo generalmente aceptado. Al primer impulso, y bajo la excitación de la ofensa que

hiere el amor propio, y que atenta contra el honor individual y contra la reputación social, el ofendido quiere eliminar al ofensor y castigar á la infiel en la forma más bárbara. Es la reacción del egoísmo sexual y de la sensibilidad personal frente á las excitaciones brutales de la realidad; la reacción que se manifiesta siempre, con raras excepciones, igual en su esencia, aunque distinta á veces en su forma y en sus procedimientos, y que, por lo común, donde no existe la farsa del duelo, estalla en el mismo momento, casi siempre de manera impremeditada, ó fracasa para ser sustituida después por la reflexión ó la fría venganza.

Sin alarde, sin fingido valor, Emma sentía que no le tenía miedo a la muerte; acaso tampoco le importaba morir. No la deseaba, en verdad, pero le parecía sencillamente que no la hubiese rehuído siendo necesario. Ningún temor en este sentido podía detenerla, por consiguiente.

Vencida toda vacilación, decidió hablar. Ya no podía más; la agobiaba el terrible secreto, la enloquecía tener qué llevar siempre sola la carga abrumante de esa culpa inconfesada, de ese pecado inútil y espantoso cuyo peor aspecto era su monstruosa inutilidad. Nada la aliviaría del suplicio de una culpa que imaginaba mayor cada día que pasaba, y que gritaba en su conciencia con un gritar largo y agudo, reiterado é insomne, como esos perros que se quedaron aullando dolorosamente en la orilla, y el recuerdo de cuya voz continúa resonando con honda y lastimera insistencia en los oídos de los que se alejan.

Una noche de aquellas, Pompeyo, que acababa de regresar, muy tarde ya, pues eran más de las doce, se encerró á trabajar en su despacho privado. Probablemente tenía qué atender él mismo alguna correspondencia personal reservada, ó estudiar en mayor sosiego cualquier negocio de importancia. No hizo casi ruido al entrar, pero Emma, que velaba atentamente, y que con seguridad espiaba una oportunidad, lo sintió y se puso a escuchar. Así pudo advertir que no se detenía en ningún cuarto, ni siquiera en el de sus hijos; que andaba con pasos lentos y pesados, delatores de su habitual fatiga; y que por último removía cosas en su escritorio, sin duda libros y papeles.

¡Ah, siempre lo mismo! No parecía sino que se hubiera propuesto no darle importancia á su propia vida, que de tal suerte dilapidaba, cual si fuese bién sin valor, y como si se tuviera él mismo por máquina sin desgaste ó por inconsútil materia. No parecía sino que su invariable preocupación por los mudables intereses que mueven al hombre y que lo estimulan para la acción y la lucha, lo hubiera poseído y dominado en tal forma y de modo tan definitivo é irrevocable, que ya no le era posible sustraerse, ni lo sería nunca más, a su invencible tiranía.

Dando un suspiro, se alzó del sillón en el que se hallaba sentada junto á la lámpara del velador, y colocando sobre la tapa de éste el libro que tenía en las manos, se quedó un momento de pie, inmóvil y con los ojos cerrados. En seguida se envolvió en una bata, se calzó unas pantuflas, y tras de mirarse brevemente

en la luna del tocador, salió de la alcoba para dirigirse al despacho de su marido.

Se asomó con cautela por entre la puerta entreabierta, y vio que éste trabajaba. Gran cantidad de cartas de aspecto reciente estaban sobre la mesa, algunas todavía cerradas. Recogida por una pantalla verde, la intensa luz de la lámpara enfocaba dentro de un círculo la carpeta del escritorio, sobre la que se movía con cierta lentitud la diestra de Pompeyo. El cuerpo quedaba en la sombra, indeciso, vago, lo que hacía que su mano, que era la única parte iluminada, adquiriera extraña apariencia de cosa viva é independiente. Emma se fijó en esa mano con atención, como si la fascinase su nerviosidad, y la impresionó su forma larga, morena y velluda, que nunca la había sorprendido antes pero que ahora le producía, sin poder explicarse por qué, singular efecto de pena.

Un poco conmovida, penetró con quedos pasos en la habitación, y, sin hacer ruido, se aproximó a la mesa donde Pompeyo continuaba escribiendo sin advertir aún su presencia. Estaba frente a él, quieta, de pie, mirándolo; mirando, mejor dicho, la móvil mano que parecía tener magnético poder de atracción. De repente habló.

—¿Trabajas todavía?

Al escuchar su imprevista voz, así de pronto, y brusca como cuando se cae algún objeto en medio del silencio nocturno, Pompeyo levantó la cabeza sobresaltado; parpadeó, tratando de verla en la penumbra. Luégo colocó la pluma sobre el platillo, y torciendo un botón hizo girar la pantalla hacia un lado

de la lámpara. El aposento se iluminó por completo.

—No tengo sueño—explicó con voz calmada y afable—, y como hay alguna correspondencia personal retrasada quise aprovechar este rato. Y tú, ¿por qué no duermes? ¿Estás indispuesta?

—Oh, nó—replicó Emma con vivo tono—: me siento maravillosamente. No es falta sino sobra de sueño lo que me ha hecho levantar. Había dormido varias horas cuando llegaste tú, y como sentí que no te acostabas se me ocurrió venir á hacerte un rato de compañía.

—Gracias—dijo Pompeyo sorprendido.

—Además, quiero que conversemos un poco. Durante el día jamás es posible hablar con sosiego, por las preocupaciones y los afanes; la noche, en cambio, es más propicia, por la tranquilidad y la calma que ofrece.

—Bien, siéntate—accedió Pompeyo levantándose y yendo a sentarse nuevamente en otro sillón que estaba en el centro de la estancia, y en frente del cuál se hallaba una poltrona que Emma ocupó á su vez—. Hablaremos todo lo que quieras. Ya sabes que siempre estoy dispuesto.

A pesar de la cortesía de sus palabras y de su aparente afabilidad, se notaba en su tono y en su gesto una expresión ambigua de displicencia, de frialdad, de cansancio; esa misma expresión de tolerancia infinita que hay qué adoptar frecuentemente en la vida, y que muchos adoptan por indolencia ó por simulación.

Emma, sagaz, lo comprendía así. Le causaba va-

ga inquietud, contra su decidido propósito de hablar con valor y sinceridad, la incertidumbre respecto de la actitud que iba á asumir Pompeyo. ¿Qué le diría, qué haría éste cuando supiese la terrible verdad? ¿De qué modo reaccionaría contra la excitación brutal de las palabras reveladoras? Pero no sentía miedo. El deseo de descargarse del vergonzoso secreto era superior á todo temor. Sí, estaba segura de que, confesada su falta, iba a recobrar la paz del espíritu, esa anhelada tranquilidad que sin duda le costaría la pérdida de la estimación de su marido, sus merecidos apóstrofes, acaso la vida misma, pero que en cambio iba á traerle una horrible paz de conciencia, cuando hubiese apartado de ella el torturador pensamiento de que estaba viviendo en la impostura y la farsa, y disfrutando con la mentira, de prerrogativas a que había perdido todo derecho.

¡Oh, no podía fingir más! Le repugnaba esa comedia de ser y aparecer lo que no era en realidad. Sentía asco de sí misma. ¿Qué importaba, pues, lo que sobreviniese, si al menos podría ganar un triste sosiego y la satisfacción melancólica de haberse humillado reconociendo su propia culpa, á riesgo seguro de captarse el desprecio de Pompeyo y quedar rebajada ante él, como pobre mujer desvalorizada porque perdió la dignidad y la estimación de sí misma?

Rompiendo con insegura voz el silencio que siguió á las últimas palabras de su marido, comenzó a decir lentamente:

—¿Recuerdas, Pompeyo, que en noches pasadas hablábamos en la mesa de la ausencia de Rafael?

—Sí, lo recuerdo; pero ¿á qué viene esto ahora? ¿Te preocupa acaso esa ausencia?

—Sí y nó. Te lo pregunto, ó lo traigo á cuento, mejor dicho, porque según pude entender, el alejamiento de Rafael parecía causarte extrañeza.

—Naturalmente, hija—aseguró Pompeyo con tono de interés—. Supongo que á tí también hubo de extrañarte tal cosa. ¿Cómo no había de sorprendernos en un amigo leal y constante, y á quien estimámos siempre de veras, un cambio tan imprevisto como injustificado?

—A mí no me sorprendió en absoluto—dijo Emma—, porque sabía de antemano que eso iba á suceder.

—Ah, ¿sí? Es curioso.

Tras de nuevo silencio, durante el cual Pompeyo la miró con honda atención, ella volvió a decir con tono repentinamente sombrío y resuelto:

—Fui yo quien le exigí a Rafael que no volviera a poner los pies en esta casa.

—¿Y qué pudo inducirte—preguntó Pompeyo haciendo un grande esfuerzo sobre sí mismo y vigilando sus nervios que empezaban á ponerse en tensión—á dar semejante paso? Porque me parece que sólo un grave motivo...

—Desde algún tiempo atrás había dejado de ser merecedor de nuestra amistad, al menos de la tuya—explicó Emma con mal oculto rencor—; no era digno ya de la estimación que le tuviste.

—¿De la estimación que le tuve? ¿Supones acaso que no se la tengo ya?

—No se la tendrás cuando sepas que te engañó, que te fue un amigo desleal y que estuvo fingiendo por varios meses lo que había dejado de ser: un caballero y un hombre honrado.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Pompeyo agotando el agudo dramatismo en que se anegaba su ánimo—; te ruego que te expliques mejor. Las palabras que acabas de pronunciar parecen y pueden tener un grave sentido, que es indispensable que aclares. ¿Cómo me engañó Rafael? ¿En qué consistió su deslealtad?

Adivinaba, esperaba fatalmente la confesión que Emma había iniciado ya de modo indudable; pronto la revelación brutal, o lo que ella creía una revelación, iba á herir sus oídos con la estridencia impiadosa y escarnecedora de las verdades implacables. ¿Por qué quería Emma hacerle saber aquello? ¿Qué se proponía con esa sinceración innecesaria é inútil, que vendría a agravar más aún la silenciosa tragedia de su vida? ¡Ah, que no hablase! Que permaneciera callada, considerándose ella sola la poseedora de aquel secreto. Que guardara en lo más oculto de su sér el recuerdo torturador de su propia falta.

Así, simulando ignorancia, aparentando cierta confiada ingenuidad, trataba de darle tiempo para que, reaccionando contra su resolución, desistiera de su propósito. Una vaga esperanza lo animaba de que, enervada por la calma de sus palabras, ó atemorizada de pronto por la idea de las consecuencias, que podrían ser terribles, perdiera el ánimo de hablar y se quedase definitivamente callada. Nó, él no quería sa-

ber nada; bastante sabía ya, sin que ella lo sospechase, sin que imaginara siquiera el estado de su alma en ese momento torturante como no lo había vivido jamás.

Pero Emma, que no parecía sino escuchar la voz clamante de su conciencia atormentada, respondió inclinando la cabeza con aire de reo, y dejando caer los brazos en actitud patética de anonadamiento lastimero:

—Te engañó conmigo, Pompeyo; él y yo te engañamos infamemente.

Su voz, rota y estremecida de dolor, había temblado y resonado en el silencio nocturno con honda y extraña vibración. A ella misma le pareció que no era su propia voz, sino una voz ajena y lejana, la que acababa de pronunciar la frase terrible. Durante algunos segundos esperó anhelante. . . Creyó, estaba segura de que la iba a matar. Y cuando aguardaba que aquel hombre se levantaría descompuesto por la cólera, decidido a descargar sobre su cabeza culpable todo el peso de su venganza, vio en efecto que se alzaba de su sillón, torvo y pálido, y oyó con asombro infinito que le decía, acercándose unos pasos á ella:

—Lo sabía, Emma; hacía mucho tiempo que lo sabía.

Sin reparar en la expresión de estupor que llenaba los ojos de su mujer, quien había levantado la cabeza bruscamente para mirarlo, continuó diciendo con un tono helado, de hombre insensible y flemático á quien nada le importan ya la moral ni los prejuicios del mundo:

—Si hubiera tenido la intención de castigar el ultraje, tiempo me sobró para hacerlo. Así como me ha sobrado tiempo para soportar calladamente el escarnio hasta que te ha parecido conveniente.

Como Emma permaneciera muda, porque no podía hablar de la emoción y del pasmo, Pompeyo prosiguió, inmóvil y de pie en su sitio, con una calma y una frialdad que á ella le causaban espanto:

—Al principio, como era natural, sentí el impulso de matarlos: a tí y á tu amante; pero luégo reflexioné. ¿Para qué? ¿Qué objeto tiene segar vidas cuya existencia ó cuya no existencia no ha de cambiar en nada nuestro infortunio? En casos como éste todo viene á sernos indiferente en el fondo; no hay sino una única realidad: el irrevocable destino. Está bien, por otra parte, aunque era perfectamente innecesario, que confieses tu culpa. Es un síntoma de remordimiento que la aminora levemente, y que justifica pensar que no has perdido por completo aún la noción de la dignidad.

Un hondo sollozo lo interrumpió; pero siguió hablando con saña, como si las intencionadas frases que fluían de sus labios lo resarciesen de los pasados sufrimientos morales. Hablaba con cierta voluptuosidad terrible, y parecía referirse sombríamente á algo irremediable, a uno de esos males ó enfermedades sin cura posible, que hay qué aceptar por fatalismo y que se aceptan con estoica conformidad cuando no se tiene el suficiente valor ó la bastante entereza para librarse de ellos en forma violenta.

Al cabo, ya repuesta un poco de su estupor, Emma se atrevió a exclamar con voz alterada:

—¡Dices que lo sabías! ¡dices que lo sabías! Pero... ¿es posible?

—¿Te asombra esto? ¿Te sorprende acaso mi proceder?

Pero ella parecía estar obsesionada por el pensamiento de aquella cosa inaudita que era la conducta de su marido, y que la desconcertaba y admiraba a la vez. Repitió como un estribillo atonizante:

—¡Dices que lo sabías! ¡Dices que lo sabías!

Se sentía extrañamente defraudada, más humillada aún; se sentía empequeñecida y muy infeliz. Era como si tuviese la sensación de haberse reducido moral y materialmente á proporciones tan ínfimas como sólo pueden corresponder a un diminuto microcosmos.

De improviso, y volviendo á sentarse con su habitual aire de cansancio, Pompeyo exclamó esforzándose por sonreír:

—Veo que estás muy impresionada, Emma. Cálmate. Sosiégate. Después de meditar largamente, hubo de llegar a la conclusión de que debía aceptar como un hecho cumplido esta situación. Espero que te darás cuenta de los motivos, y que los apreciarás con criterio de lógica. Yo, te lo confieso lealmente, no me consideré con derecho para recriminarte, y mucho menos para sancionar tu conducta. No sé hasta qué punto puede ser ella justificable, pero reconozco que en esa debilidad ó en esa ofuscación que te indujo a la falta tuve yo también mi parte de culpa, mi por-

ción de responsabilidad. Por esto, sin haberte perdonado, te disculpo y te absuelvo.

—¡Pompeyo! Pero ¿qué clase de hombre eres tú?

—Un hombre como ótro cualquiera; un pobre hombre acaso, con más sentido común y con menos egoísmo que los demás. No quiero alabarme, sino explicarme. Tarde, muy tarde, comprendí mi error y la injusticia que cometía contigo relegándote ó posponiéndote al interés de mis negocios. Ese involuntario abandono a que te condené, y que sobrellevaste hasta última hora, no justifica pero explica el abominable estado de cosas a que hemos llegado.

Tras de largo silencio abrumante, Pompeyo Mendoza agregó con voz lenta, opaca, impregnada de amarga desolación:

—Perdóna que te diga algo que podrá parecerte inaudito y absurdo. Cuando me di cuenta de que amabas a Rafael, estrangulé mi propio orgullo en beneficio de tu felicidad y en guarda de la paz y el buen nombre de nuestra casa. Pensé también en nuestros hijos. Yo había esperado que recobrases, aunque fuese á mi costa, la dicha perdida y deseada que no podía devolverte ya. Oh, sí, créeme; es algo horrible y triste, pero es la verdad: no podía volver a hacerte feliz. Comprendía que mi voluntad fallaba; que era como si fuese hombre distinto ó ausente, ó como si no fuese ninguno; qué sé yo...

Ahora, las palabras de Pompeyo tenían un timbre de sinceridad espantosa, y al mismo tiempo de horrenda ironía; un tono de befa de sí propio, cual

si se mofara de su suerte. No podía saberse bien si hablaba con convicción severa, de hombre adusto y magnánimo, ó con sarcasmo despreciativo.

Emma pensaba, oyéndolo aturdida, que en aquel momento no se encontraba seguramente en estado normal; no podía comprenderlo, mejor dicho. ¡Cuán horrible angustia la súya! Agobiada por su destino, bien castigada, quería empequeñecerse más, aniquilarse, no ser en adelante otra cosa que un sér humilde é insignificante, transido del sentimiento consolador de la expiación de su pecado.

—Y ahora—preguntó tímidamente, con tono de súplica humillada—; ¿qué va á seguir?

Pompeyo respondió sin mirarla ya, dándole deliberadamente a su voz timbre de escepticismo y de mayor cansancio:

—La vida, Emma; la vida aparente que es la que nos toca vivir. No pienses más en lo imposible. Piénsa en tus hijos, en nuestros hijos, y trátala de hallar en este pensamiento maternal un nuevo motivo de existencia.

Ella se levantó entonces, sin decir una palabra más, y dio algunos pasos vacilantes en dirección de la puerta. Se volvió un momento, indecisa, hacia su marido, como si esperase una rectificación ó una frase piadosa; pero él permanecía impassible, sin mirarla, y como apartado de allí.

Sonrió acerbamente, y abandonó la habitación. Regresó a su alcoba, donde se estuvo levantada durante largo rato. Tenía la sensación de que su espíritu había caído en el vacío, en esa gran zona gris en

que nada se siente ya capaz de conmovernos, y en la que hasta los pensamientos parecen rodar a las misteriosas regiones de la subconciencia.

Todo había terminado para su corazón de mujer. De ahí en adelante, definitivamente, su alma se sumergiría, como en obscuro y profundo pozo, en la callada soledad de sí misma, sin esperanza, sin rendición. A semejanza de esas mujeres para quienes pasó la hora azul del ensueño y de las ilusiones, iba a refugiarse desesperadamente en el amor de sus hijos, único amor que le quedaba, y que sería como el albergue melancólico, sereno y humilde de su exilio sentimental. Más allá de esto no quedaba sino el vivir vulgarísimo de todos los días, el nirvana de la estupidez doméstica, de la existencia maquina.

Pensaba, tardíamente, que ya que no podía ser esposa podía al menos ser madre. ¡Ay, cuán tarde lo pensó! Pero así y todo, este pensamiento le ofreció una dulce consolación.

¿Y su marido? ¡Pobre Pompeyo que, como ella, era tan desventurado é infeliz! Los dos iban á seguir andando, andando, como dos peregrinos que hacen su ruta juntos, forzosamente, porque no hay más que un sólo camino y porque su itinerario es el mismo. Continuarían viviendo, conviviendo, cada uno poseionado de su propio papel y lleno de la persuasión de que era preciso representar hasta el final la mundana comedia. Convivirían, sí, ó se tolerarían mejor dicho; él y ella llevando sobre sus almas agobiadas el peso de su pasado, y guardando ambos celosamente aquel secreto horrible de su vida, aquel torcedor que iba a ser

---

para siempre como una herida abierta a perpetuidad, que sangraría de modo perenne, y que tendría la tumefacción tenaz de las úlceras incurables.

—FIN—



MUNICIPIO  
SANTIAGO DE CALI

CODIGO

2-48-5308

NIT

8121

# LA CRITICA

*De "Atenea", la gran revista chilena de ideas y letras, se reproduce el siguiente artículo del escritor Mariano La Torre, una de las más destacadas figuras literarias de América:*

## "EL GAVILAN"

### NOVELA DEL CAMPO COLOMBIANO

No conocíamos una novela moderna que nos describiese la vida rústica de Colombia. Si descontamos las escenas campesinas de "María" de Isaac y las descritas por Marroquín en su novela "El moro", no es frecuente en Colombia este género novelesco. Conozco algunos cuentos de Efe Gómez y de Tablanca. Parte de "La Vorágine" es también descripción de las estancias de la llanura; pero, en general, la novela de ambiente en los países del Norte de la América Austral no había sido cultivada como en las zonas templadas del continente. Abundan en aquellas regiones, caldeadas por el sol, de prodigiosa fecundidad, los poetas líricos, y es natural. La poesía es crisis, exaltación, como es una crisis de la naturaleza la maravilla de la selva y la violencia de las lluvias tropicales. La novela, en cambio, cada día se hace más científica y reflexiva. Así me explico su mayor desarrollo en Chile y en Argentina.

En este último tiempo, sin embargo, la novela ha tenido en toda América una floración inesperada. La revolución mexicana ha dado "Los de Abajo". El llano de Venezuela, "Doña Bárbara". Las sierras del Ecuador "Plata y Bronce" de Chavez y "Don Goyo" de Aguilera Malta. El altiplano "Raza de Bronce". La pampa argentina a "Don Segundo Sombra" y el matto brasileiro "Macumbirá" de Coelho Netto y "Macunaíma" de Monteiro de Andrade.

Une a todos estos novelistas, descontando sus modalidades de raza y de técnica, un mismo sentido estético: el americanismo del asunto y su intención heroica. Los protagonistas son héroes. Un curioso rebrote de la epopeya aparece tardíamente en pleno siglo XX. Cierta es que la novela europea ha tenido en este siglo un carácter francamente épico, como intérprete de un nuevo mundo y de un nuevo concepto de la vida. Exaltación proletaria es el populismo francés, y los novelistas de la Rusia Soviética, Gladkov o Piniak, entonan un canto grandioso al comunismo naciente.

La novela, sin que los autores se den cuenta, vuelve de nuevo a las fuentes de donde nació. Sus componentes son simples y objetivos, pero la síntesis es de gran efecto artístico. La novela psicológica, aun en manos de Proust y de Joyce, iba perdiendo, poco a poco, su carácter narrativo para hacerse disertación científica, mero análisis de estados de alma. Existía en ellas el documento, la observación novelesca, pero no la novela propiamente tal.

La novela del escritor colombiano Gregorio Sánchez Gómez, "El Gavilán", nos ha sugerido las observaciones que encabezan estas notas.

En Chile no conocíamos al novelista de Cali. Muy pocos datos he logrado reunir sobre su personalidad literaria y sobre su labor, considerable por el número de obras que figuran en la edición de su último libro.

En la Biblioteca Nacional, sección americana, encontramos otro libro de Sánchez Gómez, "Rosario Benavides", premiado por la Academia Colombiana en 1927.

Son dos novelas de diversa índole, pero ambas se completan, dándonos una visión concreta de la vida colombiana moderna. La ciudad es Cali y el campo ha de ser el valle caucano, donde esa ciudad ha nacido.

Es el señor Sánchez Gómez un novelista nato. Su técnica de narrador es simple, pero de una gran eficacia. Observa bien la realidad y la interpreta sin falsearla. No hay en él pretensiones de estilista, tan frecuentes en los prosistas del trópico, incluso el propio Eustasio Rivera. De ahí que los hechos evocados y los personajes que los realizan surjan por sí mismos, con una objetividad rica en detalles esenciales. Y es ésta, cualidad de ver-

dadero novelista. El autor no aparece nunca entre sus personajes, pero el creador está en todos los momentos de su vida y en todos los lugares que describe. Y además de esto, mejor, como consecuencia de esto, posee el señor Sánchez Gómez el don de exteriorizar el medio urbano o el paisaje campesino, particularizándolo sin excesivo regionalismo. Nos convencemos que esa ciudad es Cali, en Colombia y que esos campos y esos bosques son, efectivamente, los bosques y los campos del valle del Cauca.

La técnica de "Rosario Benavides" pudiera merecer algunos reparos. La novela se inicia magistralmente, pero su final es flojo, sin interés. Pertenece, seguramente, a la primera época del autor. No así "El Gavilán" en que vemos al novelista en plena madurez. Su concepto artístico no ha cambiado. Ambas novelas son hermanas y revelan iguales condiciones de observación y de técnica, pero en la última, hay mayor soltura y un dominio seguro del arte de novelar.

Debemos agregar que el medio campesino en nuestros países de América está menos explotado literariamente y desde luego, más diferenciado por el clima y la producción en cada provincia. En la vida ciudadana, los conflictos se repiten con ligeras variantes. En Chile, en ciudades provincianas como Rancagua, a donde llega el cobre elaborado por los yanquis en "El Teniente", hemos observado un caso semejante al descrito por Sánchez Gómez en "Rosario Benavides".

El caso de Cortada, explotador de los colonos y corruptor de sus hijos, también es común en el feudo inquilinaje de los fundos chilenos y en la colonización de las selvas de Temuco y de Llanquihue; pero la diferencia es grande en la sicología de los personajes. En el Cauca y supongo que en otras regiones de Colombia, las pasiones tienen una violencia desatada. Los hombres parecen estar siempre al borde de la tragedia. En Chile, el campesino se caracteriza por su resignación humilde. Rara vez la venganza es el asesinato del terrateniente que ha arrebatado una hija al inquilino. A menudo, la represalia se resuelve en robos de animales o incendios de sementeras costosas, en que es muy difícil descubrir al hechor, porque toda la comarca se ha hecho cómplice del robo o de la quemazón. Casos como el de don Cacho, de un individualismo épico, casi no se ven en los fundos chilenos.

La figura central del libro es, sin duda, Tiberio Cortada, el gavilán, maestramente dibujado por el novelista.

Se nos presenta de cuerpo entero, vivo y humano desde el principio de la novela, recorriendo sus campos en compañía de Madristo, su testafarro legal.

"La cabeza de recia pelambre,—lo dibuja el novelista,—sostenida por el cuello toruno y los hombros fornidos y cuadrados de boxeador; las manos gruesas que casi no le permitían encoger los dedos; las piernas musculosas, parecidas a columnas de roble. La oscura pupila zahorí, de singular movilidad, pero de mirar penetrante y fijo cuando quería, se tornaba frecuentemente sanguínea como la de la bestia irritada; tenía la boca sensual, delgada y de aspecto cruel; la nariz aguileña, aguda y amenazadora, muy semejante al pico del pájaro rapaz".

Veamos, ahora, el indumento del ricachón calentano:

"Ancho sombrero de fieltro le cubría la testa imperiosa; tirada hacia atrás, sobre las espaldas, revolaba al golpe del aire la ruana oscura y fina; unos zamarros amplios, de cuero flexible y lustroso, envolvían las piernas desde la cintura hasta los pies. Completaban el atavío, las espuelas de tamaño heroico, el revólver indispensable y el rebenque, que es como símbolo de autoridad".

A tales características físicas, corresponden instintos primitivos y torpes. No hay en Cortada nobleza alguna. Todo él es negativo y brutal. Un sentido oscuro de dominio encauza su vida. Ni piedad ni remordimiento abaten esa vitalidad poderosa. Es la sicología del mestizo americano, sea en los ranchos mejicanos, en los ingenios de la sierra peruana, en el altiplano, en las pampas argentinas o en los fundos chilenos. Las diferencias las determina el medio y los componentes étnicos, indios o negros, que han contribuido al mestizaje. El ricachón del Cauca es un hermano de Pancho Villa o del Pantoja de "Raza de Bronce".

La figura noble, austeramente religiosa de su mujer, doña Dolores Hinojosa, contrasta con la desatada vesania del latifundista. Tiene esa mujer una raíz profundamente americana y española. Su generosidad piadosa neutraliza los abusos del marido.

Y en torno a los poseedores de la tierra se mueve un mun-

do de servidores y allegados, hábilmente descritos por el novelista; la familia Lucumí, el colono Zacarías Aldana, don Cacho, Madristo, el alcalde Moncayo, el Jefe de policía Roque Muñoz, el padre Servando. La vida toda de una aldea y de las tierras a medio formar que la han hecho nacer, vive y se agita en el libro del escritor colombiano.

Por sobre sus cualidades de narrador y de psicólogo, posee el señor Sánchez Gómez una cualidad poco frecuente entre los novelistas de América: la de animar el paisaje en el cual actúan sus personajes. Las violentas lluvias de las tierras calientes, las claras mañanas, ruidosas de pericos, las noches cuajadas de astros, los descampados abiertos a filo de hacha, el trágico incendio de la selva, los pájaros y las bestias tienen vida propia y real junto a los hombres que se han establecido cerca de ellos y viven de su explotación.

Véase, por ejemplo, entre otros aciertos pictóricos, esta descripción, musical y colorida de la lluvia tropical que cae sobre la tierra agrietada y sedienta, después de prolongada sequía:

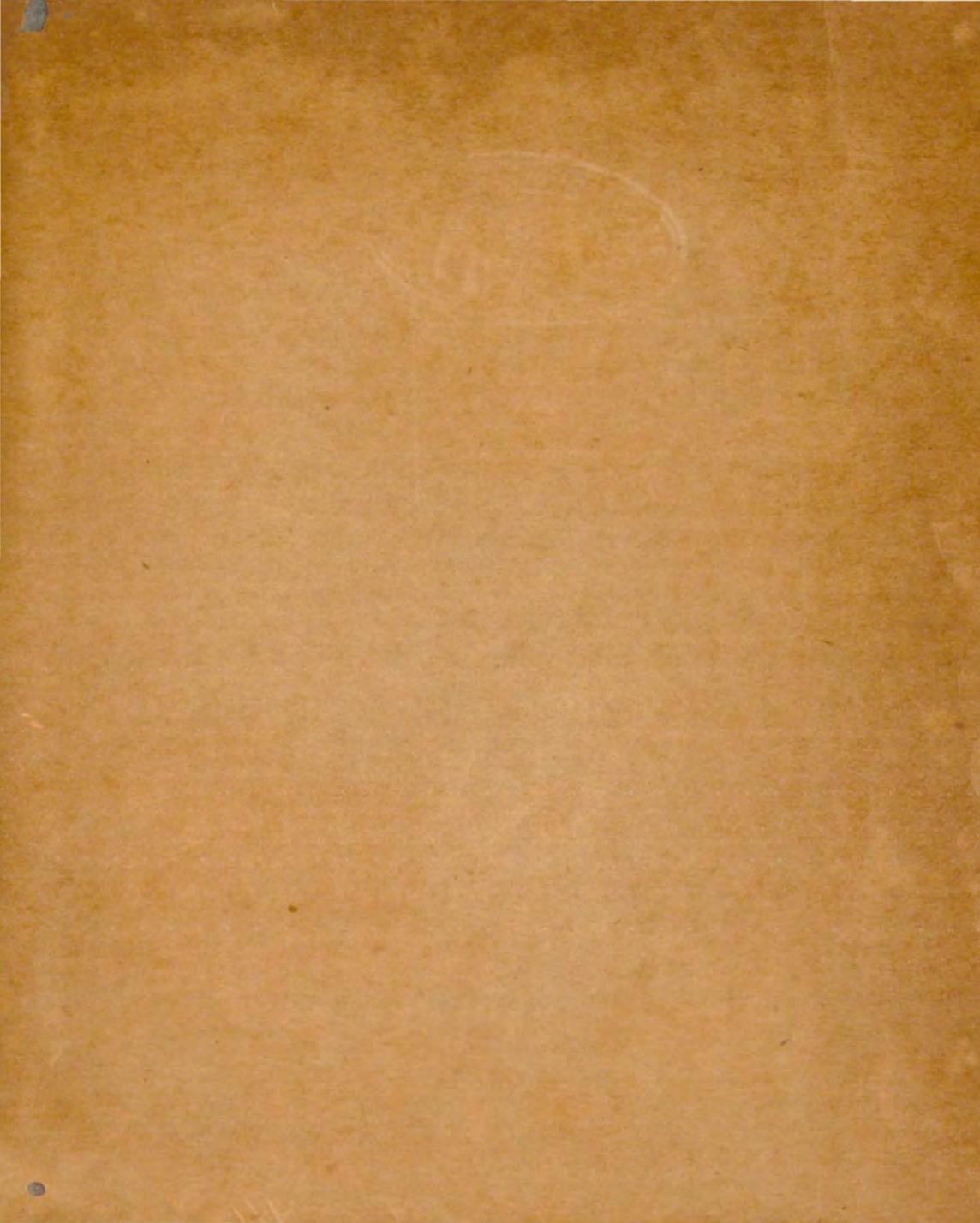
"Impetuosa y recia, semejante a pequeño diluvio, la deseada lluvia cayó sobre los sedientos campos. Y así continuó durante una hora. Bajo el turbión espléndido, que golpeaba la tierra y la vegetación con inusitada violencia, la montaña parecía estremecerse con temblor largo y voluptuoso. El suelo que el verano reseco y tostó, empapado ahora y reblandecido, se agrietaba superficialmente y cada grieta, cada poro desobstruido, era como boca abierta con avidez para beber el licor benéfico del riego milagroso".

MARIANO LATORRE".





En breve verá la luz pública un nuevo libro del autor, titulado "Divagaciones de un hombre ocioso". Es un libro de prosas, de filosofía y humorismo, y en el cual, a través de la tergiversación aparente de los conceptos, el autor comenta con fina y sutil ironía y con sonriente desenfado, los temas más trascendentales del mundo y también los más frívolos.





MUNICIPIO  
SANTO DOMINGO DE CALCE

CODIGO 2-16-53082

MT

1721



Secretaria de Cultura y Turismo

RBPC - Cali



**107034**